

Revista

15 DE ENERO

1907

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Adaptaciones de la métrica clásica, por J. L. Estelrich	5
Disquisiciones históricas, por Carlos Cambronero	23
Cervantes soldado, por R. Ballester	31
La edad de casarse, por el Dr. César Juarros	41
De la verdad, por Salvador M. Cuenca	51
Novelistas españoles: Vicente Blásco Ibáñez (continuación), por Andrés González-Blanco	57
Poesías, por José Rincón Lazcano	81
Carta íntima al Ilmo. Sr. D. Mario Méndez Bejarano, catedrático de Literatura del Instituto del Cardenal Cisneros, Madrid, por El Curioso Barcelonés	97
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf	117
Boletín bibliográfico, por R. A. , por E. A. y por X ...	123

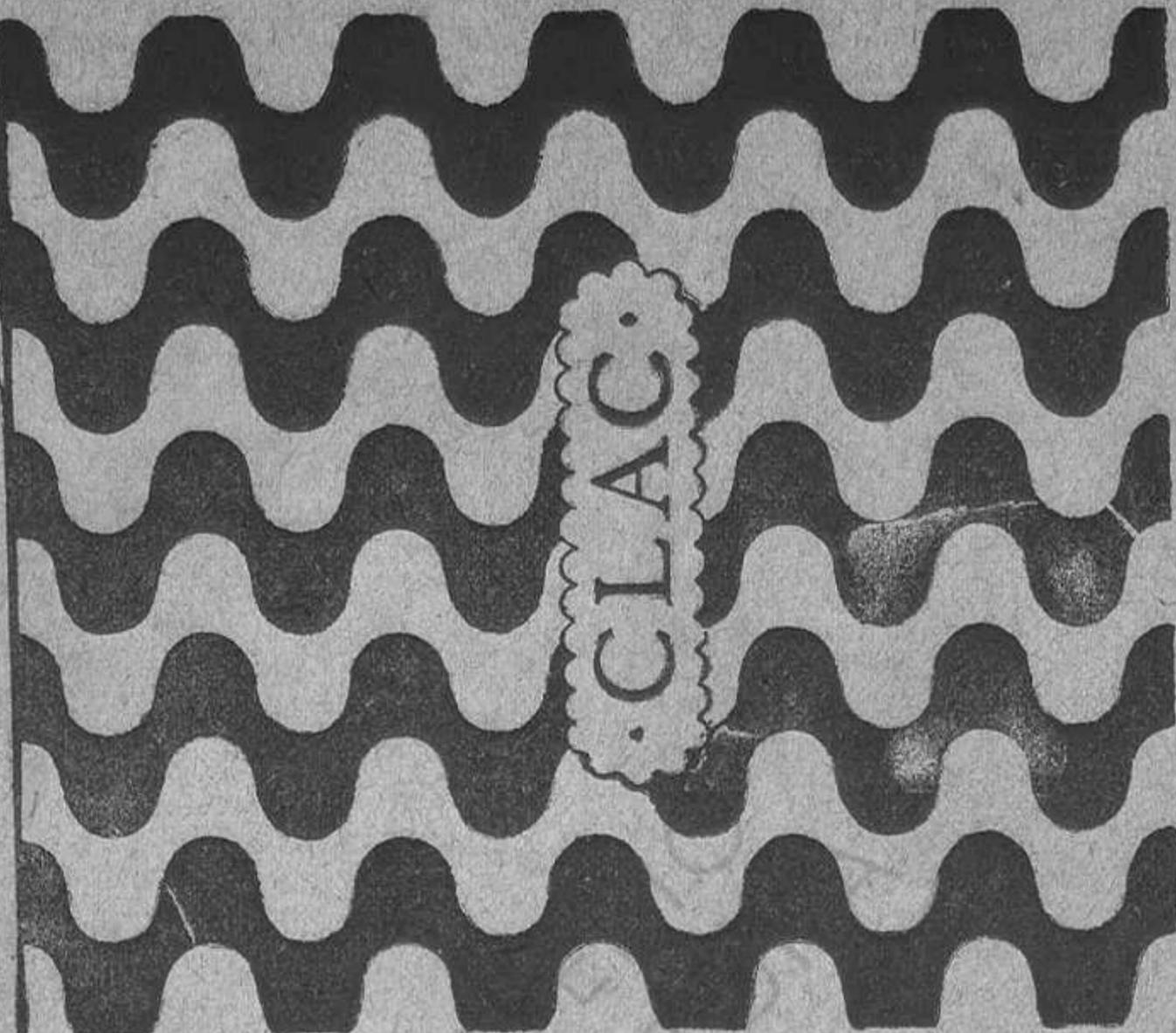
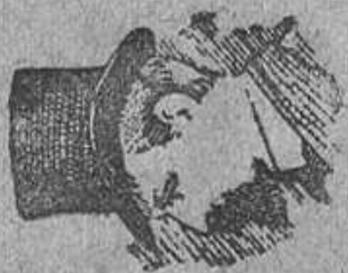
Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

"FUMEURS"

Si vous voulez fumer avec plaisir
essayez le "Papier Clac" Exigez la marque
que et la signature du seul fabricant.

Campana
9622



PASTILLAS BONALD Las mejores que se conocen
para las enfermedades de la boca y garganta.
Núñez de Arce, 17 (antes Gorguera).

PÍLDORAS Y UNGÜENTO
DE
HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corri-
gen todos los desórdenes
del hígado, del estómago,
de los riñones e in-
testinos y son de un valor
inapreciable en todos los
desórdenes que afligen
al sexo femenino y á los
niños.

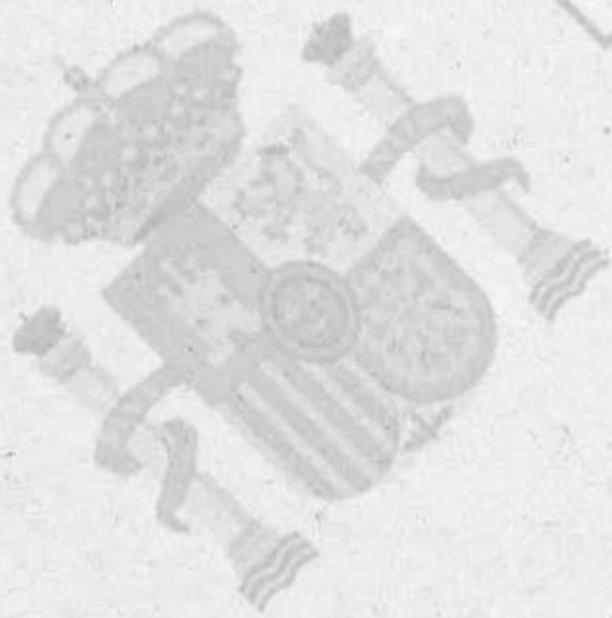


**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro
para males de piernas,
llagas, úlceras y heridas
inveteradas. Para la cura-
cion de bronquitis, males
de garganta, toses, resfri-
ados, gota, rheumatismo,
hinchazones glandulares y
todas las enfermedades de
la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

REVISTA CONTEMPORÁNEA



MINISTERIO
DE CULTURA



REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR Y PROPIETARIO

DON JOSE DE CÁRDENAS

AÑO XXXIII—TOMO CXXXIV

DE ENERO A JUNIO DE 1907

(DERECHOS RESERVADOS)



ADMINISTRACION

PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL

MADRID

MADRID, 1907

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.



ADAPTACIONES DE LA MÉTRICA CLÁSICA ⁽¹⁾

Estrofa alcaica.

Quien no puede ostentar mayor conocimiento de la lengua griega que el escuchimizado y enteco servido en las aulas de Filosofía y Letras, rebasara los colmos de la pedantería y de la audacia si quisiera enfrascarse en la literatura del pueblo clásico por excelencia. Con dolor digo y confieso que son casi enigmas para mí tan inmensos tesoros. Y entre ellos hay que buscar la aparición de la estrofa alcaica, nacida en las manos de los poetas eólicos como alondra paradisíaca, y cultivada sobre todo por Alceo. Estancia flexible, rápida y siempre armoniosa, ya engendre composiciones ligeras ó ya levante el tono con más solemnes acentos, es lástima que no la hayan aceptado antes las lenguas neo-latinas, toda vez que el Lacio la aprovechó como pocas.

Horacio la introdujo entre los romanos, y en la más sonora y encrestada manifestación de orgullo, en el *exegi monumentum* (libro III-30) no olvida decirnos:

Princeps Æolium carmen ad Italos
deduxisse modos;

que si Alceo fué el primer lírico: *Lesbio primum modulate civi* (libro I-32), él, Horacio, sigue sus huellas y le recuerda á cada momento, ya al expresar las diversas aficiones de los hombres y regodearse con las suyas (I-1), ya para desear la inmortalidad á Elio Lamia (I-26), ya para maldecir del árbol en que pudo estrellarse (II-13), ya, en fin, para estimar los favores de Melpómene (IV-3).

(1) Véase la pág. 649 del tomo anterior.

Estas citas, y más que pudieran aducirse, desfallecen ante una operación numérica que no puede resultar más decisiva: 121 odas comprende la producción esencialmente lírica de Horacio; 36 de ellas por lo menos están escritas en estrofas alcaicas. Ninguna otra estancia le fué más predilecta. La que le sigue en número es la sáfica, que utilizó en 25 composiciones.

Si sumamos esta cifra con la anterior, tendremos 61 odas escritas en los metros de Alceo y Safo, más de la mitad de la producción total. Los otros metros empleados por el venusino no traspasan el número de 10 composiciones, y á muchos los utilizó una sola vez, como puede presumirse de una métrica tan rica y variada como la de Horacio.

En ella aparece la estrofa alcaica formada por cuatro versos, generalmente con estas medidas: el primero y segundo, alcaicos; el tercer verso, iambo de cuatro pies y medio, y el cuarto verso, arquíloco de cuatro pies. He aquí una muestra (I-17):

Velox amænum sæpe Lucretylem
Mutat Lycaeo Faunus; et igneam
Defendit æstatem capellis
Usque meis, pluviosque ventos.

No hay que decir que los adaptadores italianos se ampararon pronto de la estrofa alcaica. Me faltan bastantes datos y hasta mis propios libros de consulta, de los cuales muy pocos tengo á mano, para seguir toda la evolución y desarrollo de esta forma en Italia.

No hay duda que la utilizó Chiabrera, y de su oda á Urbano VIII se ha recordado modernamente que el poeta inventó ó modificó el cuarto verso, formándolo con un decasílabo con acentos en 1.^a, 3.^a, 7.^a y 9.^a sílabas y una pausa después de la 4.^a, ó por un endecasílabo con los acentos principales en 4.^a y 10.^a y los secundarios en 2.^a y 8.^a, marcado por anacrusis monosílaba.

Por más que aquí no se ha tratado de las adaptaciones clásicas en los pueblos del Norte, no será ajeno á nuestro propósito decir, siquiera de pasada, que los alemanes se

apoderaron de la estrofa alcaica, la cultivaron en el siglo XVIII, y que en esta forma el venerable Klopstock, autor de *La Mesíada*, escribió las odas *A Fanny* y la famosa *Al Redentor*, que suele insertarse al fin del celebrado poema.

No sé que en España exista, ni creo que pueda presentarse, estrofa alcaica anterior al P. Victorio Giner, quien vivió en la primera mitad de la última centuria. El Sr. Menéndez y Pelayo le cita como introductor entre nosotros de la expresada forma métrica: «intentó introducir la estrofa alcaica»; y al mismo crítico debemos la transcripción de algunos versos de dicho escolapio, de los que me aprovecho ahora, porque no he llegado á ver (no obstante haber puesto algún ahinco) el tomo de sus *Poesías*, que después de la muerte del autor recogió y publicó en Valencia (1873), con apuntes biográficos y críticos, su compañero en religión el P. Herme- negildo Torres.

El P. Giner adaptó la estrofa alcaica en esta forma:

Lánguido el niño, los tristes párpados
cierra, al arrullo de madre blanda;
y el sueño halagándole en torno,
bate nudo las amigas alas;

Y si los nautas, cantando el piélago,
con remos hieren y espumas alzan,
se aduerme á los ecos sus penas,
y á los ecos su batel avanza.

Los dos primeros versos son decasílabos intercisos, ó compuestos de dos pentasílabos cada uno; el primer verso esdrújulo, y el segundo llano en estas dos estrofas, que ofrecen la particularidad de no seguir ley fija de acentuación en los hemistiquios iniciales; y en los segundos ó finales acentúan 2.^a y 4.^a sílabas. El tercer verso es un encasílabo acentuado en 2.^a, 5.^a y 8.^a El cuarto verso, que es decasílabo, sigue la ley de acentuación que señaló el italiano Chiabrera en una de las dos formas en que lo escribió, esto es, acentuado en 1.^a, 3.^a, 7.^a y 9.^a

Que yo adopté la estrofa alcaica, dicho queda en el primero de estos artículos, explicando el por qué y el cuándo; y

allí también pedí perdón por la inmodestia de estas citas. Al fin lo que hice hecho está y publicado queda, y es un dato más para la reseña de esta estrofa.

La seguridad de que nadie se ha de acoger á tal modelo (salvo en el procedimiento, que bien poco tiene de mío), me lanza á mayor inmodestia: á citarme á mí mismo. He aquí la primera de mis estrofas dedicadas *A Carmen Valera*:

Carmen, tu nombre trae al espíritu
vuelo de aromas, susurro de árboles;
los píos consorcios del cielo,
y el cantar melodioso del Lacio;

estrofa constituida por dos versos decasílabos intercisos y esdrújulos; de un tercer verso encasílabo llano, entero, con acentos en 2.^a, 5.^a y 8.^a, y de un cuarto verso, decasílabo llano, entero, acentuado en terceras, esto es, en 3.^a, 6.^a y 9.^a Seguí en todo la ley de acentuación de los versos castellanos, conforme á la sana doctrina del Pinciano, y no cuidé para nada de acentuaciones secundarias en los decasílabos intercisos. El cuarto verso del P. Giner lo rechacé en absoluto, por ofrecer una acentuación inusitada en castellano; porque al recitarlo me daba como un traspie metódico que no me satisfacía.

Miguel Costa ha seguido la ley por mí establecida en los dos primeros versos de sus alcaicas, y sus odas *Mediterrania*, *Retorn de la Primavera* y *L'héroie*, únicas hasta ahora por él escritas en este metro, lo acreditan. Bastará, para demostrarlo, transcribir la primera estancia de las mismas:

Mediterrania.

Cel y mar lluen blavors diáfanes,
en competencia. L'oreig anímashi,
y jugant ab les ones qui jugan,
rompre les fa com en rialla fresca.

Retorn de la Primavera.

Ales, coronas, flors, á miríades,
cántichs y festes de vida pródiga...
Ton triomf es axó, Jovenesa,
qui sempre nova per cad'any avansas.

L'héroe.

Es ell! Du 'l signe de la victoria ..
 podrá en la lluyta caure y ser víctima,
 mes ningú podrá may arrancarli
 l'estel del front qu'un ideal fulgura.

La forma de esta estrofa es invariablemente en el autor de *Horacianes*: dos decasílabos esdrújulos é intercisos; un decasílabo entero, acentuado en terceras, y por último, un endecasílabo. Requérdese que en el prólogo, ya traducido, el autor del volumen dió cuenta de su procedimiento: «Las estrofas alcaicas me parecen la mejor adquisición que presenta este libro. Hay que observár, empero, que los dos versos últimos aumentan una sílaba á los correspondientes de la estrofa alcaica latina, y me permití esta libertad para redondear y hacer más asequible á todos la frase rítmica». Suya era la capa, y pudo hacer el sayo que más le convino.

Al enviarme el poeta un ejemplar de sus *Horacianes*, le agradecí el mismo día el obsequio en una odita de estrofa alcaica que comenzaba:

Amich: ton llibre d'estrofes rítmiques
 ja be pots creure que m'ha omplit l'ánima:
 grenyal clasicisme qu'enrera
 saborirem tots dós gota á gota.

Estrofa construída según mi procedimiento, ó mejor, en gran parte de Carducci.

No me detendré en señalar ahora los adeptos que la innovación del culto poeta mallorquín ha obtenido en Cataluña: basta consignar que allí los tiene, y que en parte por lo menos se realiza allí la evolución hacia la métrica clásica, por la iniciativa y el esfuerzo de Costa y Llobera.

Volvamos á Italia y volvamos á Carducci; pues si en nada pudo éste influir en el P. Victorio Giner, no hay duda que influyó por entero en mí, y ha influído no poco en el autor de *Horacianes*. Volvamos á Italia para saber cómo ha juzgado de la estrofa alcaica Giuseppe Chiarini en el prólogo de las *Odi barbare*, aceptado por Carducci en la segunda edi-

ción de sus famosos versos. Traduciré con la puntualidad posible sus palabras: «Una de las creaciones más maravillosas de la métrica antigua, á juicio de los inteligentes, es la estrofa alcaica, llevada *al summum* de la perfección por Horacio. Los tratadistas andan muy discordes al terminar su esquema... lo cierto es que el carácter particular de esta estrofa está en esto: que los dos primeros versos resultan, cada uno en igual modo, compuestos de dos partes menores, el ritmo de las cuales renace, y alargándose se completa en los dos últimos versos.»

«En la alcaica latina, que es uno de los metros en que el acento gramatical concuerda con frecuencia con el rítmico, Chiabrera y Carducci han podido mantener suficientemente aquel carácter en la imitación italiana... Quien ha compuesto la oda *Per la fondazione di Roma*, puede, según creo, perfeccionar aun en italiano aquel admirable metro. En la oda *Alla stazione*, que por otros conceptos es una de las más notables, el carácter de la estrofa alcaica aparece muy cambiado por el último verso, que es un decasílabo italiano, y en vez de reanudar el ritmo del primer orden, de los dos primeros versos, sigue el del tercero, procediendo, á mi juicio, con sobrada rapidez y uniformidad.»

«Los dos primeros versos de la alcaica latina, leídos según el acento, corresponde cada uno á dos pentasílabos italianos yuxtapuestos, el primero llano y el segundo esdrújulo; y así los hacen en italiano Chiabrera y Carducci: leídos por arsis, y considerando el segundo orden del verso como una dipodia dactílica, corresponde también á los mismos dos pentasílabos; con esto más, que el pentasílabo llano debe acentuar las sílabas 2.^a y 4.^a, y el esdrújulo la 1.^a y 4.^a: considerando de otro modo el segundo orden como logáidico, el esdrújulo será substituído por un eptasílabo agudo, con acentos en 1.^a y 4.^a»

«El tercer verso de la alcaica latina, leído por los acentos, corresponde casi siempre á un encasílabo italiano, como ya se dijo, y por un encasílabo lo han imitado Chiabrera y Carducci; pero este verso está muy lejos de imitar el movimiento del dimetro yámbico hipercataléctico latino.»

«Noté ya de qué modo Chiabrera intentó imitar el cuarto verso de la estrofa alcaica, y cómo Carducci siguió su ejemplo, no sujetándose, empero, estrictamente á él. En realidad no se fija en la pausa después de la cuarta sílaba (que no es forzosa ni aun en latín), ni pone siempre los acentos en el mismo lugar. Este nuevo verso italiano, por más que desagrade á ciertos críticos y poetas, á mí me agrada en Chiabrera y en Carducci, y me parece mucho más apto que el decasílabo ordinario para cerrar la estrofa alcaica, separándose menos que éste del movimiento y del sonido del alcaico latino. Pero éste y el dimetro yámbico hipercataléctico sostengo que se pueden, y no difícilmente, reproducir en italiano, con mayor fidelidad por arsis; y que se puede reproducir por esto toda la estrofa alcaica con tanta exactitud, por lo menos, como la han reproducido en alemán Klopstock, Hölderlin, Mathisson y Platen.»

Las dos odas citadas de Carducci, en que primeramente aprovechó la estrofa alcaica, comienzan así:

Alla stazione in una mattina d'autunno.

Oh quei fanali come s'inseguono
accidiosi là dietro gli alberi,
fra i rami stillanti di pioggia
sbadigliando la luce su 'l fango!

Nel XXI d'Aprile dell'anno MMDCCCXXX dalla fondazione di Roma.

Te redimito di fior purpurei
april te vidi su 'l colle emergere
da 'l solco di Romolo torva
riguardante su i selvaggi piani.

Por lo que respecta al cuarto verso de la estrofa, que siempre ha resultado el más discutido, Carducci fluctúa mucho, y en el volumen titulado *Terze odi barbare* (Bologna, 1889) encontramos la oda *Saluto d'autunno*, en que tal verso es un decasílabo interciso y llano, lo mismo que en la titulada *Davanti il castel vecchio di Verona*; pero en la que rotula *Scoglio di Quarto*, introduce en el endecasílabo una pa-

labra esdrújula, sistemáticamente, colocando en 4.^a sílaba la acentuada de dicha palabra., ej.:

Effluvi e mürmuri ne la sera;

y en otras odas, *Á una bottiglia di Valtellina del 1848, Il linto e la lira*, mezcla varias y distintas formas de acentuación, sin que nunca deje de ser un decasílabo el expresado verso.

Y ahora, algunas palabras más para terminar lo referente á esta estrofa. Todos los que de ella han tratado lo han hecho con elogio. Si algún inconveniente puede presentar en la técnica artística del castellano es el de las terminaciones esdrújulas, no tan abundantes en nuestra lengua como en el latín é italiano. Pero aun así y todo, lleva gran ventaja á la catalana y todo el recorrido á la lengua francesa. Además, este inconveniente puede simplificarse, como hizo el P. Giner, y hasta solventarse radicalmente, prescindiendo de tales finales, pues no hay regla alguna en esta adaptación que á los esdrújulos nos obligue. Mientras se pueda traerlos sin violencia, opto por los esdrújulos.

En los dos primeros versos no aconsejaría un sistema tan restringido de acentuación como el que preconiza el prologuista de Carducci: todo decasílabo interciso ó formado de dos pentasílabos, me parece aprovechable. El trabajo de una acentuación tan rígida obliga á mucho y no es agradecido.

Creo que el tercer verso ha de ser un encasílabo entero para que la adaptación resulte más ceñida. Costa ha confesado lealmente — como hace siempre — que en este punto se ha permitido una libertad. La oda de Horacio que se eligió para presentar un modelo de estrofa alcaica, la 17 del libro I, consta de siete estrofas, y en ella se leen terceros versos como éstos:

Defendit æstatem capellis...
olentis uxores mariti...
manabit ad plenum benigno...
cum Marte confundet Thyoneus...
et scindat hærentem coronam...

que suenan como perfectos encasílabos castellanos.

El cuarto verso, decasílabo entero, suena mejor en mis oídos acentuándolo en las terceras, según la forma general de acentuación castellana, que con la acentuación un tanto exótica de 1.^a, 3.^a, 7.^a y 9.^a. En tal forma no es conocido en castellano; pero... cuestión de gustos, y muchos son los que se han mostrado en la adaptación de este cuarto verso.

El decasílabo acentuado en terceras entró en combinación con otros versos en la época de oro de nuestra literatura, y lo usó D. Francisco Manuel:

Qué me pides, zagal, que te cuente
del verde consorcio que ayer tarde vi,
si no han vuelto hasta ahora los ojos
que todos llevaron los novios tras sí;

y en esta misma combinación los usaron D. Francisco de Párraga Martel de la Fuente y D. Jerónimo de Camargo y Zárate á mediados del siglo XVII

En el aquelarre en que viven hoy las formas métricas del modernismo, siempre será laudable la tendencia de ampararse á las clásicas, que por lo menos tienen tradición histórica de que gloriarse y guardan el perfume de la belleza que encerraron.

Ritorniamo all'antico fué la expresión lanzada por un célebre maestro, para regenerar la música religiosa; poniendo, pues, la mira en lo pasado, expurguemos nuestra métrica de insolentes malcriadezas, sometiéndola á provechosa disciplina basada en la meditación y el trabajo.

Porque soy de los que aceptan todo, absolutamente todo lo que tiene algún valor para el arte, no ha de negárseme el buen deseo de que, entre otras innumerables y ricas formas, se cultive la estrofa alcaica, que tan retrechosamente se contonea en su movimiento, y con tanto garbo y audacia cierra el período de la frase rítmica. Quien desdeña legítimas ganancias de la tradición, porque espera cuantías del porvenir, no saldrá nunca de poquedad y pobreza, así se crea un nababo.

Estrofa asclepiadeo-glicónica.

Si la afición de Horacio á los poetas griegos no fuera sabida y no estuviera mil veces comprobada, la corroboraría la presente estrofa, compuesta de tres pequeños asclepiadeos y un glicónico.

La introducción del asclepiadeo en la literatura griega se atribuye á un poeta contemporáneo de Safo, de nombre desconocido.

Los asclepiades, asociación de médicos sibilinos y juramentados, llevaban los dolientes á los templos, y en uno de los himnos cantados en sus solemnidades en honra de Esculapio, ó *Asklépios*, apareció por primera vez el expresado metro.

Horacio utilizó el pequeño asclepiadeo, ya solo, en tres odas monostrofas (1), ya en combinación con otros versos, y particularmente con el glicónico, en doce odas escritas en dícolos distrofos (2); en nueve dícolos tetrástrofos (3), ya en siete composiciones en trícolos tetrástrofos, mezclando á los versos antes indicados un ferecracio (4).

El dícolos tetrástrofo que nos interesã está formado, como es consiguiente, por una estrofa de cuatro versos, y estos versos de dos distintas medidas: la medida de los tres primeros corresponde al pequeño asclepiadeo; la medida del cuarto verso corresponde al glicónico. Ejemplo de Horacio. (Libro I-6 *Ad Agrippam*):

Scriberis Vario fortis, et hostium
Victor Mæonii carminis alite,
quam rem cumque ferox navibus, aut equis
miles te duce gesserit.

Este cuarto verso llámase glicónico, de su inventor el poeta griego Glycón, de quien tenemos pocas noticias persona-

(1) I-1, III-30 y IV-8.

(2) Libro I-3-13-19 y 36; lib. III-9-15-19-24-25 y 28, y lib. IV-1 y 3.

(3) Libro I-6-15-24 y 33; lib. II-12, lib. III-10 y 16; y lib. IV-5 y 12.

(4) Libro I-5-14-21 y 23; lib. III-7-13; y lib. IV-13.

les y no muchos más versos, pues sólo se le asignan tres en el *Enchiridion Hephaestion*.

En España hay que recurrir á un poeta del siglo XVIII para encontrar los primeros versos adaptados á los asclepiadeos, y á un preceptista de la misma época, el cual actuó de coadjutor eclesiástico para bautizarlos. D. Leandro Fernández de Moratín, al escribir una epístola poética á su amigo D. Gaspar Melchor de Jovellanos, la comenzó por este apóstrofe á sus versos:

Id en las alas del raudo céfiro,
humildes versos de las floridas
vegas que diáfano fecunda el Arlas,
á donde lento mi patrio río
ve los alcázares de Mantua excelsa, etc.

Y en esta forma continuó hasta el fin de la composición, que al publicarla apareció ilustrada con la siguiente nota:

«Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizada ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificación de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquéllos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximación (ya que la identidad es cosa imposible) (1), basta con un oído acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número y nos parecen prosa, defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitación aquellos en que no hay este inconveniente, se lograría dar á la versificación castellana mucha riqueza y variedad... Aún quedan que añadir muchas cuerdas á la lira española.»

(1) Adviértase que Moratín llama *identidad* á lo que el Pinciano llamó *transplantación*; y *aproximación* á lo que yo vengo llamando *adaptación*.

Las palabras son diferentes, pero los conceptos iguales.

Hasta aquí sólo consta que Moratín, deseoso de añadir una nueva cuerda á las que faltaban á la lira española, hizo sus versos mencionados á imitación de los griegos y latinos; pero D. José Gómez Hermosilla, al transcribir en el Suplemento de su *Arte de hablar en prosa y en verso* algunas composiciones de Moratín que en París entonces habían aparecido coleccionadas (1825), transcribió la epístola á Jovellanos, adjuntando una nota que decía: «Imita el metro latino llamado *asclepiadeo*».

No nos detendremos en episodios pintorescos de la vida literaria de entonces; basta decir aquí que los tales asclepiadeos movieron la sátira de D. Juan Nicasio Gallego, quien publicó para ellos y para el ministro bautizante la famosa *Receta* de los asclepiadeos:

Toma dos versos de á cinco sílabas
de aquellos mismos que el buen Iriarte
hizo en su fábula lagartijera (1),
forma de entrambos un solo verso,
y esto repítelo según te plazca.
Mezcla, si quieres, que es fácil cosa,
algún esdrújulo de cuando en cuando;
con esto solo, sin más fatiga,
harás á cientos versos magníficos
como estos míos que estás leyendo.
Así algún día los sabios todos,
los Hermosillas del siglo próximo
darán elogios al digno invento,
ora diciendo que son exámetros
ó asclepiadeos, ora que aumentas
con nuevas cuerdas la patria lira,
no hallando en Córdoba laurel bastante
con que enramarte las doctas sienes.

Si Moratín no ilustra sus versos con la expresada nota y si Hermosilla no los bautiza, es casi seguro que hubieran pasado sin protesta, como pasó la traducción hecha por el mismo Moratín del bucólico Rolli, escrita originariamente en octosí-

(1) Alude á la fábula *El naturalista y las lagartijas*, escrita por don Tomás de Iriarte en versos pentasílabos.

labos italianos y vertida en la misma forma en que se escribió la mencionada epístola á Jovellanos.

Lo cierto es que antes de Moratín no se conocieron los decasílabos intercisos, y que para introducirlos, más bien que invocar á griegos y á romanos, pudo invocarse nuestro verso de arte mayor y nuestro alejandrino, ambos intercisos, y bien divulgados desde los primeros siglos de la literatura castellana.

Después de Moratín han seguido cultivándose, ocasionalmente al menos y por no pocos autores, los indicados versos, y esto prueba que eran aptos para la expresión del pensamiento castellano.

Tales versos han entrado como elemento constitutivo de la estrofa asclepiadeo-glicónica, si bien de ella puede afirmarse que no ha renacido en las adaptaciones de la métrica vulgar hasta que se ha sentido la influencia de Carducci. Los transplantadores antiguos la intentaron en Italia, no siempre con acierto, y modelos nos quedan, por no citar otros, en la producción de M. Antonio Ranieri da Colle. Como la estrofa ha resultado de muy complicado artificio, se comprende que el neo-clásico italiano no se haya mostrado muy pródigo de esta forma.

En el primer tomo de sus *Odi barbare* aparece, una sola vez usada, en la poesía que titula *In una chiesa gotica*, y empieza:

Sorgono e in agili file dilungano
gl'immani ed ardui steli marmorei,
e nella tenebra sacra somigliano
di giganti un esercito...

Estrofa de tres versos decasílabos intercisos, en que son esdrújulos todos los hemistiquios, y de un cuarto verso epitasílabo también esdrújulo.

Miguel Costa, haciendo un esfuerzo titánico, ha reproducido la estancia asclepiadeo-glicónica en sus versos mallorquines, también, como Carducci, una vez sola, «á causa de resultar demasiado difícil en nuestra lengua», según él mismo confiesa.

Esfuerzo tal merece ser íntegramente conocido y examinado en sus dificultades.

Vora una font

Plaume la Náyade qu'en les recóndites
verdors ombrívols aboca l'ánfora,
ab notes trémols de flauta idílica
y singloteig de tórtora.

Son llit perfumali murta aromática,
sa ona may térbola guaytan les dríades;
y a sa caricia les pedres rústiques
prenen figura d'ágata.

Tot l'ama. Vóltala turba placévola
d'aucells ab cántiques de varia música:
y ab gust abéurashi la cabra díscola,
com l'anyelleta cándida.

Fins pura y gélida per la canícula,
de plers y gracias la font es pródiga.
¿Per qué, donchs, trémola sa veu murmúrali
con un cantar de llágrimes?

No sé... Mes l'ánima per axó escóltala,
talment simpática per que es planyívola ..
sembla d'ausencies parlar, y súranhi
flors de la vida pálides.

Son les anémones del cor efímeres,
que l'aura rápida de la existencia
esfulla, y bréasles l'ona anyorívola,
corrent a mars incógnites...

¡Oh font, oh Náyade! Ta veu de tórtora
ja no'm diu églogues, sino elegíaques,
tendres memories d'una edat cándida,
qui's coroná d'anémones...

¡Costa ha vencido! Nadie con más entusiasmo que yo ha de vitorearle.

Pero no basta que un poeta triunfe una, ni dos, ni tres veces para divulgar una forma, si ésta no encaja en el genio de la lengua. La estrofa asclepiadeo-glicónica, construída con superabundancia de tanto esdrújulo, es poco menos que imposible en castellano y más aún en catalán. El hecho no es el derecho, ni el derecho el fuero, ni el fuero el huevo. En la transcrita se admira la técnica de un poeta siempre exquisito, siempre atildado, siempre dispuesto á ponerse obs-

táculos métricos para gallardear sobre ellos por fuerza de inspiración é inmaculado gusto; pero así y todo, los obstáculos son evidentes.

Antes de palparlos, conviene hacer una digresión cuyo fondo no sólo afecta á la estrofa asclepiadeo-glicónica, sino también á otras adaptaciones de métrica clásica en lengua catalana. Tiene esta lengua abundancia extraordinaria de monosílabos. Amén de poesías sueltas: del abogado Guillermo Roca (hijo), de D. Pedro de la Peña, de D.^a Manuela de los Herreros, viuda de Bonet, de algunas composiciones de *Pitarra* (Federico Soler) en sus extraños é ingeniosísimos *Singlots poetichs*, puedo citar nada menos que un poemita de unos doscientos versos endecasílabos, escrito con palabras monosilábicas, obra del mínimo Antonio María Cervera, que comienza:

El joch en perd á molts; si un s'en fa rich
no cau tal sort en mil anys mes qu'un pich.
Ou un pas que vas fer l'any de sa neu,
el te cont p'es teu llum, si no 't sab greu...

Esto sólo bastará para probar cuánta es la abundancia de palabras agudas de la lengua catalana, porque lo son todos los abundantísimos monosílabos de que consta, y además muchísimas palabras de toda medida que tienen la expresada acentuación. Una métrica que sistemáticamente ha de prescindir de los agudos, no puede implantarse como única en una lengua que los tiene á porrillo. Ni éste ha sido nunca el intento de Costa.

Si el hecho apuntado es de carácter positivo, el léxico catalán nos ofrece otro, y no menos grave, de carácter negativo, sobre todo en la adopción de la estrofa asclepiadeo-glicónica. Cuanto la lengua catalana es rica en palabras agudas, es parca en esdrújulas. Algo se dijo con respecto á éllas al tratar de la estrofa alcaica, pero en la asclepiadeo-glicónica la dificultad casi se cuadruplica numéricamente y en otro orden de consideraciones se eleva á la enésima potencia.

En la misma poesía transcrita hay esdrújulos que el poeta

hubiera rechazado en otras composiciones y ha aceptado en ésta por ley imperiosa de necesidad. Véanse los esdrújulos formados por toda clase de subfijos, los cuales, repetidos, son estorbo á la melodía y violencia á la sintaxis: *perfúma-li, vólta-la, abéuras-hi, murmúra-li, ascólta-la, síran-hi, bréssa-les*; obsérvese cómo se recurre á los adjetivos femeninos: *verdors recódités, verdors ombrivoles, notes trémoles, flauta idílica, musta aromática, ona térbola, pedres rústiques, turba placévola, cabra díscola, ovella cándida, font gélida, font pró-diga, veu trémola, font simpática, font planyívola, flors páli-des, némones efímeres, aura rápida, ona anyorívola, mars incógnites, edat cándida*—(y nótese que no hay un solo adjetivo repetido);—ó se aceptan diéresis que, menos violentas en catalán que en castellano, no dejan de abrumar un poco el oído por la desarticulación: *carícia, grácies, ausenciés, existéncia, memòries*; que se ha tenido que sustantivar algún adjetivo: *elegíaques* por *elegíes*. Y aún hay más: de los 49 esdrújulos obligados en esta composición, quedan 12 sustantivos (*Náyade, ánfora, túrtora, driades, ágata, cántignes, música, canícula, llágrime:, ánima, anémones* y *églogues*), que son todos femeninos. Hablen los hechos, los hechos de un poeta tan egregio como Costa, porque dicen más que las consideraciones que pudieran hacerse.

¿Y por qué no decirlo de una vez? El catalán, en su renacimiento, no ha dado aún con la verdadera métrica artística. Hasta las formas populares, ó popularizadas, fueron con frecuencia castellanas cuando se pensaba en la restauración de los *Juegos florales*; y de los poetas que á tales fiestas concurren no se hable, porque aún extremaron la nota castellana. Si alguna vez volvieron los ojos á lo pasado, á la tradición, á la historia literaria de Cataluña, se encontraron con formas anticuadas que generalmente no podían competir con la melodía de la métrica italiana, ya divulgada en Castilla y en Cataluña.

Alguna vez se han vuelto los ojos hacia la métrica francesa, y estas aproximaciones han resultado más felices, por tratarse de lenguas más afines. Pero de Francia llegaron también á Cataluña, antes que á Castilla, desbarros de moder-

nismo, y no fueron los poetas más insignificantes los que á ellos se ampararon.

Un nuevo tanteo hacia lo que no se ha conseguido aún es el nuevo librito de Costa. El prólogo—ya traducido en estos artículos—dice bien claro sus aspiraciones.

Algún día llegará el catalán á sentar su preceptiva, ¿quién lo duda? Son muy poco cincuenta años de restauración para correr todo el camino. Bastante se ha hecho y ciego es quien no lo vea. Las *Horacianes* de Miguel Costa son otro afluyente al cauce general de la literatura catalana: corriente sana en sus tendencias y en parte provechosa para los acrecentamientos: quizás no sea nunca vulgar, ni importa que lo sea: de fijo no imperará como única, ni nadie se ha propuesto semejante cosa; pero dentro de la métrica aceptada, por más que haya de proscribirse alguna de sus formas, siempre significará maciza cultura y noble y levantada aspiración de poesía.

J. L. ESTELRICH.



MINISTERIO
DE CULTURA



DISQUISICIONES HISTÓRICAS

Carta abierta dirigida al laureado poeta D. José Rincón Lazcano.

Mi querido y buen amigo:

Las aficiones que usted ha demostrado repetidas veces á escudriñar las minucias de la Historia muévenme á darle cuenta de un hallazgo, no de gran trascendencia, pero sí de algún interés para aclarar cierto extremo puesto en tela de juicio por un meritísimo historiador.

En la erudita y concienzuda introducción que D. Manuel Colmeiro escribió para la publicación que la Academia de la Historia tenía emprendida de las *Cortes de los antiguos reinos de Castilla y León*, lamentábase de que la falta de documentos privase á los aficionados de ratificar una aseveración que Martínez Marina había hecho con referencia á las Cortes celebradas en Madrid el año 1510 (1). Se trata de que el Padre Mariana, Colmenares, el licenciado Jerónimo Quintana y algún otro historiógrafo habían asegurado que en Madrid se celebraron Cortes durante el año que se indica; y Martínez Marina, ampliando el dato, apuntó la noticia de que ciertos disgustos, murmuraciones y quejas obligaron al Rey D. Fernando el Católico, que veía vacilante su autoridad, á convocar dichas Cortes, y que en la iglesia de San Jerónimo fué reconocido y declarado Gobernador de los reinos de Castilla, administrador de la Reina D.^a Juana, su hija (2), y tutor del

(1) *Teoría de las Cortes ó grandes Juntas nacionales de los reinos de León y Castilla*.—Madrid. Imp. Villalpando, 1813.—Tomo II, página 163.

(2) Á pretexto de adhesión á D.^a Juana, poníase en duda su incapacidad; pero la enfermedad de esta desdichada Reina era desgracia-

Príncipe D. Carlos, su nieto, jurando en manos del Arzobispo de Toledo que durante el tiempo de su gobernación haría y cumpliría todo aquello que á oficio de verdadero y legítimo tutor y administrador pertenecía de derecho.

Por desgracia, dice el Sr. Colmeiro, el autor no apoya su narración en ningún documento; lo que hay de cierto es que el Rey Católico celebró Cortes en Monzón á los aragoneses que le sirvieron con 500.000 escudos para la guerra de África. Bien se ve que el espíritu de comentarista no quedaba plenamente convencido de las afirmaciones de Martínez Marina, y para persuadirnos de esta idea añade luego que en 1510 estaba el Rey Católico bien arraigado en la posesión del gobierno de Castilla.

La suerte, protectora de las investigaciones históricas, puso en mis manos hace algún tiempo el acta de la jura del Príncipe D. Carlos en las Cortes celebradas en Madrid el año 1510, en la cual acta consta la ratificación de poderes á que aludía Martínez Marina.

damente cierta é incurable. Su mismo padre D. Fernando el Católico, que tan malavenido andaba con el yerno, expidió en Villafáfila (Zamora) el siguiente documento, de que existe copia en el Archivo municipal de Madrid:

«Facemos saber á los que la presente vieren que hoy día de esta fecha fué asentada cierta capitulación de amistad e unión e concordia entre Nos y el Serenísimo Príncipe D. Felipe, Rey de Castilla, de León, de Granada, nuestro muy caro e muy amado fijo, y por la honestidad y lo que se debe la honra de la Serenísima Princesa D.^a Juana, Reina de Castilla, de León, de Granada, nuestra muy cara e muy amada fija, no fueron allí expresadas algunas cosas e causas, conviene á saber: cómo la dicha Serenísima Reina nuestra fija en ninguna manera se quiere ocupar ni entender en ningún negocio de regimiento ni gobernación, ni otra cosa, y aunque lo quisiese facer sería con tal destrucción y perdimiento de estos reinos según sus enfermedades y pasiones que aquí no se expresan por la honestidad como dicho es. E queriendo proveer e remediar e obviar á los dichos daños e inconvenientes que de esto se podrían seguir, fué acordado e asentado entre Nos y el dicho Serenísimo Rey, nuestro fijo, que en caso que la dicha Serenísima Reina nuestra fija, por sí misma ó inducida por cualesquier persona de cualesquier estado e condición que fuese, se quisiese ó la quisiesen entremeter en la dicha gobernación e turbar e venir contra la dicha capitulación, que Nos ni el dicho Serenísimo Rey, nuestro fijo, no lo consentiremos, antes seremos conformes en lo remediar.»

(27 Junio 1506.)

Dice así el documento (1):

«Conoscida cosa sea á todos los que la presente escritura vieren, cómo en la noble villa de Madrid, á seis días del mes de Octubre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil e quinientos e diez años, estando ende presentes el muy alto e muy poderoso católico Principe, Rey e Señor, el Rey D. Fernando, Rey de Aragón e de las Dos Sicilias e de Jerusalén, e «Administrador e Gobernador legítimo por » la muy alta e muy poderosa Señora la Reina D.^a Juana, » nuestra señora, su hija, en estos reinos e señoríos de Castilla e de León e de Granada»; en la capilla mayor de la iglesia del monesterio de San Jerónimo, que se dice el Paso nuevo, que es fuera de los muros de dicha villa (2), y estando ende presente el Reverendísimo Señor Don Fray Francisco Jiménez, Cardenal de España, etc., etc.»

Á continuación se inserta la lista de asistentes, entre los que aparecen los Embajadores del Emperador Maximiliano, que tanto se entrometieron en los asuntos de este país, el Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba, su sobrino el Marqués de Priego, con quien había tenido el Rey Católico serios disgustos dos años antes, el Condestable de Castilla D. Bernardino Hernández de Velasco, el Duque de Alba y el de Medina-Sidonia, todos amigos y partidarios del Gran Capitán, D. Fernando de Vega, Presidente del Consejo de las Órdenes y Presidente de estas Cortes, otros muchos grandes, ricos homes, prelados y procuradores (*diputados*) de las villas y ciudades de los reinos de Castilla, León y Granada, advirtiéndole que á la capital del último de los reinos citados la representaba no menos que el Conde de Tendilla, también

(1) Se conserva en el Archivo municipal de Madrid. No se asuste usted, querido amigo; no voy á copiar íntegro el documento, sino los párrafos pertinentes al asunto, adoptando, en lo posible, la ortografía moderna para facilitar su lectura.

(2) La iglesia de San Jerónimo fué construída, según se cree, hacia 1502, formando parte de un antiguo monasterio fundado años antes en el camino del Pardo y próximo al *paso* ó vado del río Manzanares, á lo que quizá deba el nombre de San Jerónimo del Paso, con que fué conocido, debiendo desecharse las consejas que los antiguos cronistas echaron á volar respecto de los orígenes de esta fundación.

amigo de Gonzalo, y á la villa de Madrid el licenciado Francisco de Vargas, célebre en la historia matritense (1), y Antonio de Luzón, perteneciente á una familia principal que ha dado nombre á la calle donde tenía su casa.

Continúa el documento:

«E yo, Miguel Pérez de Almazán, Secretario de la dicha Reina D.^a Juana, nuestra señora, á las inteligibles voces leí en latín y en romance (2) de verbo adverbium una capitulación que fué asentada entre el dicho Sacratísimo Emperador (3), así en su nombre como en nombre del dicho muy alto e muy excelente señor Príncipe D. Carlos, y el muy alto e muy poderoso señor Rey D. Fernando, Rey de Aragón e de las Dos Sicilias e Jerusalén; e así en su nombre como en nombre de la dicha Reina nuestra señora, su hija cuyo tenor de la cual aquí no se infiere porque no hay necesidad, salvo dos capítulos que hacen e tocan á lo que estos reinos habían de jurar, el tenor de los cules es este que se sigue:

Item, es asentado e concordado que el dicho Sacratísimo Emperador, ni el Ilustrísimo Príncipe D. Carlos, Príncipe de Castilla, por sí, ni por otras intrepuestas personas « non con-
 » tradirán, ni inducirán directamente, ni indireta, públicamen-
 » te, ni encubierta, de dicho ni de fecho, nin en ninguna otra
 » manera, la administración e gobernación que el dicho Rey
 » Católico tiene en los dichos reinos e señoríos de Castilla, de
 » León e de Granada, antes á ellos les placirá y serán con-
 » tentos que el dicho Católico Rey en todo el tiempo de su
 » vida, viviendo la Serenísima D.^a Juana, Reina de Castilla,
 » su hija, tenga la dicha administración e gobernación, e rija
 » e gobierne los dichos reinos e señoríos de Castilla, de León
 » e de Granada, como agora lo face », en caso de que la di-
 cha Serenísima Reina de Castilla, de León e de Granada falleciese de esta presente vida, e aun en caso que el dicho Católico Rey tenga hijos varones de la Serenísima Reina su

(1) No se confunda á este Francisco de Vargas con otro Francisco de Vargas, tío suyo y Consejero de los Reyes Católicos.

(2) Así se denominaba antiguamente al idioma castellano.

(3) El Emperador Maximiliano, abuelo de Carlos V.

mujer (1), en estos dos casos y en cualquiera de ellos, « la » administración e gobernación del dicho Católico Rey en los » dichos reinos de Castilla, de León e de Granada durará » fasta que el dicho Ilustrísimo Príncipe de Castilla haya » edad de veinte e cinco años »; pero que el dicho Rey Católico sea tenido de jurar solenemente en presencia de los Embajadores del dicho Sacratísimo Emperador en la forma acostumbrada del dicho que fará e cumplirá todas aquellas cosas que á oficio de bueno, verdadero e legítimo tutor e administrador pertenecía. »

Con la lectura de estos párrafos, escritos en la prosa curialesca y pedestre de la época, comprenderá usted, mi buen amigo, que Martínez Marina estaba en lo firme y que conocía el documento que estamos examinando. No le faltaba tampoco razón á Colmeiro cuando decía que en 1510 estaba bien arraigado el Rey Católico en la posesión del gobierno de Castilla, porque este paso lo demuestra, y de no ser así no se hubiera aventurado á suscitar la cuestión; pero es indudable que necesitaba esta confirmación para asegurar su triunfo; D. Fernando era un político solapado, de mucha trastienda y poco amigo de vanidades que no le produjeran un resultado práctico. Ya usted sabe perfectamente los resquemores que le produjera la popularidad y la gloria de Gonzalo; que gran porción de magnates y ricos-hombres de Castilla y Andalucía le miraban con desconfianza declarando abiertamente sus simpatías por el Gran Capitán, y por fin, que los castellanos nunca vieron en D. Fernando más que el esposo de D.^a Isabel, su Reina. ¿Qué mucho que el monarca aragonés, fiándose poco de la aparente amistad que unos y otros le vendían, quisiera por todos los medios humanos asegurar su predominio en aquellas difíciles circunstancias?

(1) El matrimonio del Rey viudo D. Fernando con D.^a Germana de Foix, sobrina del Rey Luis XII de Francia, dice Lafuente, que hizo tan mal efecto en casi toda Europa como en Castilla, fué bien recibido y aun celebrado en Aragón, donde *todavía* no se llevaba con gusto la unión con Castilla y donde se deseaba tener un Príncipe que sólo heredara aquel reino con sus pertenencias naturales y adquiridas. *Intelligentibus pauca*, amigo Rincón.

Y no cabe dudar que el Rey Católico quiso abordar de frente la cuestión, pues para que todos se fijasen bien en ella hace que Almazán vuelva á insistir diciendo:

« E luego yo, el dicho Secretario, á las altas e inteligibles voces, por mandado de su católica majestad, dije las palabras siguientes: Su Alteza dice que ya habéis visto que en esta capitulación que se os ha leído hay un capítulo en que se contiene que en caso que la Reina D.^a Juana, nuestra señora, fallezca de esta presente vida, en vida de su católica majestad, Dios la guarde en su vida, « haya de tener e gobernar e administrar estos dichos reinos e señoríos de Castilla, e de León, e de Granada », en nombre del muy alto e muy excelente Príncipe el Sr. Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, &, « cómo e de la manera que agora lo gobierna e administra » en nombre de la dicha Reina D.^a Juana, nuestra señora, fasta tanto que el dicho Sr. Príncipe haya veinte e cinco años; que agora á su Alteza le place e ha por bien que nos, el Reverendísimo Sr. Cardenal de España, e señores Perlados e Grandes, e vosotros honrados Procuradores e caballeros, no hayáis de jurar, ni juréis la dicha su gobernación en el dicho caso que la dicha Reina D.^a Juana, nuestra señora, muera en vida de su católica majestad, Dios la guarde, sino conforme á las leyes de estos reinos, que fasta tanto que el dicho muy alto e muy excelente Príncipe e señor D. Carlos haya veinte años cumplidos, e para mayor firmeza de esto, su católica majestad manda que este auto se ponga en los autos de estas Cortes antes que fagáis el juramento e pleito homenaje que en tal caso debéis facer. « E luego yo, » el dicho Secretario, pregunté al muy alto e muy poderoso » señor Rey D. Fernando si lo decía así en su Alteza, e respondió que así lo decía e le placía »; e el Licenceado Luis Zapata, Letrado de Cortes, en nombre de estos dichos reinos e de los dichos Procuradores de Cortes que ende estaban, dijo que requería e pedía á mí, el dicho Secretario, que así lo diese por testimonio, e yo, el dicho Secretario, dije á los que allí estaban presentes que de ello fuesen testigos » (1).

(1) La Academia de la Historia, en su *Colección* (ó Catálogo, que

Supongo que ya con esto habrá quedado usted convencido, amigo Rincón, y lo quedarían ciertamente Gonzalo de Córdoba, el Marqués de Priego, el Conde de Tendilla y cuantos señores asistieron a la jura, de que D. Fernando tuvo el decidido propósito de recabar la ratificación de poderes; pero para que usted no lo dude, si no le ha bastado con lo expuesto, todavía en el acta aparece otro golpecito, no ya puesto por Almazán, el escribano real, sino por la representación de los señores que formaban la asamblea.

Después de lo relatado, el licenciado Luis Zapata, letrado de las Cortes, como se ha dicho, leyó un escrito, á nombre de los prelados, grandes, caballeros y procuradores, en el que manifestaban que, habiendo sido convocados para jurar al Príncipe D. Carlos (1) y «para que jurasen e aprobasen e, si necesario fuese, ratificasen la gobernación e administración» que á su Alteza pertenecía, juraban por heredero del trono al citado Príncipe D. Carlos «e al dicho muy alto e poderoso Católico Rey e señor D. Fernando, Rey de Aragón, e de las Dos Sicilias e Jerusalén, por «legítimo administrador e gobernador de estos reinos de Castilla, de León e de «Granada» en esta manera: Que viviendo la muy poderosa Reina D.^a Juana, nuestra señora, «administre e gobierne estos dichos reinos e señoríos todo el tiempo de su vida en «nombre de la dicha Reina D.^a Juana», nuestra señora, y en caso de que Dios disponga por muerte de la dicha Reina

de ambas maneras lo designa) de *Cortes de los antiguos reinos de España* (Madrid, imprenta de José Rodríguez, 1855, 214 páginas en 4.^o), dice que en el Archivo de Simancas se encuentran varias actas de estas Cortes. ¿No opina usted, querido Pepe, que tener *secuestrada* en un castillo la documentación de la historia de España, dificultando, por lo tanto, su consulta, merece censuras más bien que elogios?

(1) El Príncipe D. Carlos, luego Carlos V, había sido jurado otra vez como heredero de la Corona de Castilla, en las Cortes de Valladolid el 12 de Julio de 1506, «estando dentro de los palacios reales, donde posan los muy altos e muy poderosos señores el Rey D. Felipe (el Hermoso) y la Reina D.^a Juana, nuestros soberanos señores, que son en la calle de la Corredera de San Pablo, de la dicha villa, casas que son del Marqués de Astorga». De este documento también se conserva copia en el citado Archivo municipal de Madrid.

D.^a Juana, nuestra señora, que Dios la guarde, «administre
» estos dichos reinos en nombre del dicho muy alto e muy
» excelente Príncipe D. Carlos, que entonces será Rey, e como
» agora los administra en nombre de la dicha Reina D.^a Jua-
» na», nuestra señora, fasta tanto que el dicho Príncipe don
Carlos haya veinte años cumplidos».

Aquí consta ya, como usted ha visto, hasta el verbo *rati-
ficar*, lo que viene á robustecer el concepto emitido por Mar-
tínez Marina.

«E luego, continúa el documento, los suso nombrados
Perlados, e Grandes, e Caballeros e Procuradores de Cortes,
uno en pos de otro, las rodillas puestas en el suelo, besaban
cada uno por sí la mano del dicho muy alto e muy poderoso
Católico Rey señor D. Fernando, así por lo que á su Alte-
za tocaba como «por respeto de su administración e gober-
» nación».

Esto se llama echar la llave, y quizá el acto de sumisión
obligada que queda descrito fuera un triunfo de los muchos
que en la política consiguió aquel sagaz y astuto monarca.

Y con esto se da por terminado el incidente.

De usted siempre devotísimo amigo, que le quiere muy
de veras,

CARLOS CAMBRONERO.

Madrid 25 Noviembre 1906.

CERVANTES SOLDADO

Trabajo que obtuvo el premio del Excmo. Sr. Capitán General de las Baleares en el Certamen celebrado en Palma, en Abril de 1905, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del «Quijote».

..... nunca la lanza em-
botó la pluma ni la pluma
la lanza.

DON QUIJOTE, parte I.

No nos asombra ni nos extraña que la historia, la erudición y la poesía hayan hecho bien poca cosa para enaltecer la figura del soldado Miguel de Cervantes, cuya vida y hechos han sido, por otra parte, objeto de tanto estudio y comentario que apenas es posible aportar un solo dato inédito á este ramo de la bibliografía. Grande interés había de despertar, sin duda, un trabajo que nos revelase el espíritu de Cervantes en lo que pudo tener de militar, ya que no debe ser despreciable cuanto á tan grande hombre atañe. Pero si muy poco ó casi nada se ha escrito de las hazañas y virtudes militares del *manco de Lepanto* (1), quizá pueda esto atri-

(1) Aparte de los biógrafos de Cervantes, como Navarrete, Benjumea y otros muchos, D. Adolfo de Castro es el único erudito, que sepamos, que, recogiendo algunas curiosidades relativas á las circunstancias que concurrieron en el combate de Lepanto, escribió una especie de poema en prosa, en el que pone en boca de Cervantes las peripecias de aquel combate, cuyo recuerdo estimó en tanto el ingenioso escritor. Véase *Algunas obras inéditas de Cervantes*. (Madrid, 1879.)

Hernando de Herrera y Lope de Vega cantaron aquel hecho de armas, pero sin hacer especial mención de Cervantes. Véase también el trabajo de D. Cayetano Rosell sobre la batalla de Lepanto, premiado y publicado por la Real Academia de la Historia.

buirse á que no fué Cervantes el único escritor de su época que siguió la carrera militar, antes al contrario, soldados fueron os más grandes ingenios de la literatura española: Lope de Vega, Calderón, Garcilaso, Ercilla, Melo, Boscán, Montemayor, Hurtado de Mendoza, Espinel, Rojas y tantos otros, á quienes su amor á las letras no impidió servir á su Dios, á su rey y á su patria, ya en las fértiles campiñas de Italia,

De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,

ya bajo el cielo gris de Flandes ó en las apartadas y ricas mesetas del Perú ó de Nueva España.

Y si tan frecuente y natural fué entonces que los hombres de letras fueran también hombres de armas, ¿qué de extraño tiene que la posteridad olvidase á Cervantes soldado, cuando, si aún hubiera sido un gran caudillo, habían de quedar sus hazañas oscurecidas y eclipsadas por el resplandor del genio que creó el *Quijote*? El mismo Julio César, ¿no fué acaso tan grande como historiador y hablista que como general de la república romana?

Pero si la vida militar de Cervantes fué breve, oscura y malograda, además, por la precoz desgracia de sus enfermedades, heridas y desencantos, especialmente por el infortunio de su cautiverio en Argel, no es menos apreciable ni menos heroica por la abnegación de su conducta, como lo testificaron sus jefes, sus camaradas y los propios recuerdos de su vida militar, que él estimó en su justo precio.

A excepción de la antigua Grecia, no hay en la historia ejemplo de pueblo alguno que lanzara á la carrera de las armas y de las aventuras mayor número de hombres eminentes que la España de los Austrias. El triunfo de la fe católica, después de una lucha de ocho siglos, el descubrimiento y conquista de América, la política expansiva de los reyes, las guerras de Italia y de Flandes, el cesarismo de Carlos V y sus descendientes habían enardecido el espíritu militar hasta el punto de lanzar á la profesión de las armas toda la savia, toda la energía, toda la vida de la nación. La guerra,

la religión ó el comercio eran los más poderosos estímulos para el ambicioso: *Iglesia ó mar ó Casa Real*, y de todos ellos era la guerra el que mejor cuadraba al espíritu hidalgo, fantaseador, enamorado de la vida, aventurero, en fin. Así Cervantes, hijo de su época, acogióse á las armas, «ejercicio que, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre» (1), convencido, sin duda, de que «no hay otra cosa en la tierra más honrada que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos más honra» (2).

Muy joven era Miguel de Cervantes (veintitrés años) cuando, al abandonar el servicio del cardenal Aquaviva, sentó plaza en los tercios españoles, residentes entonces en Italia, y es muy posible que, á no depararle su destino un puesto de honor en el combate de Lepanto, donde hubo de ganar, si no mercedes, honrosas heridas, de eterna memoria, quedarán inéditas sus hazañas, como las de tantos otros soldados y aventureros que la España austriaca esparció por el mundo. Pero antes de que su alma varonil sufriese el menoscabo que á la juventud reservan los azares de la vida, antes que sus entusiasmos y sus bríos pudieran enfriarse al contacto de las penalidades y desengaños que traía consigo la vida militar de sus tiempos, que él mismo describió luego con vivos colores, llevóle su destino á la gloriosa jornada de Lepanto; «á la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros» (3).

Á consecuencia de haberse tomado al pie de la letra la historia que el cautivo cuenta á la cuadrilla de Don Quijote, en la famosa venta de Palomeque el Zurdo, como una autobiografía de Cervantes, se dijo que éste había militado en los tercios de Flandes y que estuvo presente á los suplicios de

(1) Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 16 (edición publicada por la Real Academia).

(2) *Don Quijote*, parte II, cap. XXIV.

(3) Prólogo á la segunda parte del *Quijote*.

los Condes de Egmont y de Horn. Pero de su memorial y de cuanto sus diligentes biógrafos han podido averiguar sólo resultan ciertos sus servicios en la armada española, en las galeras que acaudillaba el veneciano Juan Andrea Doria.

Noticioso Cervantes del grande armamento con que España, Venecia y el Pontífice Pío V se aprestaban para combatir el poder naval de los turcos, terror de la cristiandad en el Mediterráneo, presencié en Nápoles, donde residía, la llegada de gran número de galeras cristianas, á cuya cabeza iba la Galera Real del Serenísimo Señor D. Juan de Austria, que según la narración de un contemporáneo, era una maravilla (1).

Esa galera almirante había sido construída con pino de Cataluña, «el mejor leñame que en Asia, Africa y Europa se halla, fuera de las Indias Orientales» (2), habiéndose encargado los trabajos de pintura, escultura y decorado á notables artistas sevillanos, cuyas tareas no desdeñó visitar el propio rey D. Felipe, á cuyo efecto pasó á orillas del Guadalquivir el día de la Pascua del Espíritu Santo del año 1570, manifestándose contento de cuanto en ella se había hecho. Remataba los adornos de popa un soneto del divino Herrera, que copiamos aquí como muestra de la unión que había entonces en España entre las letras y las armas, como testimonio del espíritu de un raza guerrera y artista á la vez:

Diestra heroica de Carlo, que igual mira
del cielo vivo en vos vuestra victoria,
seguid, que ya el valor de toda historia,
rendido al vuestro, con dolor suspira.

Domad del alto piélago la ira,
que es la tierra pequeña á vuestra gloria;
dando el imperio á España y la memoria
que por vos ora al Asia sola aspira.

No puede ser mayor la gloria vuestra,
aunque es menor que vos; y vuestra fama
la grandeza del cielo abraza y cierra.

Podéis cumplir esta esperanza nuestra:
que para ella Europa toda os llama,
pues sois Neptuno en mar, Marte en la tierra.

(1) Juan de Mallara. Véase la op. cit. de D. Adolfo de Castro, el artículo Cervantes y la batalla de Lepanto.

(2) Lug. cit.

El 2 de Septiembre de 1571 llegó Cervantes á Mesina con el tercio de D. Lope de Figueroa, embarcando á bordo de la galera *Marquesa* que mandaba el capitán Francisco de Sancto Pietro. Enfermo de calenturas (malaria?), cuando las escuadras enemigas se aprestaban al combate en el golfo de Lepanto, el día 7 de Octubre de 1571, no quiso Cervantes permanecer en el lecho á pesar de los consejos y requerimientos de su capitán y de sus compañeros. ¿Qué se diría de Miguel de Cervantes? cuentan que exclamó, y lleno de arrojo y de ardor juvenil, pidió puesto en un esquife, y á la cabeza de doce hombres, combatió hasta que herido de dos arcabuzazos en el pecho é inutilizada para el resto de su vida la mano izquierda, hubo de ser retirado á bordo del bajel. Por rara disposición de la fortuna, hubo de contribuir Cervantes al triunfo de Lepanto, triunfo que cierra la serie de gloriosos hechos de armas del ejército español en aquel ciclo de sus aventuras por Europa (1).

Repuesto de sus heridas, continuó Cervantes tomando parte en campañas posteriores hasta 1575, en que obtuvo licencia para restituirse á su patria, á cuyo regreso, á bordo de la galera *El Sol*, fué hecho prisionero por un buque corsario y llevado cautivo á Argel.

Los biógrafos de Cervantes hacen especial mención de la recompensa con que el virtuoso y valiente soldado fué distinguido por el propio D. Juan de Austria, además de las numerosas cartas en que el Duque de Sesa y otros capitanes y magnates le recomendaban al monarca. Pero conocidos ya esos detalles de su vida militar, no hay para qué detenernos en ellos. Baste decir que su espíritu estuvo lleno de la idea del honor y que soportó los azares de la guerra, no por deber de mercenario, sino por virtud de *cristiano viejo*, « que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y fama » (2). El espíritu de disciplina y el desprecio á

(1) No queremos decir que Lepanto fuese el último triunfo de los españoles, sino que después de Lepanto comenzó á declinar la fortuna guerrera de la Nación.

(2) *Don Quijote*, parte 1.^a, cap. XXXIX.

la muerte, que tantos elogios han valido al soldado español, no fueron tampoco ajenos á Miguel de Cervantes; díganlo si no estas palabras suyas: « Todo es morir, y acabóse la obra, y más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huída, y tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden » (1).

Pero si muy nobles son sus palabras y heroica fué su conducta en la campaña, más admirable y más heroica nos parece la resignación con que supo sufrir su prolongado cautiverio en Argel, consolando á sus amigos, ingeniando repetidas veces la consecución de la libertad; salvando siempre á los demás cautivos antes que á sí propio, con sublime desdén de muertes y tormentos, con que de continuo le amenazaban aquellos arraeces impíos y fanáticos.

Desde 1570 á 1584 militó Cervantes en el ejército, debiendo incluirse en este lapso de tiempo los cinco años (1575-1580) de su cautiverio, durante el cual se dice que tuvo el valor de concebir el proyecto de sublevar á los cristianos que gemían cautivos en aquella ciudad, y arrebatándola á los infieles, regalársela á Felipe II. Esto sólo basta para darnos idea del temple de su alma.

La pobreza en que se vió á su regreso á España obligóle á continuar en el ejército, habiendo quien afirma que tomó parte en la campaña de Portugal, asistiendo á la ocupación de la isla Terceira en la armada del Marqués de Santa Cruz (2).

Mas ni esa misma pobreza ni la ingratitud con que fueron remunerados sus servicios pudieron extinguir ni entibiar su patriotismo que, como rescoldo entre ceniza, renacía ante el recuerdo de Lepanto. « Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado

(1) *Don Quijote*, parte 2.^a, cap. XXIV.

(2) Navarrete lo da como probable. Véase á D. Adolfo Federico, Barón de Schack, en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, tomo II, cap. I.

más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga, y es esto en mí de manera que, si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella » (1). Era viejo Cervantes y complacíase aún en recordar:

Del heroico don Juan la heroica hazaña
donde con alta de soldados gloria
y con propio valor y airado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la victoria (2),

perdonando á su siglo y á su país los innumerables sinsabores y miserias que á él y á sus contemporáneos acarrearía la profesión del soldado, que « no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atendido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare con sus manos, con notable peligro de su vida ó de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta que un colete acuchillado le sirve de gala, y en la mitad del invierno se suele reparar de la inclemencia del cielo estando en la campaña rasa con sólo el aliento de su boca » (3).

Grande fué el amor y la estima en que tuvo Cervantes el ejercicio de las armas, como lo atestiguan innumerables pasajes de sus libros, además de lo que podríamos llamar «su hoja de servicios», amor y estima nacidos del elevado concepto en que aquéllas eran tenidas entre los hidalgos de su época. Por nobles eran tenidos los que descendían de familia de guerreros, y sabido es que entre sus ascendientes contaba Cervantes quien se distinguió en la conquista de Sevilla por San Fernando. «¿De qué nos preciamos en España los hidalgos y toda suerte de nobleza sino de mostrar que las insignias ó armas que tenemos por divisa las ganaron nuestros antepasados en la guerra por algún hecho señalado?» escribía á Felipe II un capitán contemporáneo de Cervantes, añadiendo: «Y por cierto que no hay príncipe, ni caballero ni

(1) Prólogo á la 2.^a parte del *Quijote*.

(2) *Viaje al Parnaso*, cap. I.

(3) *Don Quijote*, Discurso de las armas y letras.

hidalgo en España que no se corra si le dicen que sus pasados no siguieron la guerra y que su origen es de letrados ó de otros oficiales, aunque sean los más excelentes del mundo» (1). No obstante, el elevado concepto que á Cervantes merecieron las armas no nació de una servil adoración á la técnica del oficio, ni de la falsa ilusión de humanas glorias ni de las *quijoterías* infantiles y primitivas propias de su raza y de su época, contra las cuales sabido es que hizo reaccionar al mundo entero. Cervantes estimó las armas con reminiscencias de idealismo medioeval, como una profesión redentora, porque ellas «tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida» (2). Ahí está su concepción de las armas, en ese incomparable discurso que el gran Don Quijote dijo en la venta, purificando sus locuras en el ideal de las ya muertas caballerías.

De aquí nace la simpatía que puede inspirar el militarismo de Cervantes; soldado de acción, pero hombre de levantado espíritu; soldado que peleó por su religión y por su patria con el entusiasmo y la fe de sus ascendientes, pero que estuvo exento del fanatismo y de los extravíos en que había venido á degenerar la milicia en su época. Por su liberalidad, por su tolerancia, por sus acciones y hasta por su dulce ironía contrasta con el tipo del aventurero, del soldado profesional, del bandido y *papafueros* que tan odiosos habían de hacer los ejércitos del Duque de Alba ó las turbas que acompañaron á los Pizarros y Almagros á las Américas. Recuérdese aquel Vicente de la Rosa ó de la Roca (3), descrito por Cervantes con marcada ironía, «el cual Vicente—dice—venía de las Italías y de otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitán que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana

(1) Carta del capitán Barahona á Felipe II: *Col. de doc. inéd. para la Historia de España*, t. L, p. 232 y siguientes.

(2) Discurso de las armas y letras.

(3) *Don Quijote*, parte 1.^a, cap. LI.

otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora... lo notó y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos guisados é invenciones dellas que si no se los contaran hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte de plumajes... Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenía á todos con la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tienen Marruecos y Túnez y entrado en más singulares desafíos, según él decía, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos había salido con vitoria... Finalmente, con una no vista arrogancia, llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocían y decía que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mismo Rey no debía nada».

El teatro clásico, las historias y memorias contemporáneas abundan en tipos semejantes, fanfarrones, insolentes, pendencieros, entregados al pillaje y al sisisveo, sin sentido moral alguno. Los mismos escritores militares de los siglos XVI y XVII no atenúan sus censuras y diatribas contra la corrupción y desorganización en que se hallaba el ejército (1), de cuyos vicios se salvó Cervantes por una superioridad y un heroísmo moral digno de mejor suerte.

Gloríese en buen hora la España militar, caballeresca y heroica de haber llevado á filas el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra. Al fin y al cabo fué un soldado que honró el ejército de su patria. Y sea cual fuere la trascendencia de las glorias militares, no hay para qué regateárselas al autor del *Quijote*, en quien «la lanza no embotó la pluma ni la pluma la lanza».

R. BALLESTER.

Palma, Abril 1901.

(1) Picatoste, *Estudios sobre la grandeza y decadencia de España*, tomos II y III.

MINISTERIO
DE CULTURA



LA EDAD DE CASARSE

Un ansia de dinero, de posición, de gloria, tortura al alma humana. Á ella sólo se obedece y adora, descuidando la vida bella y espléndida para que nacimos. Somos víctimas de una embriaguez dolorosa llena de sombras, entre las que se va olvidando la alegría de saborear la vida, el placer de estar sano, el contento de ser fuerte. De otras naciones sólo aprendemos el egoísmo personal, sin fijarnos en el colectivo, que todas sostienen y fortalecen. Estamos matando la raza con cruel lentitud y laborando la desgracia de las generaciones que han de sucedernos. Sedientos de voluptuosidad estamos, y sin embargo huímos de su más puro manantial: la salud. Nos resistimos á comprender la honda gravedad de la vida, el abrumador deber de ir preparando la evolución. Labramos nuestra ruina guiados por el orgullo y la fe.

España cada día es más pobre, más débil, más enfermi-za; sus habitantes huyen ó mueren prematuramente; los que viven tienen un aire adolorido, de cansancio, de tristeza, de ignorancia. Á algunos que lo avisan se les contesta con bur-las ó insultos. No se hace caso de los hombres de ciencia que afirman que se trata de una falta de energías, de un ex-ceso de pobreza física y moral y se buscan soluciones polí-ticas, cuando lo que hace falta son soluciones de higiene so-cial y educación. El pueblo no es el culpable: lo son las cla-ses directoras, llenas de egoísmos malsanos, de incultura.

El único recurso es predicar constantemente, hacer pro-paganda infatigable de las buenas nuevas que circulan por el mundo civilizado.

Tócale hoy al matrimonio, verdadera piedra angular de la prosperidad de las naciones. Realizarlo como aquí se rea-

liza en la mayoría de los casos, como negocio, no mirando más que su aspecto mercantil, llamándolo bueno cuando se trata de un buen dote y malo si la elegida es una pobre, enamorada y llena de salud, es un verdadero delito contra la felicidad de la familia y el porvenir de la sociedad.

Un país en el cual progresa regularmente el estado sanitario es un país que va camino del triunfo. La supremacía de Alemania sobre Francia débese á la natalidad mayor de la primera: 36,5 por 100, con relación á la de nuestros vecinos: 21,9 por 1.000. El aumento de población supone aumento de riqueza, de bienestar; ninguna prueba mejor que la siguiente estadística de Devasseur:

Inglaterra.

AÑOS	Millones de habitantes.	Riqueza en millones de libras esterlinas.	Media de libras esterlinas por individuo.
1845.....	28	4.000	143
1865.....	30	6.000	200
1875.....	33	8.500	260
1885.....	37	10 000	270

Y no sólo la riqueza, sino con ella los salarios, permitiendo al obrero una vida más digna, más exquisita, menos incierta.

Variación de los jornales (*Beauregard*).

FECHAS	AGRICULTURA Salario medio.	INDUSTRIA Salario medio.
1853.....	1,41	2,06
1872.....	2,04	3,09
1880.....	2,32	3,46

En el interés de la sociedad está, por tanto, casarse y procrear, pero hijos sanos, vigorosos, pues el engendrarlos débiles, enfermizos, es empobrecer, no enriquecer la Nación, que se verá obligada á gastar sus fuerzas en atender á esa masa taciturna y triste de seres inútiles, verdadero obstácu-

lo á su progreso. Debe hacerse del matrimonio la base fundamental de nuestra regeneración física é intelectual, si es que aún es tiempo para ello.

Para autorizar un casamiento deben exigirse dos cosas: amor y robustez; así lo demanda la conservación de la especie, ya gravemente amenazada. Nadie debe olvidar que por ella se ha sacrificado siempre el individuo, aun cuando su orgullo le haya hecho creer que era un fin lo que sólo era un medio. Si hasta ahora este sacrificio fué inconsciente é involuntario, en adelante ha de ser consciente y voluntario; hay que caminar en esta orientación no como el que prueba y explora, incierto, sino rectamente, sin titubeos ni humillaciones.

La humanidad intenta rebelarse contra ese yugo supeditándolo, como tantos otros, al egoísmo individual, pensando que el amor, como decía Schopenhauer, es un sacrificio total del individuo por la especie, del que hay que huir si quieren salvarse comodidades y bienestares con él incompatibles. Pero ésta es una falta que no tardarán en expiar los países que la cometieron. El triunfo será de los que supieron y saben sacrificar el interés individual al colectivo, cosa ignorada entre nosotros, el país de los egoísmos particulares.

En España cada vez se casa menos gente. Se teme al matrimonio desinteresado y sólo se busca el de conveniencia. Se aspira á la posesión de los dotes sin conceder importancia á la mujer. Créese que el enamorarse es cosa tonta, ridícula, que sólo puede ser causa de dolores y amargura inevitables. La cobardía lleva á los hombres á no querer casarse por no soportar los conflictos que el tener una compañera ocasiona; las madres sueñan siempre tener yernos príncipes; el temor al adulterio retrae á los pusilánimes; la facilidad con que atrae el vicio retiene solteros á una gran mayoría, y, sin embargo, el matrimonio es la mejor unión desde el punto de vista de la moral y de la higiene (Max Rubner), la unidad social por excelencia (Comte), el prototipo de las organizaciones colectivas fundadas sobre relaciones naturales.

Para convencerse de ello, bastará pasar una ligera revista á las soluciones que al problema sexual puede dar un hombre llegado á esa edad en que uno se siente atraído hacia la mujer por un instinto casi irresistible.

La castidad es una cobardía ante un destino enérgicamente señalado por los instintos y las funciones (Levy), una vergüenza perjudicial para el desarrollo de la especie, una lucha en que no puede vencerse sin el socorro especial de Dios (A. France).

Con esta solución no puede contarse más que en muy corto número de casos, cada día en menor número, pues cada día va siendo más difícil contener los instintos que, depurándose, llevan camino de convertirse en virtudes. No es tarea al alcance de todos domar las energías inmortales que circulan por las almas y las cosas.

La prostitución tampoco puede resolver ningún problema. Todo hombre de buen gusto, que haya saboreado alguna vez la belleza esencial, tiene que huir de aquélla, lleno de compasión y vergüenza. No reglamentada, es un peligro social tan grave como la tuberculosis y el alcoholismo; reglamentada, es la enemiga de toda poesía, de todo encanto, la representante del triunfo del vicio sobre la miseria, el mercantilismo más grosero invadiendo los diáfanos campos del amor, una tolerancia criminal para con las más aflictivas explotaciones, el dominio de la esterilidad, el agotamiento de la raza.

El amor libre sólo es el triunfo del egoísmo del hombre, una crueldad para con la mujer y un riesgo gravísimo para los hijos.

Según investigaciones de Baumann y Sussmilch, en el primer mes, después del nacimiento, de cada 100 hijos legítimos mueren 10 y 24 de cada 100 naturales.

En el segundo y tercer mes mueren, proporcionalmente, dos veces más hijos naturales que legítimos. En el segundo trimestre, la mortalidad de los hijos naturales sobrepasa en dos tercios la de los legítimos; es doble del sexto al duodécimo mes.

En el segundo año mueren $\frac{2}{5}$ más de hijos naturales y en el tercero y cuarto $\frac{1}{4}$ que hijos legítimos.

Del quinto al sétimo año la diferencia proporcional es todavía de $1/4$.

Además, la natalidad es mucho menor, constituyendo una amenaza para la prosperidad nacional, como ocurre en Francia.

No queda, pues, más camino que el matrimonio para los hombres de límpida juventud, dispuestos á cumplir con sus deberes sociales. Es más, el matrimonio resulta, aun para los egoístas, la mejor determinación; sus ventajas son inmensas para la colectividad y para el individuo. El casamiento perfecciona, depura moralmente á los individuos, apartándoles de la mediocridad, justificándoles la vida.

**Criminalidad comparada en los casados y viudos
por cada 100.000 individuos.**

	Hombres.	Mujeres.
Casados.....	18	3
Viudos.....	24	5

(Lowenthal.)

De cada 100 dependientes de comercio presos por robo ó estafa, 75 deben su condena á los gastos á que les obliga la querida (M. Levy).

Es que el matrimonio regula y modera el curso ardiente y tumultuoso de las pasiones, haciendo gustar más intensamente la poesía difundida por el mundo.

La mortalidad es mucho mayor en los celibatarios. Stark, estudiando la influencia del matrimonio sobre la mortalidad media de hombres y mujeres en Escocia, ha llegado á las siguientes conclusiones:

Para todas las edades, desde veinte á ochenta y cinco años, el número proporcional de defunciones es mucho más elevado en los célibes que en los casados.

De veinte á veinticinco años hay 1.174 fallecimientos por cada 100.000 célibes y sólo 597 por igual número de casados.

Lo mismo ocurre con los suicidios.

**Número de suicidas por año y por millón de habitantes
(1863-1868.)**

	Hombres.	Mujeres.
Célibes.....	173	59
Casados.....	154,5	62,5
Viudos.....	303	133

(*Bertillon.*)

É idéntica cosa con el alcoholismo.

Comparando la matrimonialidad, por departamentos, con el consumo de alcohol, se ha llegado en Francia á la conclusión de que el alcoholismo parece unido al celibato de un modo inseparable. (Levasseur y Monod.)

Pudiera hacerse mucho más larga la lista; pero con lo expuesto basta para llevar el convencimiento al ánimo de todos. Y por si esto fuera poco, hay aún otras razones de tan profundo valor como las expuestas: la necesidad de no olvidar, como decía G. Serrano, que la mujer nació para ser madre y que alrededor de este núcleo, especie de esqueleto plástico y vivo, se agrupan sus energías. Aun estéril y virgen, la mujer siente el fuego sagrado de la maternidad y conserva acariciadora la larva de su afecto maternal, latente, que la tortura, que lucha por exteriorizarse. Negar á la mujer el derecho á ser madre es condenarla á la desgracia, dejarla en la más dolorosa de las soledades.

Hay que casarse, y casarse joven. Lo exige así el interés de la raza. España se despuebla y arruina. Los casamientos tardíos nada solucionan; sólo producen generaciones raquílicas, incapaces de ningún esfuerzo, envueltas en un ambiente de muerte. En España alcanza una cifra elevada la natalidad, pero alcánzala también la mortalidad. No hay que olvidar la frase de Quetelet: la prosperidad de los Estados consiste en la conservación de los individuos que los componen.

Mortalidad y natalidad de los diferentes países de Europa por cada 1.000 habitantes (1869-1900).

	Mortalidad.	Natalidad.
Noruega...	15,8	33,3
Suecia...	16,1	26,9
Dinamarca...	16,4	29,9
Holanda...	17,2	32,2
Inglaterra...	17,7	29,3
Bélgica...	18,1	29
Suiza...	18,2	28,6
Francia...	20,6	21,9
Portugal...	21,3	30,2
Alemania...	21,3	36
Italia...	22,9	33,9
Austria...	25,4	37
España...	29,2	34,8
Rusia...	34,7	37,4

(Lowenthal.)

España y Rusia, á pesar de su alta natalidad, no prosperan por culpa de su enorme mortalidad; no les queda más alegría que la melancólica voluptuosidad de su calmoso agonizar.

El casamiento tardío es una causa de esterilidad, como puede observarse analizando la siguiente estadística:

Número de nacimientos por matrimonio en Nueva Gales del Sur (1891-1900).

Edad de la madre el día del matrimonio.	Nacimientos.
De 20 á 24 años....	4,444
De 25 á 29 íd.	3,105
De 30 á 34 íd.....	1,966
De 35 á 39 íd.	1,013
De 40 á 44 íd	0,275

Y no sólo es una causa de esterilidad, sino de aumento del alcoholismo, de las enfermedades venéreas y de la tuberculosis. Pervierte el gusto, creando la afición á la variedad de mujeres, merced al continuo trato con las prostitutas, habituando á los hombres á no considerar en la mujer más que una máquina de placer, haciendo olvidar todas las

cosas inefables que es posible descubrir en el sentimiento de la paternidad. La generalidad de los hombres, cuando se casan, están ya desgastados por el vicio; incapaces de recoger los frutos del árbol del amor, sordos á todas las elocuencias pasionales y llenos de un escepticismo enfermizo.

De esta tristeza gris hay que huir. El hombre que se casa tarde es un cobarde que retarda el cumplimiento del más dulce y augusto de los deberes, á expensas de sus descendientes, condenándose á tener hijos epilépticos ó tuberculosos ó á sufrir el constante martirio de la presencia de un mal formado (Raymond). Los hijos de los viejos llevan en la cara la senilidad de los padres.

Todos los Códigos señalan para el matrimonio edades muy inferiores á aquellas en las que se verifican ordinariamente los enlaces:

	Hombres. — Años.	Mujeres. — Años.
Imperio alemán.....	18	15
Inglaterra.....	14	12
Austria.....	14	14
Bélgica.....	18	15
España.....	14	12
Italia.....	18	15
Portugal.....	14	12
Rusia.....	18	16
Suiza (según los cantones).	14 á 20	12 á 17

Y, sin embargo, la edad media á que se verifican las bodas es:

	Hombres. — Años.	Mujeres. — Años.	Media. — Años.
Francia.....	28,6	25	26,9
Inglaterra.....	30	26	28
Bélgica.....	30	27	28,6
Holanda.....	29	27	28
Italia.....	29	24	26
Suecia.....	30	27,6	28,9

Lo más oportuno en cada caso es consultar al médico, que es el único capaz de dictaminar si una unión es fisiológica ó patológica, poniendo límite á esos noviazgos prolon-

gados, de años y años, causa de morbosidades y aberraciones infinitas, por lo difícil que es encarcelar al más poderoso de los instintos, que bulle y llamea constantemente, y evitando que los casos de precocidad sexual sean puestos en ridículo y atormentados.

Débase comenzar á mirar la soltería como una vergüenza, como una prueba de egoísmo, de odio á la especie, que por algo ya en Roma no podían los célibes servir de testigos, y en Esparta estaba permitido apalearlos. Y aún más vergonzoso que la soltería es el matrimonio tardío y por interés, que entre las causas sociales de la degeneración hay que colocar en primer lugar los prejuicios contrarios á una buena elección en el matrimonio. (Duprat.)

Acaso llegue un momento, no muy lejano, en que el Estado se encargue de una escrupulosa fiscalización de todo lo concerniente á la higiene matrimonial, viniendo á dar la razón á Stuart Mill, cuando pedía la reglamentación de los actos más íntimos de la vida privada, hasta conseguir que el matrimonio no sea una satisfacción dada á nuestro egoísmo y se considere la procreación de un hijo como un acto de la más alta importancia, que hay que realizar con las mayores precauciones. (Guibert.)

Hay que desterrar al interés, el gran enemigo de la felicidad. La mujer que llega al matrimonio más rica que el marido, es rara vez iniciable. No adquirirá sus ideas, su manera de vivir y sus costumbres. Impondrá las suyas. La dulce mezcla de las dos vidas no tendrá lugar. No habrá matrimonio. (Michelet.)

Guibert propone para llegar á desterrar el matrimonio tardío, tan perjudicial para la vida y la sensualidad, subvencionar á las familias pobres, en que la abundancia de hijos puede ser una causa de miseria. Este dinero se obtendría de impuestos sobre el dote, esa costumbre deplorable é inmoral, sobre los célibes y matrimonios sin hijos y sobre la herencia, según fueran ó no herederos hijos ó parientes. En estas condiciones el casamiento entre jóvenes no sólo tendría ventajas físicas y morales, sino también económicas.

Debe, pues, implantarse el matrimonio joven como costumbre social capaz de dar nueva y poderosa savia de regeneración á España, pues reduce la morbosidad moral (criminalidad) é intelectual (vesania y suicidio), aminora la mortalidad, aumenta la longevidad, es la fuente más sana y abundosa de la descendencia, contribuye al progreso social y al bienestar de los pueblos y alivia la carga de las naciones. (Mantellata.)

Casándose joven se da un paso decisivo en la senda del progreso social y de la perfección moral.

La Naturaleza ha encerrado en un triple modo absoluto la vida: el hombre, la mujer y el niño. (Michelet.)

DR. CÉSAR JUARROS.

Bibliografía.

Bertillon: *Mariage. Diet. ency. des scien. méd.*, 1874.—*Problème de la dépopulation. (Rev. Polit. et Parl.*, 1897).—*Demographie*, 1890.

Brouardel: *Le mariage*, 1900.

Coghlan: *La décroissance de la natalité*, 1903.

Durekeim: *Le suicide*, 1897.

Duprat: *La morale*, 1901.

Kiaer: *Statistische Beiträge zur Belenchtung derchelichen Fruchtbarkeit*, Cristianía, 1903.

Levasseur: *La population française*, 1891.

Levy (M.): *Trat. d'higiène publique et privée*, 1879.

Lowental: *Essai sur les rapports entre la mortalité y la natalité. Four. de la Soc. de Stat. de Paris*, 1905.

Michelet: *La femme*, 1860.—*Nos fils*, 1870.—*L'amour*, 1888.

Max-Rubner: *Tratado de higiene*.

J. Stuart Mill: *Principes d'économie politique*, 1873.

Quetelet: *Physique sociale*, 1869.

Rochard: *Traité d'higiène publique et privée*, 1897.—*Traité d'higiène sociale*, 1888.

DE LA VERDAD

Fué definida por San Agustín con una definición inconvencional: *Veritas est id quod est.*

Después han continuado los hombres filosofando acerca de la verdad metafísica; pero yo no recuerdo alguno, fuera de los moralistas cristianos, que se haya preocupado en la manera de exteriorizar las verdades que nuestra razón concibe ó nuestra fe presupone.

No aludo á la verdad que persiguen los científicos. Pasaron ya los tiempos de la misteriosa alquimia. Al gabinete recóndito, obscuro y tenebroso donde se encerraba el alquimista laborando con hábito de brujo, ha sucedido el laboratorio moderno amplio y alegre, donde el hombre de ciencia se afana por descubrir verdades que alivien los males de la humanidad. Y cuando el éxito corona sus penosos esfuerzos, el hombre de ciencia se dirige noblemente á sus semejantes y en tono reposado les habla de lo nuevo que han visto sus ojos ó ha inducido su cerebro.

No aludo á la verdad científica. Me refiero á las pequeñas verdades que se desprenden como emanaciones de los acontecimientos del vivir. De estas pequeñas verdades todos los hombres poseen una regular cantidad, porque para alcanzar su posesión no se necesitan desvelos ni afanes; basta vivir una vida animal.

Ahora bien: ¿exterioriza el hombre esas pequeñas verdades? Es indudable que su exteriorización revelaría amor á la verdad: el hombre que ama es sincero en cuanto se refiere al objeto amado.

Nada hay más bello que la verdad; la verdad sólo es amable, ha dicho Boileau. Pero, desgraciadamente, la observación nos dice que los hombres no aman la verdad. Nos dice

aún otra cosa más curiosa é interesante que viene á confirmar el pensamiento de Nietzsche: los hombres buenos nunca dicen la verdad.

¿Cómo se explica esta paradójica afirmación? De una manera muy sencilla.

Se explica porque es falso el concepto de la convivencia formado por los pedagogos de todos los tiempos. Se educa al hombre inculcando en su cerebro ideas de respeto y mansedumbre; en lo civil se le habla del temor á la ley. Después los padres infiltran en su espíritu el concepto de la moral utilitaria, indicándole la conveniencia de ocultar siempre sus verdaderos sentimientos, transigiendo constantemente con sus convivientes, para que le permitan vivir una vida de apacible reposo; concepto moral que refuerzan más tarde los hombres expertos, dejando grabadas en su oído aquellas palabras que forman un axioma de la mal llamada sabiduría popular: al buen callar llaman Sancho.

Agrava más todavía el error que contiene esta manera de educar á las gentes la opinión de los moralistas expuesta en sus libros más notables.

Todos ellos se esfuerzan aconsejando á los que aquellas líneas leyeren, no el amor acendrado á la verdad, como parecería natural que aconsejasen, sino *la conveniencia de no mentir*, que es cosa completamente distinta de ese apasionado amor á la verdad preconizado por algunos fuertes espíritus modernos.

Claro es que reprueban la mentira haciendo ver la inconveniencia de mentir, no compartiendo la admiración del vulgo hacia los hombres mohatrereros, admiración muy profunda y extendida, que ha observado Dunlop en los indígenas de la América central, donde, según él, cuando alguno logra engañar á otro, por grande y por inicuo que sea el fraude, los naturales se limitan á decir: «¡Qué hombre tan vivo!»

Con este concepto de la educación sostenido por los pedagogos, las preocupaciones erróneas de los padres y los prejuicios de la vulgar opinión, se forman los hombres buenos del presente, confundiendo lamentablemente la bondad con

el egoísmo. Por eso tiene razón Nietzsche cuando afirma que «los hombres buenos nunca dicen la verdad».

Surge ahora una nueva pregunta: ¿Es el hombre, considerado como individuo, esencialmente distinto del hombre forjado para vivir en sociedad? Indudablemente. Basta, para convencerse de ello, estudiar los instintos individuales.

Conforme con Ganimet, creo también yo que en el borracho debe estudiarse al hombre instintivo, porque el que está tomado del vino, dice San Juan de Clímaco, en todo dice la verdad, aunque no quiera. Y, efectivamente, el borracho nos enseña que el hombre tiene la tendencia natural á decir verdades.

Por eso cuando *Fígaro* trata de encarnar la verdad nos presenta á su pobre criado en un estado de completa embriaguez, vertiendo de sus labios asquerosos un chorro de palabras que arrastran los verdaderos pensamientos almacenados durante todo un año lúcido. Es cuando el amargado filósofo pronuncia aquellas palabras desconsoladoras: «La verdad es como el agua filtrada: no llega á los labios sino al través del cieno».

Claro es que, sin llegar á la embriaguez alcohólica, hay muchos hombres que dicen verdades; pero éstos confirman también el pensamiento de *Fígaro*, porque para decir una verdad han de ponerse previamente en tono canallesco, y únicamente sale de sus labios obedeciendo á reprobables sentimientos de ira, inspirados por el despecho ó la venganza.

No me refiero solamente á los disputadores en las plazas públicas, á los que riñen como verduleras y lanzan las verdades que poseen como proyectiles de mortífero efecto. Me refiero á todos los hombres, aun aquellos que alardean de cultura é inteligencia.

Nada más frecuente que la invectiva; nada más corriente que la publicación de un libelo por hombres que de una manera franca son totalmente incapaces de decir la verdad. Tampoco falta á las veces algún rotativo que emprende una activa campaña con el sano propósito de decir la verdad á

sus lectores, y aparece con sus páginas llenas de insultos y de frases groseras.

Puede, pues, afirmarse como regla general que el hombre dice la verdad únicamente en los momentos de violenta alteración de su espíritu, exteriorizándola también con frases violentas de tono airado y ofensivo.

Habrán algunos lectores que al llegar á esta afirmación exceptúen mentalmente á los que en épocas pasadas predicaron doctrinas de amor con palabras blandas y tonos apacibles.

Remembremos á Jesús como el más tierno y sencillo de todos aquellos predicadores. Recordémosle en el Sermón de la Montaña, ó dirigiéndose á las gentes de Galilea en las perfumadas orillas del lago. Su figura es grandemente humilde, su voz es meliflua y el ademán de sus brazos es lento y armónicamente compasado; la verdad va saliendo de sus labios envuelta en parábolas que vibran suavemente y se diluyen luego en un ambiente de extremada placidez.

Pero recordemos también que aquella voz suave fué alterada y robustecida con enérgicos acentos para flagelar á los ricos y azotar á los poderosos. Era cuando residía en la ciudad, cuando predicaba en Jerusalem.

También entonces salía de sus labios la verdad envuelta en parábolas brillantes, pero ya en ellas rebosaba la indignación y eran pronunciadas con acentos airados y amenazadores.

No se debe desesperar. El ambiente letal, á que yo me refería en los comienzos de este artículo, puede ser modificado con un cambio radical en el sistema de educación, inculcando en el cerebro del niño ideas fortalecientes de independencia y libertad, robusteciendo su espíritu con una moral pura y no utilitaria, enseñándole á rendir culto fervoroso á su propia conciencia y acostumbrándole á despreciar á los hombres engañadores, hipócritas y fariseos.

Spencer, el gran filósofo experimental, ha estudiado la veracidad en los diferentes pueblos de la tierra, deduciendo de sus observaciones un hermoso principio: Los pueblos fuertes é independientes son más sinceros que los pueblos habituados á la sumisión.

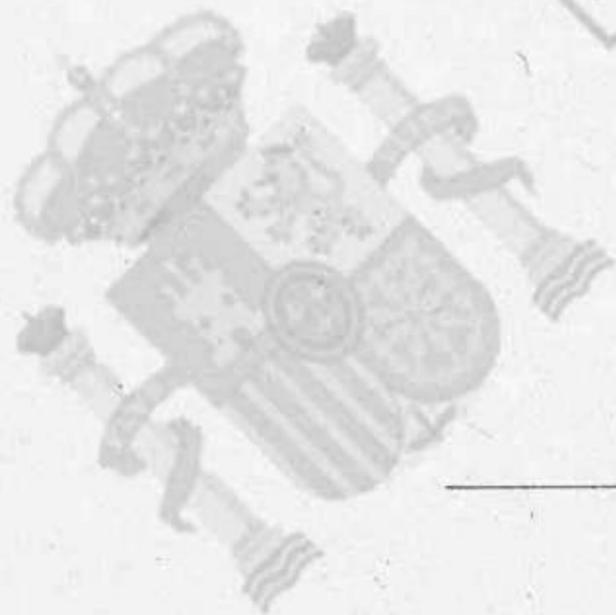
Aplicando ese principio á los individuos, podemos asegurar también que: Los hombres fuertes é independientes son más sinceros que los hombres habituados á una vergonzosa sumisión espiritual, porque—según dijo ya Livingstone—la mentira es como un refugio de los débiles y oprimidos.

Acaso, por este llano y florido camino de la verdad, llegárase al superhombre; ese nuevo producto de la especie humana que Nietzsche preconiza, dudando de su posible obtención. Porque el superhombre será un hombre fuerte, conocerá la verdad y, adecuando á esto las profundas palabras cristianas, podemos asegurar que la verdad le hará libre.

Entonces los hombres serán buenos, puesto que serán veraces, y podrán ostentar su bondad viviendo una vida placida. El escarnecedor y maldiciente será maldito, como dice el Eclesiastés, porque revolvió á los que estaban en paz.

Seamos diáfananamente sinceros. Las verdades calladas se vuelven venenosas. Así hablaba Zarathustra.

SALVADOR M. CUENCA.



MINISTERIO
DE CULTURA



NOVELISTAS ESPAÑOLES

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Continuación.)

He aquí con qué enternecimiento, con qué amor nos describe Blasco el presentimiento de la muerte del chiquitín, que tiene el padre al volver del mercado de Valencia: «Oíase en el camino un lento campanileo que poblaba la obscuridad de misteriosas vibraciones. Batiste pensó en su pequeño, en el pobre *Obispo*, que ya había muerto. Tal vez aquel sonido tan dulce era de los ángeles que bajaban para llevárselo y revoloteaban por la huerta no encontrando su pobre barraca.

Si no quedasen los otros... los que necesitaban sus brazos para vivir!... El pobre hombre ansiaba el anonadamiento; pensaba en la felicidad de dejar allí bajo, en el ribazo, aquel corpachón cuyo sostenimiento tanto le costaba, y agarrado á la almita de su hijo, de aquel inocente, volar, volar como los bienaventurados que él había visto guiados por ángeles en cuadros de las iglesias. El campanileo sonaba junto á él y pasaban por el camino bultos informes que su vista, turbia por las lágrimas, no acertaba á definir. Sintió que le tocaban con la punta de un palo, y levantando la cabeza vió una escueta figura, una especie de espectro que se inclinaba hacia él. Reconoció al *tío Tomba*: el único de la huerta á quien no debía algún pesar» (1). Este párrafo nos demuestra con qué observancia cumple Blasco uno de los más duros preceptos de la estética naturalista: la impersonalidad. Por algo ha tomado sus leyes de estética del maestro Zola. Éste fué

(1) *La Barraca*, 188 y 189.

quien más sumisamente aceptó el precepto recomendado (no puede hablarse de imposición en una reunión amical) por el maestro de *Salammbó*. Esta doctrina, seductora porque halaga el mayor afán de todo escritor—su deseo de crear seres vivos fuera de sí,—peligrosa porque corre el riesgo de desterrar del relato la emoción comunicativa y la humanidad, Goncourt y Tourgueneff la aceptaron con reservas; Daudet se resistió siempre á ella (1), como ha hecho notar muy relevantemente el mismo Zola en un inolvidable párrafo. Pues bien; Blasco Ibáñez es en España el novelista que con más rigidez observa esta importantísima ley, que algunos juzgan nimia é insignificante. Además de la impersonalidad interior que en sus primeras novelas le hace prescindir de atribuir á los personajes un pensamiento que no sería el suyo, si bien fuese el del autor (así en el párrafo citado, lo mismo podría hablar un escritor de ortodoxia algo más acendrada que la del diputado republicano); además de eso, digo, observa la impersonalidad puramente exteriorista ó protásica. Así es el único novelista español que nunca desliza un *nuestro héroe*; ni nos habla de *como dijimos en otro capítulo*; grave defecto y no por fácil de curar, menos lamentable, aunque otra cosa crean algunos, en el que incurren aun autores tan límpidamente entroncados con el naturalismo francés como D.^a Emilia Pardo Bazán y Pérez Galdós (ya no hablemos de Palacio Valdés y Pereda, menos observantemente afiliados á la escuela de Medan), y cuya omisión es, por lo tanto, más de estimar en Blasco Ibáñez.

Una de las partes del libro en que Blasco Ibáñez hace más alardes de estilo y más prodigios de visión realista son las páginas dedicadas al entierro del pobrecito Pascualet al final del capítulo octavo. Leed estos bellos párrafos: «Cuatro muchachas con hueca falda, mantilla de seda caída sobre sus ojos, aire pudoroso y monjil, agarraron las patas de la mesilla levantando todo el blanco catafalco. Como las salvas saludando á la bandera que se iza, sonó un gemido extraño, prolongado, horripilante; algo que hizo correr frío por mu-

(1) Véase á Rod, *Nouvelles études sur le XIX^e siècle*, páginas 3, 4 y 5.—París, 1899.

chas espaldas. Era el perro despidiendo al pobre *albaet*, lanzando un quejido interminable, con los ojos lacrimosos y las patas estiradas, como si quisiera prolongar el cuerpo hasta donde llegaba su lamento. Fuera, D. Joaquín daba palmadas á la atención. ¡Á ver... á formar la escuela!... La gente del camino se había aproximado á la barraca. Pimentó capitaneaba á sus amigos los músicos; preparaban éstos sus instrumentos para saludar al *albaet* apenas transpusiera la puerta, y entre el desorden y el griterío con que se formaba la procesión, gorjeaba el clarinete, hacía escalas el cornetín y el trombón bufaba como un viejo gordo y asmático. Empezaron la marcha los chicuelos, llevando en alto grandes ramos de albahaca. D. Joaquín sabía hacer bien las cosas. Después, rompiendo el gentío, aparecieron las cuatro doncellas sosteniendo el blanco y ligero altar sobre el cual el pobre *albaet*, acostado en su ataúd, movía la cabeza con ligero vaivén como si se despidiera de la barraca. Los músicos rompieron á tocar un vals juguetón y alegre, colocándose tras el féretro y después de ellos abalanzáronse por el caminito de la barraca formando apretados grupos todos los curiosos. La barraca, vomitando lejos de sí la indigestión de gente, quedó muda, sombría, con ese ambiente de los lugares por donde acaba de pasar la desgracia. Batiste solo, bajo el emparrado, sin abandonar su postura de moro insensible, mordía su cigarro y seguía la marcha de la procesión, que comenzaba á ondular por el camino grande, marcándose el ataúd y su catafalco como una enorme paloma blanca entre el desfile de ropas negras y ramos verdes. ¡Bien emprendía el pobre *albaet* el camino del cielo de los inocentes! La vega, desperezándose voluptuosa bajo el beso del sol de primavera, envolvía al muertecito con su aliento oloroso, lo acompañaba hasta la tumba cubriéndolo con impalpable mortaja de perfumes. Los viejos árboles que germinaban con la savia de resurrección, parecían saludar al pequeño cadáver, agitando con la brisa sus ramas cargadas de flores; nunca la muerte pasó sobre la tierra con disfraz tan hermoso» (1).

(1) *La Barraca*, 210, 211 y 212.

Con motivo de la muerte del pequeño, las comadres se congregan en la barraca de las tierras malditas. La paz se firma, tácitamente, y durante algún tiempo todo sonríe; los antiguos resentimientos, las hostilidades, las rencillas han cesado; ved las palabras que emplea Blasco Ibáñez para describir esta época de prosperidad: «Algunas veces sonreía la familia recordando las amenazadoras palabras de *Pimentó*. Aquel trigo, que según el valentón nadie segaría, comenzaba á engordar á la familia. Roseta tenía dos faldas más y Batiste y los pequeños se pavoneaban los domingos vestidos de nuevo de cabeza á pies. Atravesando la vega en las horas de más sol, cuando ardía la atmósfera y moscas y abejorros zumbaban pesadamente, sentíase una sensación de bienestar ante aquella barraca tan limpia y fresca. El corral delataba al través de sus paredes de barro y estacas la vida que encerraba» (1). Á pocos párrafos hay una página hermosa, en la que la visión realista se aguza hasta lo inconcebible: «La siega había limpiado el paisaje, echando abajo las masas de trigo matizadas de amapolas, que cerraban la vista por todos lados como murallas de oro; ahora la vega parecía mucho más grande, infinita, y extendía hasta perderse de vista los grandes cuadros de tierra roja cortados por sendas y acequias. En toda la vega se observaba rigurosamente la fiesta del domingo, y como había cosecha reciente y no poco dinero, nadie pensaba en contravenir el precepto. No se veía un solo hombre trabajando en los campos ni una caballería en los caminos. Pasaban las viejas por las sendas con la reluciente mantilla sobre los ojos y la silleta al brazo, como si tirase de ellas la campana que volteaba lejos, muy lejos, sobre los tejados del pueblo; en una encrucijada chillaba persiguiéndose un numeroso grupo de niños; sobre el verde de los ribazos destacábanse los pantalones rojos de algunos soldaditos que aprovechaban la fiesta para pasar una hora en sus casas; sonaban á lo lejos, como tela que se rasga, los escopetazos contra las bandadas de golondrinas que volaban á un lado y á otro en contradanza caprichosa, con un suave

(1) *La Barraca*, 222.

silbido, como si rasgasen con sus alas el azul cristal del cielo; zumbaban sobre las acequias los nubes de mosquitos casi invisibles, y en una alquería verde, bajo el añoso emparrado, agitábanse, como amalgama de colores, faldas floreadas, pañuelos vistosos y sonaban las guitarras con dormilona cadencia, arrullando al cornetín que se desgañitaba, lanzando a todos los extremos de la vega dormida bajo el sol los morunos sonos de la jota valenciana» (1).

Con ocasión de una apuesta que traman Pimentó y otros dos guapos de la huerta, se recrudece la antigua animadversión. Ved en qué forma presenta la escena con arte admirable Blasco Ibáñez: «Batiste le miraba con asombro y sentía vagamente el deseo de irse. Comenzaba á caer la tarde; en la plazoleta subían de tono las voces, se iniciaba el escándalo de todas las noches de domingo y Pimentó le miraba con demasia frecuencia, con sus ojos molestos y extraños de borracho firme. Pero sin saber por qué, permanecía allí como si aquel espectáculo tan nuevo para él pudiese más que su voluntad. Los amigos del valentón le daban broma al ver que tras las guindillas apuraba el jarro sin cuidarse de si el cansado enemigo le imitaba. No debía beber tanto; iba á perder y le faltaría dinero para pagar. Ahora ya no era tan rico como en los años anteriores, cuando la dueña de sus tierras se conformaba con no cobrarle el arrendamiento. Un imprudente dijo esto sin darse cuenta de lo que decía y se hizo un silencio doloroso, como en la alcoba de un enfermo cuando se pone al descubierto la parte dañada» (2). ¿Habéis leído muchas veces imágenes de tal plasticidad y fuerza? Rara será la que muestre un aspecto tal de vida. «¡Hablar de arrendamientos y de pagas en aquel sitio, cuando entre actores y espectadores se había consumido el aguardiente á cántaros! Batiste se sintió mal. Le pareció que por el ambiente pasaba de pronto algo hostil, amenazador; sin gran esfuerzo se hubiera echado á perder; pero se quedó creyendo que todos le miraban á hurtadillas. Temió si huía anticipar

(1) *La Barraca*, 224 y 225.

(2) *Ibidem*, 239.

la agresión, ser detenido por el insulto; y con la esperanza de pasar desapercibido, quedó inmóvil, como subyugado por una impresión que no era miedo, pero sí algo más que prudencia» (1). Pimentó gana la apuesta, y se complace en contar cómo todos los años se pasaba sin pagar á D.^a Manuela, el ama, todos los semestres. Y aunque narra con delectación cómo la engaña, se lamenta de que ya «los amos, que eran conejos miedosos, se habían vuelto lobos intratables». Y atribuye esto al hecho de que ya no estaban abandonadas é incultas las tierras de Barret. «Desde que un ladrón muerto de hambre había logrado imponerse á todos ellos, los propietarios se reían, y queriendo vengarse de diez años de forzada mansedumbre, se hacían más malos que el famoso D. Salvador» (2). Entonces Pimentó le manda marcharse, y como éste no obedece, se inicia la agresión por todos los allí estantes. Las páginas dedicadas á la lucha en la puerta de la taberna y al asesinato de Pimentó por Batiste son de las más cruentamente intensas y emocionantes que tiene la novela de Blasco Ibáñez. Al repasarlas, al advertir la acuidad de la emoción en ellas expresada, vienen á la memoria involuntariamente las palabras de Taine: «Lo único que en mí se reproduce intacto é íntegro es el matiz preciso de emoción, áspera, tierna, extraña, dulce ó triste que otrora ha seguido ó acompañado á la sensación exterior y corporal».

Batiste, desahuciado de la posibilidad de vivir allí, debe iniciar su éxodo penoso y fatídico. «¡El pan!... ¡Cuánto cuesta ganarlo! ¡Y cuán malos hace á los hombres!» Estas hermosas y pungentes palabras hieren más que el lirismo desenfrenado de los románticos vates. Prenden fuego á su barraca; sólo queda incombusto su pobre corazón. Ved aquí los soberbios párrafos con que termina esta conmovedora novela. «La vega silenciosa y ceñuda les despedía para siempre. Estaban más solos que en medio de un desierto; el vacío del odio era mil veces peor que el de la naturaleza. Huirían de allí para comenzar otra vida, sintiendo el hambre

(1) *La Barraca*, 239 y 240.

(2) *Ibidem*, 244 y 245.

tras ellos pisándoles los talones; dejarían á sus espaldas la ruina de su trabajo y el cuerpecillo de uno de los suyos, del pobre *albaet*, que se pudría en las entrañas de aquella tierra como víctima inocente de la loca batalla. Y todos, con resignación oriental, sentáronse en el ribazo y allí aguardaron el día, con la espalda transida de frío, tostados de frente por el brasero que tenía sus rostros atontados con reflejos de sangre; siguiendo con la inquebrantable pasividad del fatalismo el curso del fuego, que devoraba todos sus esfuerzos y los convertía en pavesas tan deleznable y tenues como sus antiguas ilusiones de paz y de trabajo» (1). Así acaba esta maravillosa novela, acaso el más hondo poema realista que se ha escrito en España junto con *La Tribuna* y *La Alegría del capitán Ribot*. La conclusión (literal y translaticiamamente) no puede ser más triste, como todo lo humano lo es. *El apetito es la esencia del hombre*: esta frase profunda de Spinoza, el pulidor de vidrios, el melancólico enamorado de la adolescente Clara, es quizás el mejor resumen de toda novela naturalista. Los que se quejan del pesimismo de ésta no ven que lo triste es la vida; y que la novela, si se complace en detallar los aspectos sombríos de ésta, es precisamente por deplorarlos. ¡Ay, si los naturalistas son á veces obscenos, es porque comprenden que muchas veces la mujer, ese sueño, es obscena, y si son melancólicos, es porque ven lo melancólica que resulta la vida para todo espíritu noble! ¡Ay, si á veces se arrastran por el cieno, ellos que desearían hendir el cielo azul con alas de oro, es porque ven—¡y con cuán honda tristeza!—que en la vida muchas veces hay que arrastrarse! ¡Y si os hablan de cosas vulgares—la cocina, la taberna, la navaja, el adulterio, el coito—pensad que con la mente están imaginando paraísos aéreos y etéreos de luminosidad y de sueño!... ¡Oh, cuántos ensueños cortados, cuántas ilusiones desquebrajadas, cuántas fantasías rotas, anidan ocultamente bajo las al parecer infectas páginas de *L'Assommoir*! La conclusión de *La Barraca* es también fatalista. El fatalismo es, aunque otra cosa crean algunos, quizás la doctrina filo-

(1) *La Barraca*, 282 y 283.

sófica más cómoda. No mata toda actividad, como se piensa, ni reduce á un pasivismo bestial; deja siempre un escape á los sueños, y los sueños son la primera materia de las acciones. Abroquelándose con ella, no se desespera de la vida ni tampoco se la adora babosamente; sabiendo bien á qué atenerse respecto al alcance y proporciones de esta broma pesada que á veces resulta intolerable, se fía algo al destino y no hay motivos para abatirse desconsoladamente. La esencia del fatalismo véola yo condensada en aquellas bellas estrofas de uno de los poetas franceses actuales más respetados por las generaciones jóvenes, aunque á mí me resulte molesto por un razonamiento largo de explicar; el griego Jean Moreas, que escribe en sus *Stances*, donde intenta resucitar la tradicion de Malherbe:

Ne dites pas: «La vie est un joyeux festin»;
 Ou c'est d'un esprit sot ou c'est d'une âme basse.
 Surtout ne dites pas: «Elle est malheur sans fin».
 C'est d'un mauvais corage et qui trop tôt se lasse.
 Riez comme au printemps s'agitent les rameaux,
 Pleurez comme la bise ou la flot sur la grève;
 Goutez tous les plaisirs et souffrez tous les maux,
 Et dites: «C'est beaucoup, et c'est l'ombre d'un rêve».

Me he detenido tanto en *La Barraca* porque, además de ser la obra mejor de Blasco, la más poemática, la más completa, la más novelesca, enseña mucho á los seres ineptos que, incapacitados de hacerla, creen poder condenarla con cuatro frases, tildándola de vulgar y cosas por el estilo. Terminaré con unas palabras de Goethe, que realzan la esencia de la novela: «Apoderarse de un asunto y ser dueño de él; esto exige fuerzas gigantescas y es más difícil de lo que se cree».

*
* *

Entre naranjos representa en la obra de Blasco «la novela autobiográfica *interior* que todo novelista fecundo escribe una vez en la vida, irresistiblemente impulsado por la nece-

sidad de comunicar las penas, aliviándolas» (1). En ella se modifica un poco la manera de Blasco; no tanto la manera técnica como la estética. La influencia de D'Annunzio (en *Il Fuoco*) aparece más predominante que la de Zola. Esto no impide que la novela sea completa, *cerrada*, si cabe expresarse así, como debe serlo toda buena novela naturalista; y que deje una emoción de conjunto, al contrario de las del cargantísimo Gabriel, que sólo son bellas por fragmentos aislados. En esta de Blasco todo está perfectamente combinado, y el buen orden de la novela hace olvidar que pueda haber partes flacas. Esta es la gran superioridad y el gran encanto de toda obra hecha con arreglo á los austeros cánones de la técnica naturalista. Se ha comparado *Entre naranjos* con la *Fródiga* de Alarcón (2); en efecto, se la podría considerar como un paréntesis romántico en la obra rígidamente naturalista de Blasco; á propósito de ella, el inmortal *Clarín* hablaba del *temperamento sanguíneo* de Blasco; esto es, del temperamento expansivo, tumultuoso, desenfrenado, un poco á lo Espronceda, un poco según la vieja tradición lírica castellana. Puede llamarse también romántica la obra por su concepción, por su idea-matriz, nunca por su aspecto y por su exterioridad; romántica porque es la más subjetiva; no obstante, Blasco conserva en ella una rígida *impersonalidad exterior*. La idea-matriz, vuelvo á indicarlo, es romántica. Trátase de la caída de una mujer que parecía inquebrantable... en aquella ocasión, por la complicidad maldita de la *lujuriente* (aquí sí que es exacto este castigado y molesto adjetivo) vegetación valenciana; de la naturaleza levantina en primavera. Yo, que (en buen hora lo diga) no creo mucho en estas complicidades acomodaticias y sí más bien, pensando cuerdamente y á lo Schopenhauer, en el despertar del instinto de la especie, ó para hablar más cruda y más humanamente, en el exceso de calor vital que busca escape, me rindo, sin embargo, al arte soberano con que Blasco nos

(1) Emilia Pardo Bazán: *Estudio preliminar* en la versión española de *Los hermanos Zemganno*, xviii. (*La España Editorial*.)

(2) Véase el folleto ya citado del culto joven Torner sobre *Cañas y barro*.

presenta esta capciosa mentira de la complicidad de las fuerzas naturales. Ved con qué alarde de vigor y de riqueza de léxico lo describe en largas páginas inolvidables, porque parecen estar cargadas de perfumes de azahar: «Una noche, á fines de Abril, se detuvo en la puerta de su cuarto con el mismo temor que si fuese á entrar en un horno. Estremeciase al pensar en la noche que le esperaba. La ciudad entera parecía desfallecer en aquel ambiente cargado de perfume. Era un latigazo de la primavera, acelerando con su excitación la vida, dando mayor potencia á los sentidos. No soplaban ni la más leve brisa; los huertos impregnaban con su olorosa respiración la atmósfera encalmada, dilatando los pulmones como si no encontrasen aire, queriendo aspirar de un golpe todo el espacio. Un estremecimiento voluptuoso agitaba la ciudad, adormecida bajo la luz de la luna. Rafael, sin darse cuenta de lo que hacía, bajó á la calle y poco después se vió en el puente, donde algunos noctámbulos, con el sombrero en la mano, respiraban con avidez, contemplando el haz de reflejos sueltos, como fragmentos de espejo, que la luna proyectaba sobre las aguas del río. Para Rafael no era una novedad el espectáculo. Todos los años presenciaba la germinación primaveral de aquella tierra, cubriéndose de flores, impregnando el espacio de perfume, y sin embargo, aquella noche, al ver sobre los campos el numeroso manto de nieve del azahar blanqueando á la luz de la luna, sintióse dominado por una dulce emoción. Los naranjos, cubiertos desde el tronco á la cima de blancas florecillas con la nitidez del marfil, parecían árboles de cristal hilado: recordaban á Rafael esos fantásticos paisajes nevados que tiemblan en la esfera de los pisapapeles. Las ondas de perfume, sin cesar renovadas, extendíanse por el infinito con misterioso estremecimiento, transfigurando el paisaje, dándole una atmósfera sobrenatural, evocando la imagen de un mundo mejor, de un astro lejano donde los hombres se alimentasen con perfumes y vivieran en eterna poesía. Todo esto transfigurado por aquel ambiente de gabinete de amor iluminado por un inmenso fanal de nácar. Los crujidos secos de las ramas sonaban en el profundo silencio como besos;

e' murmullo del río le parecía á Rafael el eco lejano de una de esas conversaciones sostenidas con voz desfallecida, susurrando junto al oído palabras temblorosas de pasión. En los cañaverales cantaba un ruiseñor débilmente, como anonadado por la belleza de la noche. Se deseaba vivir más que nunca; la sangre parecía correr por el cuerpo más aprisa; los sentidos se afinaban y el paisaje imponía silencio con su belleza pálida, como esas intensas voluptuosidades que se paladean con recogimiento místico» (1). ¿Habéis leído en novela española muchas páginas tan ricas, tan cargadas de descripción, tan pictóricas, tan jugosas? Las imágenes son luminosas; las palabras parecen perfumadas en estos inolvidables párrafos. Mas voy á continuar con la exposición, porque en estas páginas nutridas no se puede sacrificar ningún detalle. Rafael, siguiendo la senda que conduce á la casa azul donde habita la artista, piensa en llegar hasta las tapias del huerto y allí despedirse en silencio, recogido, frente á las ventanas cerradas. Pero se encuentra con la artista— á la que no había vuelto á ver después de un conato de torpe y forzada violación,—que está aspirando los inebriantes perfumes de una noche primaveral. Y ved cómo habla esta encantadora mujer: «No sé qué tengo esta noche. Quiero llorar sin saber por qué; siento en mí una inexplicable felicidad, y sin embargo, prorrumpiría en sollozos. Es la primavera; ese maldito perfume que es un latigazo para mis nervios. Creo que estoy loca... ¡La primavera! ¡Mi mejor amiga y no le debo más que rencores! Si alguna locura he hecho en mi vida, ella ha sido la consejera... Es la juventud que renace en nosotros; la locura que nos hace la visita anual... ¡Yo, yo siempre fiel á ella, adorándola, aguardando su llegada cerca de un año en este rincón para verla aparecer con su mejor traje, coronada de azahar como una virgen, una virgen malvada que paga mi cariño con golpes!...» (2).

Como se ve por lo que queda citado, *Entre naranjos* es la novela en que Blasco Ibáñez estudia más directa y valiente-

(1) *Entre naranjos*, 2.^a parte, IV, 232, 233 y 234.

(2) *Ibidem*, 239.

mente el influjo del medio sobre los personajes; la que ataca con más denuedo la batallada cuestión del influjo del mundo exterior en el interior. En ese sentido, puede llamarse la más pura, la más genuina, la más representativamente regional entre las novelas de Blasco; la que da más la razón á esta frase inolvidable que Stendhal, precursor y maestro de Taine, estampó en el prefacio de *La Cartuja de Parma*: «Siempre que uno avanza doscientas leguas desde el Mediodía hacia el Norte tiene derecho á un nuevo paisaje y á una nueva novela». El *leit-motiv* de esta obra, la mejor de Blasco en punto á descripciones y á fuerza léxica, es precisamente la atmósfera de la región: el ambiente cálido y enervado de las campiñas valencianas en primavera. Ved cómo apunta esta especie de compás ritornelado, que después se dilata y se magnifica: «El campo parecía estremecerse bajo los primeros besos de la primavera. Cubriáanse de hojas tiernas los esbeltos chopos que bordeaban el camino; en los huertos, los naranjos, calentados por la nueva savia, abrían sus brotes, preparándose á lanzar como una explosión de perfume la blanca flor del azahar; en los ribazos crecían entre enmarañadas cabelleras de hierba las primeras flores. Rafael se sentó al borde del camino, acariciado por la frescura del césped. ¡Qué bien olía aquello!» (1) Este el mismo tema lírico, repetido en toda la obra. En ella Blasco Ibáñez da un solemne mentís á una acusación, con mucha frecuencia dardeada contra los escritores naturalistas: la falta de imaginación. Se creía atribuir el método de análisis y de documentación á escasez de fantasía, á carencia de poder creador. Quien haya leído esta obra de Blasco, donde se manifiesta una poderosa imaginación amplificadora, no podrá admitir este dicitario. En rigor, deberá desecharlo todo aquél que haya sabido leer reflexivamente las obras maestras del realismo.

Y hacia los que asaetean á los naturalistas con continuos denuedos, reprochándoles no tener lirismo, matar toda poesía, refocilarse en pocilgas, ahí va esa soberbia página, tan sentida, tan poética, tan romántica: «Aquel viaje, rápido

(1) *Entre naranjos*, III, 209 y 210.

como una visión cinematográfica, dejando en Rafael una confusa maraña de nombres, edificios, cuadros y ciudades, sirvió para dar á sus pensamientos más amplitud y ligereza, para hacer mayor aún el foso que le aislaba dentro de su vida vulgar. Sentía la nostalgia de lo extraordinario, de lo original; le agitaba el ansia de aventuras de la juventud, y dueño de un distrito, heredero de su señorío casi feudal, leía con el respeto supersticioso de un patán el nombre de un escritor, de un pintor cualquiera; *gente perdida que no tiene sobre qué caerse muerta*, según declaraba su madre, pero que él envidiaba en secreto, imaginándose una existencia llena de placeres y aventuras. ¡Cuánto hubiera dado por ser un bohemio como los que encontraba en los libros de Mürger, formando regocijada banda; paseando la alegría de vivir y el fiero amor al arte por ese mundo burgués, agitado por la calentura del dinero y las manías de clases! ¡Talento para escribir cosas hermosas, versos con alas como los pájaros, un cuartito bajo las tejas, allá en el barrio Latino; una Mimí pobre, pero sentimental, que le amase hablando entre dos besos de *cosas elevadas* y no del precio de la naranja como aquellas señoritas que le seguían con ojos tiernos; y á cambio de esto daría la futura diputación y todos los huertos de su herencia, que, aunque gravados por el padre con hipotecas y trampas, todavía le proporcionaban una renta deshonrosa para sus ensueños de bohemio!» (1). Vengan aquí los que aún se obstinan en creer que la novela naturalista es una literatura para bolsistas y exportadores de naranjas; vengan aquí esos mismos exportadores de naranjas, gordos, burgueses y fofos —de panza y de entendimiento,— como D. Matías, el padre de Remedios, la «futura sierva» de Rafael, según la psicológica y certera frase de Biasco; vengan aquí esos y díganme si entienden este lenguaje. Y para más reforzar esta incompreensión, esta ininteligencia, esta discordancia de aspiraciones y de sueños, lean y rumien estas salientes palabras de la gentil Leonora la Walkiria, la loca del placer, que se da toda por saciar su sed y la de otros: «Somos de dife-

(1) *Entre naranjos*, 1.^a parte, III, 50 y 51.

rente casta. Le he estudiado á usted y veo que es sensato, honrado y tímido. Yo soy de la casta de los locos, de los desequilibrados; me alisté para siempre bajo las banderas de la bohemia y no puedo desertar. Cada uno por su camino. Usted encontrará fácilmente una mujer que le haga feliz... Cuanto más tonta, mejor... Usted ha nacido para padre de familia... Sea usted como es. Si el mundo se compusiera de gente como yo, resultaría imposible la vida. También tengo mis ratos en que quisiera transfigurarme, ser ave de corral como toda la gente que me rodea. Pensar en el dinero y en lo que comeré mañana, comprar tierras, discutir con los labriegos, estudiar los abonos, tener hijos que me preocupen con sus resfriados y los zapatos que rompen; no llevar mis aspiraciones mundanales más allá de vender bien la cosecha. Hay momentos en que quisiera ser gallina. ¡Qué bien! Un cercado de cañas por todo mundo, la comida al alcance del pico y pasar horas y más horas al sol, inmóvil sobre una caña...» (1).

Los que buscan estilo refinado, artesonada frase, locución aristocrática, no dejarán de encontrar rasgos de estilo más exquisito, más ducal, en esta obra de este artista, nunca plebeyo, pero inclinado por su estudio de las cosas plebeyas á plebeyizar un poco su lenguaje. No es extraño que Blasco Ibáñez, artista para todos, y cuyas obras principalmente se dirigen á personas de mediana y hasta de nula instrucción, nunca se haya preocupado con exceso de afinar su lenguaje y sobre todo de matizarlo, para hablar en ese tono filarmónico que le debe ser grato. Y sin embargo, en esta obra tiende á más exquisitez; hasta en esto es visible la influencia (no sé si llamar benéfica ó perniciosa) de D'Annunzio. Su estilo, por lo general rudo y áspero, toma aquí tonalidades y veladuras propias, más bien que de la técnica naturalista, de la época agitada y transicional que ha seguido al naturalismo. Así en esta obra puede leerse: «Rafael se sentía intimidado por aquella voz ligeramente burlona que parecía poblar la obscuridad de mariposas de brillantes colores» (2). Imagen

(1) *Entre naranjos*, 2.^a parte, I, 164 y 165.

(2) *Ibidem*, 1.^a parte, V, 114.

genial, admirable, que sólo puede escribirse después de haber leído y rumiado la afirmación de Baudelaire: «Los sonidos, los perfumes, los colores se corresponden.» Imagen atrevida, que evoca todo un mundo, que superpone un paraíso á la árida planicie de la sensación escueta y que sólo puede compararse con aquella, insuperada en poesía española, del genial Rubén Darío:

Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro (1).

Los que tildan á Blasco de artista vulgar y tosco, los que no conceden derecho de ciudadanía á sus obras en la magnificente urbe del arte, los que no ven belleza sino allí donde hay un torneado y requintado estilo, los que gustosamente nos dejarían confinados á todos los artistas en la Siberia de un preciosismo *d'annunziano*, deben recordar otra imagen maravillosa que en esta misma obra tiene Blasco, cuando habla de «ese viento exótico que parece soplar en los puertos y en las grandes estaciones de ferrocarril» (2).

Y los que, ateniéndose á las estrictas exigencias de la novela, pidan visión realista, reproducción de escenas vividas y cosas vistas todos los días, idealizadas por la imaginación de un artista, aquí tienen este párrafo: «Las calles estaban solitarias... Los desocupados se encerraban en los cafés, frente á los cuales pasaba apresuradamente el diputado, recibiendo al través de las ventanas el vaho ardiente en que zumbaban choques de fichas y bolas de marfil y las animadas discusiones de los parroquianos» (3). Ó bien este otro, aún más intenso y entremezclado con un valiente rasgo de psicología burguesa: «Estaban bajo los árboles de la alameda. Pasaban los carruajes formando una inmensa rueda en el centro del paseo, brillantes los arreos de los caballos y los faroles del pescante con el reflejo del sol, viéndose á través de las ventanillas los sombreros de las señoras y las blancas

(1) *Prosas profanas: Cosas del Cid*, 140.

(2) *Entre naranjos*, 2.^a parte, VII, 281.

(3) *Ibidem*, 1.^a parte, I, 8.

blondas de los niños. D. Andrés se indignaba ante la tenacidad del joven. Enseñábale aquellas familias, de exterior tranquilo y feliz, paseando dentro de sus carruajes, con la plácida calma de una abundancia sedentaria y exenta de emociones. ¡Cristo! ¿Tan mala era aquella vida? Pues así podía vivir él si era bueno, si no volvía la espalda al deber; rico, influyente, respetado, envejeciendo rodeado de hijos; lo único que en este mundo puede desear una persona honrada» (1). La novela entera deja una penosa impresión de desencanto; mas hay en ella suficientes escenas de alegría y juventud que subsanan este defecto. ¿Y por qué llamarlo defecto?... Toda buena novela naturalista debe ser así, como la vida, alegre á ratos, á ratos melancólica, muchas veces lúgubre; en resumen, una broma pesada, más ó menos soportable según el humor y las circunstancias.

*
* *

Sónnica la cortesana pertenece á un género de novelas que yo francamente detesto. Y nadie extrañe mi brusquedad rayana en grosería; la novela histórica y más aún la novela arqueológica, es un género insoportable, soporífero, porque se requiere para él un genio colosal. Acaso no gusto yo de más novela arqueológica que *Salammbó*, y aun ésta la leo más por deleitarme en su maravilloso lenguaje que por ver resucitado un mundo antiguo. No digamos nada de novelas arqueológicas como las de Jorge Ebers y otros. Con toda su erudición y su documentación exacta, no se hacen menos ingratas y fastidiosas. Si la del autor de *Madame Bovary* resulta algo menos, es, aparte de su fino lenguaje, porque aquél, según propia confesión, quiso «fijar un espejismo aplicando á la antigüedad los procedimientos de la novela moderna» (2). Sólo así es posible hacer deleitosa esta especie de novela; por un procedimiento que yo llamaré transposición

(1) *Entre naranjos*, 2.^a parte, VII, 290 y 291.

(2) *Salammbó*: Apéndice; Carta á Sainte-Beuve; Diciembre, 1862.
Edición definitiva, pág. 354.

de temas líricos, como hay transposición de claves en música. La antigüedad en sí es fría y seca; lo que no se parece con nosotros, no nos toca, no nos conmueve (*émouvoir, toucher*, sería mejor en prosa francesa más gráfica); refugiarse en otra civilización es propio además de espíritus débiles, cansados. Sólo puede atribuirse á una *desorientación mental estupenda*, como ha notado con portentoso acierto el más grande de nuestros novelistas jóvenes, el autor de tres obras incomparables, únicas en España, el genial Felipe Trigo, que descuella sobre nuestra mediocridad ambiente; sólo, pues, á ese fenómeno psíquico puede atribuirse el *atavismo incomprensible* que hace volver los ojos á Egipto ó á Grecia, como nota muy bien el admirable autor de *La sed de amar* (1). Quería yo, pues, indicar que de esa imposibilidad de comprender otra civilización como comprendemos la nuestra, en la cual nos hemos educado y formado, dimana la urgente necesidad de esta transposición. O lo que es lo mismo, se hace necesario trasladar nuestro ambiente allí, mudarnos de casa mental, como quien dice; y esto (hay que confesarlo) es una corrupción, un fraude, bien que esté legitimado como piadoso fraude, *pia fraus*, poético fraude, *poetica fraus*. Así pues, en la novela arqueológica no hay más que dos partidos: ó corrupción ó insipidez. Ambos son á cual más detestable; de aquí que sean detestables casi todos los poemas y novelas arqueológicas (2).

(1) Prefacio á la 2.^a edición de *Las Ingenuas*, III.

(2) La expresión parecerá demasiado fuerte; pero bastará colocarse en mi punto de vista para comprender su crudeza. ¿Qué hace deleitosas y legibles la mayoría de las novelas de Walter Scott? Pues precisamente que el autor se cuida poco de la historia y mucho de la psicología, *ese vicio capital como la pereza*, según el loco de Federico Nietzsche. El autor de *Los Puritanos* no hacía más que labor de artista, como la hizo después el autor de *Nicolás Nickleby*. Sólo que, mientras Dickens recogía sus conmovedoras heroínas ó sus protagonistas simpáticos del fango de los barrios pauperistas de Londres, Walter Scott aposentaba á sus gallardos héroes y á sus altivas damas en nobles castillos escoceses. Walter Scott, pues, no quería *reconstruir* una época de civilización pasada que no podría volver, sino sencillamente trataba de *colocar* á sus personajes en un ambiente que no era

Y si esto resulta aun poseyendo la erudición de un Ebers ó de un Flaubert, una previa y sólida educación clásica, ¿qué no ocurrirá donde esto falta, como indudablemente falta en Blasco Ibáñez? Si Flaubert necesitó conocer todas las lenguas semíticas, y aun así confesaba modestamente que « no sé ni el hebreo, ni el árabe, ni el alemán, ni el griego, ni el latín, y no me jacto de saber el francés » (1), ¿qué haría otro que no sepa el griego, el hebreo, el árabe ni el alemán? Flaubert, á pesar de esto, y aunque se burle de la arqueología, y aunque no aspire á ella, y aunque se extrañe de que un ilustre arqueólogo tome interés por « una novela sin prefacio y sin notas », y pierda sus ocios « en una literatura tan ligera » no deja de citar á escritores tan disimiles y varios como Gesenio, Maury, Polibio, Cicerón, Strabón, Eusebio, Selten, y libros como *De diis lybiis*, las *Memoires de l'Académie des Inscriptions*, la *Preparación evangélica*, el *Tratado de las pedrerías* de Teofrasto y la *Vida de Apolonio* de Filostrato. — Y reconocidos ya los fundamentos que se exigen para una novela arqueológica, forzosamente hemos de sostener que la novela de Blasco se basa en bien débiles puntales. Además, para recargar la desestima de esta novela notemos que es griega. ¡Ah, lo griego, qué desagradable! Ni autores nutridos de todas las obras editadas en Leipzig nos hacen tragar ese amasijo de hetairas y esclavos, cuando más este levantino pasional que, si tiene consanguinidades con los helenos, apenas ha profundizado en estudios de su historia y de su arte. Así, pues, yo no concedo á *Sónnica la cortesana* la ciudadanía de novela arqueológica, bien que estime algunas de sus más bellas páginas.

*
* *

el actual y que á él y á una gran parte del público que opinaba con él (por lo que le agotaba las ediciones) le parecía más favorable al desenvolvimiento de la fábula y de los sentimientos de las *personæ dramatis*. Su novela pudiera, pues, llamarse histórica (y aun esto accidentalmente) más que arqueológica.

(1) En la respuesta á Mr. Frœhner, redactor de la *Revista Contemporánea*: en la edición definitiva de *Salammbó*, pág. 372.

Entramos en *Cañas y barro*, una de las novelas mejores de Blasco, como poemática y como fragmentaria. Es una de las escritas con más arte y una de las desarrolladas con más interés. Es también la novela de Blasco donde encontramos más psicología. El padre y maestro de la novela psicológica moderna, Pablo Bourget, escribe á propósito del análisis: « Los sentimientos se asemejan á esas playas comidas de lagunas, que no dejan adivinar dónde comienza y dónde acaba el mar, vago país, tierras inundadas de agua, línea incierta y variable de una costa sin cesar reformada y deformada. Esto no tiene límites ni contornos. Sin embargo, se dibujan y se trazan en el mapa estas comarcas y también nuestros sentimientos los dibujamos por la reflexión y con el análisis, » (1). Es *Cañas y barro* la novela más analítica de Blasco Ibáñez, como que es la más intensamente mórbida y donde el curso de una pasión está desarrollado con exacerbaciones de más sutileza. Por eso nunca mejor aplicable la acertada imagen de Pablo Bourget, que encaja además á maravilla en el marco de esta novela, porque sin duda hay en la Albufera muchas comarcas como esas que el psicólogo de *Cruel enigma* compara con los sentimientos.

En el primer capítulo describe la llegada al Palmar de la barca-correo que viene de Valencia. La primera página de la novela está deliciosamente escrita. « Como todas las tardes, la barca-correo anunció su llegada al Palmar con varios toques de bocina. El barquero, un hombrecillo enjuto, con una oreja amputada, iba de puerta en puerta recibiendo encargos para Valencia, y al llegar á los espacios abiertos en la única calle del pueblo, soplaba de nuevo en la bocina para avisar su presencia á las barracas desparramadas en el borde del canal. Una nube de chicuelos casi desnudos seguía al barquero con cierta admiración. Les infundía respeto el hombre que cruzaba la Albufera cuatro veces al día, llevándose á Valencia la mejor pesca del lago y trayendo de allá los mil objetos de una ciudad misteriosa y fantástica para aquellos chiquitines criados en una isla de cañas y barro » (2). La vi-

(1) *André Cornelis*, II, pág. 7; París, 1887.

(2) *Cañas y barro*, I, 5.

sión de esta *ciudad fantástica* es una de las más fuertes visiones realistas que en novela pueden darse. Para todo verdadero artista hay palabras que refuerzan la emoción; por ejemplo, aquí es el *leit-motiv* esa « isla de cañas y barro », que parece tener un color barroso y un desmayo de junco de pantano, y que se ritornela en todo este hermoso comienzo. Y Blasco Ibáñez no pasa de este capítulo sin hacer uso de sus gallardos alardes de descripción. Á veces los grandes novelistas, en episodios ó escenas que no dicen relación con el núcleo de la obra, tienen, sin embargo, sus grandes aciertos. Hay que perdonarles esta inocasionalidad en gracia á la rígida observancia del precepto de la documentación que les hace incurrir en aquélla. Así en este párrafo de tan soberbio detallismo y tan mórbida emoción: « De pronto se hizo el silencio y la gente del correo vió aproximarse por la orilla del canal un hombre sostenido por dos mujeres: un espectro blanco, tembloroso, con los ojos brillantes, envuelto en una manta de cama. Las aguas parecían hervir con el calor de aquella tarde de verano; sudaban todos en la barca, haciendo esfuerzos por librarse del contacto pegajoso del vecino, y aquel hombre temblaba, chocando los dientes con un escalofrío lúgubre, como si el mundo hubiese caído para él en eterna noche. Las mujeres que lo sostenían protestaban con palabras gruesas al ver que los de la barca permanecían inmóviles. Debían dejarle un puesto: era un enfermo, un trabajador. Segando el arroz había atrapado las fiebres, las malditas tercianas de la Albufera, y marchaba á Ruzafa á curarse en casa de unos parientes... ¿No era acaso cristiano? ¡Por caridad! ¡Un puesto! Y el tembloroso fantasma de la fiebre repetía como un eco, con los sollozos del escalofrío: ¡*Per caritat! ¡per caritat...* » (1).

En esta novela, Blasco adopta un procedimiento técnico, especial y único: la presentación de todos los personajes en el primer capítulo, con ocasión de la ruta de la barca-correo. Así van apareciendo *Cañamel* y su mujer, la lasciva Neleta, uno de los personajes conspicuos del drama. Se vale de la

(1) *Cañas y barro*, 7 y 8.

descripción del primero para demostrar una vez más su conocimiento del alma popular. Lo que distingue sobre todo al pueblo y lo que más nos le hace amar, por lo menos á los de mi temperamento, es su puntito de malicia, su picaresco donaire, su indestructible socarronería, su *sanchismo*, para hablar cervantófilamente. Vedle moverse, hablar, vivir dentro de la novela de Blasco, y particularmente en este episodio, que abunda en esas rasgadas admiraciones, ya irónicas, ya sentimentales (á veces surrogados del diálogo), que tienen tal encanto y dan tal aire de familia, discernible fácilmente para los que las amamos, á estas inolvidables novelas que se llaman *Arroz y tartana*, *La barraca*, *Flor de Mayo*, *Cañas y barro*; ¡estas cuatro obras maestras!... «¡Famoso *Cañamel*! Siempre enfermo y lamentándose, mientras su mujer, cada vez más guapa y amable, reinaba desde su mostrador sobre todo el Palmar y la Albufera. Lo que él tenía era la enfermedad del rico, sobra de dinero y exceso de buena vida. No había más que verle la panza, la faz rubicunda, los carrillos que casi ocultaban su naricilla redonda y sus ojos ahogados por el oleaje de la grasa. ¡Todos que se quejasen de su mal! ¡Si tuviera que ganarse la vida con agua á la cintura segando arroz, no se acordaría de estar enfermo! Y *Cañamel* avanzaba una pierna dentro de la barca, penosamente, con débiles quejidos, sin soltar á Neleta, mientras refunfuñaba contra las gentes que se burlaban de su salud. ¡El sabía cómo estaba! ¡Ay Señor! Y se acomodó en un puesto que le dejaron libre con esa obsequiosa solicitud que las gentes del campo tienen para el rico, mientras su mujer hacía frente sin arredrarse á las bromas de los que la cumplimentaban, viéndola tan guapa y animosa. Ayudó á su marido á abrir un gran quitasol, puso á su lado una espuerta con provisiones para un viaje que no duraría tres horas y acabó por encomendar al barquero el mayor cuidado con su Paco. Iba á pasar una temporada en su casita de Ruzafa. Allí le visitarían buenos médicos: el pobre estaba mal. Lo decía sonriendo, con expresión cándida, acariciando al blanducho hombretón que temblaba con las primeras oscilaciones de la barca como si fuese de gelatina. No prestaba atención á los guiños

maliciosos de la gente, á las miradas irónicas y burlonas que después de resbalar sobre ella se fijaban en el tabernero, doblado en su asiento bajo el quitasol y respirando con un gruñido doloroso. El barquero apoyó su larga percha en el ribazo y la embarcación comenzó á deslizarse en el canal seguida por las voces de Neleta, que siempre con sonrisa enigmática recomendaba á todos los amigos que cuidasen de su esposo» (1).

Después viene *Sangonera*, que «tenía el firme propósito de no trabajar como los demás hombres, diciendo que el trabajo era un insulto á Dios, y se pasaba el día buscando quien le convidase á beber» (2). «El tabernero murmuraba entre gruñidos al oír la conversación. ¡*Sangonera!* ¡Valiente sinvergüenza! ¡Mil veces le había prohibido la entrada en su casa!... Y la gente reía recordando los extraños adornos del vagabundo, su manía de cubrirse de flores y ceñirse coronas como un salvaje, apenas comenzaba en su hambriento estómago la fermentación del vino» (3). En el capítulo tercero el retrato se convierte en ampliación. «Cuando *Sangonera* pasó de los once años, comenzó á repeler el trato de sus amigos. Su instinto de parásito le hizo frecuentar la iglesia, ya que ésta era el mejor camino para introducirse en la casa del vicario. En una población como el Palmar, el cura era tan pobre como cualquier pescador, pero *Sangonera* sentía cierta tentación por el vino de las vinajeras, del que oía hablar con grandes elogios en la taberna. Además, en los días de verano, cuando el lago parecía hervir bajo el sol, la pequeña iglesia se le aparecía como un palacio encantado, con su luz crepuscular filtrándose por las verdes ventanas, sus paredes enjabelgadas de cal y el pavimento de rojos ladrillos, respirando la humedad del suelo pantanoso» (4).

(1) *Cañas y barro*, 9 y 10.

(2) *Ibidem*, 13.

(3) *Ibidem*, 14.—Voy dando entrada á los personajes en el orden en que lo hace Blasco, porque entiendo, lo mismo que el ya citado Torner, que la obra puede considerarse como una «historia natural y social de una familia de pescadores de la Albufera durante tres generaciones».

(4) *Ibidem*, III, 63 y 64.

En tercer término aparece el tío *Paloma*, de quien se discute si tiene noventa ó cien años, cuyas insolencias con el general Prim y con grandes señoras de familia real se discuten y que «representa el sentido tradicional de la familia, con la autoridad ilimitada del padre al uso latino» (1). Más adelante, Blasco cuenta de él una anécdota que es la más escintilante entre el sinnúmero de ellas que guarda ese viejo socarrón y que por lo tanto merece reproducirse. «El tío Paloma había conservado las preeminencias de su padre. Era el primer barquero del lago, y no llegaba á la Albufera un personaje que no lo llevase él (2) á través de las isletas de cañas mostrándoles las curiosidades del agua y la tierra. Recordaba á Isabel II joven, llenando con sus anchas faldas toda la popa del engalanado barquito y moviendo su busto de buena moza á cada impulso de la percha del barquero. Reía la gente recordando su viaje por el lago con la emperatriz Eugenia. Ella, en la proa, esbelta, vestida de amazona, con la escopeta siempre pronta, derribando los pájaros que hábiles ojeadores hacían surgir á bandadas de los cañares con palos y gritos; y en el extremo opuesto el tío Paloma, socarrón, malicioso, con la vieja escopeta entre las piernas, matando las aves que se escapaban á la gran dama y avisándola en un castellano fantástico la presencia de los *colverts*: ¡Su Majestad! Por detrás le entra un colloverde (3).

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

(1) Torner: *Ensayo de una crítica sobre la novela «Cañas y barro»*, página 18; Oviedo 1903.

(2) Perdón por la intersección; pero los que busquen gramática en las obras de Blasco quedarán bien alelados al leer esto. ¡Cómo ha de poder ser académico quien así escribe!

(3) *Cañas y barro*, II, 29 y 30.

MINISTERIO
DE CULTURA



POESÍAS

CANCIÓN AL TRABAJO

Al erudito y querido cronista de la villa de Madrid, D. Carlos Cambro-nero, expresión de verdadero afecto.

Sello augusto, blasón de mi nobleza,
honor y gloria de la grey humana,
escudo de la más firme grandeza,
llave de la riqueza,
compendio de delicia soberana.

Tú guardas cual la flor de mis amores
delicadas, sutiles embriagueces;
tú puedes ofrecer exquisiteces
del divino pensil de tus primores.

¡Trabajo!: eres virtud, eres dulzura,
eres paz fructuosa, nunca guerra;
en tu seno prolífico se encierra
el pan que ha de ganar la criatura,
que es rey y es siervo de la madre tierra.

Es rey, porque Dios quiso
que el hombre fuera perfección sublime;
es siervo, el más sumiso
del trabajo que á todos nos redime.

El trabajo es secreto delicioso
y manantial copioso
de fecundos, radiantes bienestares;
es regazo amoroso
que consuela tristezas y pesares;

es la luz, es el bien, es la armonía
y el beso del amor de los amores...

¡Trabajo!: eres poesía
que nos abres tus brazos redentores.

—

Los hombres que doblegan
sus cuerpos al trabajo cotidiano,
los que á la tierra entregan
puros regatos que los mundos riegan,
ricos veneros de sudor humano;
los fuertes, los que luchan,
los que la voz escuchan
de la ley del trabajo siempre santa,
son hijos predilectos de los cielos
y son á los que canta
y eleva sus más férvidos anhelos
la oscura y ruda voz de mi garganta.

Los que, lejos del mundo y sus quimeras,
gozáis la amena y apacible calma
del campo venturoso y adorable;
los que dentro del alma
sentís las hechiceras
delicias de un vivir tan envidiable;
los que alejados del gozar impuro
tenéis el pecho al trabajar abierto
y el cerebro despierto
á todo lo que es bueno y lo que es puro;
los que á la tierra agonizante, yerma,
sacáis el pan sabroso de mañana
y aunque la veis debilitada, enferma,
no la dejáis que reposada duerma
en el barbecho con que sueña y sana;
los que semillas, gérmenes fecundos,
arrojáis á la entraña de los mundos;
¡los que vivís en mi apartada aldea!...
seguid tenaces y con brazo fuerte,
que el trabajo es virtud, de Dios venida,
que alienta, dignifica y hermosea,
y el odio estéril en amor convierte;
¡virtud preclara que la misma vida
nos prolonga más lejos de la muerte!

Y vosotros también, hermanos míos,
que en doradas innúmeras ciudades
aprendéis las hondísimas verdades
que han de matar crueles desvaríos;
vosotros, grandes sabios,
que estáis en los misterios de la ciencia,
trabajad; que no aplauso de los labios,
que es vanidad pueril que siempre engaña
trabajad; que os bendice la conciencia,
sin ardid de envidiosa y fiera saña.

Los que cruzáis los mares
y abandonáis el suelo venerado
con el deseo honrado
de conquistar felices bienestares,
que lleven á los míseros hogares
el pan que en otra patria habéis ganado,
no desmayéis, y que riqueza tanta
os ofrezca y otorgue extraño suelo,
cual la que os apetece, con anhelo,
esta ingenua canción de mi garganta.

En ella pido al cielo
que os done la incontable gran riqueza,
la espléndida grandeza
que ocultan los océanos en su fondo,
¡y ansío que á la Patria bendecida
tornéis, porque está herida
del pecho virginal en lo más hondo!

Que vuestra ausencia inconsolable llora
la Patria hidalga, la sin par señora,
que os vió romper el tierno y dulce lazo,
que amores los más puros atesora;
¡volved, porque codicia ya la hora
de acogeros, amable, en su regazo!

Los que en la hondura de la madre tierra,
sin admirar la excelsa galanura
que ostenta en sí Natura,
buscáis el oro que en su seno encierra,
alcanzad el descanso, la ventura,
la exuberante holgura
que malignos estímulos soterra.

Los épicos, los grandes vencedores,

los férreos adalides luchadores
de la Patria, que es madre immaculada.
los de su honor herido, defensores,
los que sois, en mortífera jornada,
seguros guardadores
de su enseña sagrada...

Los que de inmensos modos
ligados fuisteis al trabajo honrado,
sabed que un Dios de amor, que es siempre amado,
os lo bendice desde el cielo á todos.

Los trovadores para el bien nacidos,
los que guardan la intensa poesía
de amorosos cantares bendecidos,
van á entonar la dulce melodía
que halaga y enajena los sentidos.

Y con el néctar de la esencia pura
y el deleite del ritmo voluptuoso,
fervientes al mandato poderoso
de Venus, que es secreto de hermosura,
con la clave de todas las delicias
y el encanto de todas las caricias,
con perfumes de flores edeniales,
con dulzuras de idílicos panales
y armonías, hasta hoy, nunca escuchadas,
con honda y sin igual delicadeza,
formarán las cadencias regaladas
del trabajo fecundo, que es belleza.

Y vosotros, estériles humanos,
que negasteis la ley que nos redime,
la del amor sublime,
la que á todos los hombres hace hermanos...,
seguid en pos del goce apetecido,
sin dar jamás oído
al que os pide trabajo á vuestra puerta,
mas no deis al olvido
la sentencia que al triste le liberta:
—Día será venido
en que os veréis más pobres que el caído.—

Los misérrimos, tristes vagabundos,
que lloran por los mundos
sus íntimos perennes padeceres,

y con graves acentos gemebundos
piden para sus hijos y mujeres;
¡poderosos, magnates, soberanos,
abrid ya vuestras manos,
retad á la miseria á brava guerra,
que es deber de los grandes de la tierra
matar el hambre y sed de sus hermanos!

Que Aquel que os otorgó riqueza tanta
os lo bendice desde el alto cielo;
¡dad trabajo á los hombres, que es consuelo
que el infortunio del dolor quebranta!

Pero los que negaron
el pan que les sobró de sus orgías
á los que suplicaron
abrigo y pan en invernizos días,
los que encienden el odio y los rencores
en el pecho de todos los que lloran
los verdugos, los fieros destructores
que huyen del bien y la impureza adoran...
¡malditos sean! que un pensar honrado
me enseña que su mal injuria al cielo,
y que es siempre malvado
quien niega al desgraciado
una dulce limosna de consuelo.

—

Trabajo que serenas,
virtud con tanto amor apetecida,
equilibrio solemne de la vida,
sol que prodigas enseñanzas buenas,
á tu ley de belleza me someto,
porque es la ley augusta que redime
y, esclavo, á ella sujeto
las ansias todas que mi ser imprime.

Trabajo, que eres luz, bien y armonía
y beso del amor de los amores,
que eres ensoñadora poesía
que nos brinda sus brazos redentores...
porque eres la verdad, á ti te canto
y en mi humilde pobreza te atesoro;
trabajo, egregio encanto,
eres cruz salvadora y yo te adoro.

EL CASTILLO

Al ilustre catedrático del Instituto de León y sentido poeta D. Felipe de la Garza, ofrenda de amistad sincera.

Dominando la espléndida llanura
que no abarcó jamás la vista humana,
sobre una montañuela deliciosa
un ruinoso castillo se levanta.

Su puente levadizo está caído,
sus fosos no contienen gota de agua,
y están las altas torres derrumbándose
lo mismo que las bélicas murallas;
el herraje, cubierto por la herrumbre,
perdió de su labor las filigranas
y la carcoma barrenó las puertas
que, al abrirlas, se caen desvencijadas.

Dos esculturas imprecisas, rotas,
se elevan en el sitio donde arranca
la escalera que lleva del castillo
á las vetustas, linajudas cuadras.

El parque milenario, en su destierro,
deja crecer las flores á sus anchas;
los árboles espléndidos, gigantes,
elevan á lo azul sus firmes ramas
como pidiendo que se apiade el cielo
del abandono en que el jardín se halla;
¡que el parque austero, solitario, mudo
en un sueño de amor, tiene su alma!

Una fuente que rima madrigales
en dulces, melancólicas sonatas,
sus hilos de cristal deja, amorosa,
que caigan á la tierra desde un ánfora.

Gravita en el ambiente la poesía
de las bellas edades legendarias,
evocando conquistas de cien reyes
y misticismos de princesas blancas,
y dulces trovas de errabundos líricos
que allá en la noche su sentir rimaban,

mientras, acaso, en la mansión guerrera
que parecía dormitar en calma,
las bellas y sentidas canturías
oídos principescos escuchaban;
y es que la poesía será siempre
el consuelo de todos los que aman,
el bálsamo de todos los que sufren
y el angélico idioma de las almas,
que igual suena en las chozas de los míseros
que suena en nobilísimas estancias.

Y flotaban también en el ambiente,
como jirones de la edad romántica,
las justas, los torneos y las lides
en que lucieran su destreza brava
al medir con el ímpetu del brazo
el bien templado acero de sus armas,
hijos de sangre real, que al acosarse
no atendían que un pecho suspiraba,
el pecho de una virgen princesita
del doncel locamente enamorada.

Penetré en el castillo abandonado,
vagué medroso por sus amplias salas,
salíme á un patizuelo, y vi una yedra
que en los muros trepando se arraigaba:
una bíblica yedra que los siglos
y los cielos hicieronla sagrada.

Crucé el patio sombrío, húmedo, triste...
forcé una puerta que cayó á mis plantas,
después de un rechinar tan estridente
que un calofrío me invadió la espalda.

Seguí el camino abierto y conquistado,
subí un peldaño y emprendí una rampa...
y llegué tras revueltas incontables
á ser dueño y señor de la muralla.

¡Torre del homenaje! rinde honores
á un trovador de estirpe castellana
que deja la ciudad artificiosa
donde nunca su voz fuera escuchada,
y viene á las llanuras de Castilla
para, libre, cantar como Dios manda;
que llega como el Cid, noble y valiente

á defenderte con su invicta lanza,
con las de su carcax flechas mortales
y con los filos de su fiera espada;
que es su brazo guardián de tus blasones
y éstos son toda el alma de su patria.

Como el Cid guardaré todos tus fueros,
que corre por mis venas sangre brava,
sangre de guerrilleros victoriosos
que nublaron mil veces al monarca.

Como poeta, cantaré tus glorias,
que han sido por algunos olvidadas;
cantaré mis amores á tus campos,
los de graves, ceñudas lontananzas;
los de la paz, en que el silencio anida,
los de pajizas barbecheras áridas,
los cariciados por el sol fecundo,
los que la reja del arado labra,
los de trigales de extensión inmensa
que simulan purísima esmeralda,
que el sol la torna lentamente en oro
y después la molienda torna en plata;
los campos amorosos y benditos
que albergan tanta vida en sus entrañas,
que una labor de siglos no ha agotado
los prolíficos jugos que en sí guardan;
tierras de sembradura, hoy de mis padres,
y que ayer mis abuelos cultivaran,
y que, como ayer y hoy, tierras queridas,
os prometo labraros yo mañana,
porque el de labradores es escudo
que nunca faltará sobre mi casa.

Cantaré como cantan los gañanes
al volver al hogar desde la arada;
como alegran la buena sementera
mientras frutos copiosos desparraman,
y lo mismo que riman sobre el trillo
las monótonas vueltas por la parva.

Cantaré los amores de mi pecho
con los mozos que rondan y que cantan.
Cantaré, campo mío, tu alegría;
cantaré tu bucólica nostalgia

en la canción más musical y pura
que saliera jamás de mi garganta.

¡Torre del homenaje, rinde honores
á un trovador de estirpe castellana!

Torné á vagar por el castillo arcaico
recorriendo á mi arbitrio sus estancias.
Abajo, en las mazmorras miserables
donde la luz solar nunca alumbrara,
hay eslabones de cadenas fleras
y otros tormentos de iracunda saña,
que quedan como estériles reliquias
de hondos rigores de justicia insana.

Y acaso escritos como adiós de muerte,
hay grafitos siniestros en las tapias
que hablan de amores que agonizan lentos
en aquellas prisiones subterráneas,
entre más descreídas maldiciones
que graves y purísimas plegarias.

¡Justicia de los hombres de otros días,
fuiste ciega, cruel, furiosa, bárbara,
porque á los prisioneros y vencidos
no aplicaste más ley que la venganza!
¡Justicia de otros siglos y otros hombres,
te maldigo por déspota é inhumana!

La tarde bochornosa del estío,
de quietudes idílicas cargada,
caía envuelta en un ocaso agosto,
como herido en el campo de batalla.
Y los del sol poniente, últimos rayos,
dejaron en el cielo roja franja,
cual sangre de una fiera gigantesca
que en gloria del amor fuese inmolada;
más tarde fueron de color de oro,
y luego dieron una luz tan pálida,
que tuvo en un momento las cambiantes
irisaciones del marfil y el nácar;
cuando tras de los picos imponentes
de una inmensa, fortísima montaña,
primero con las tintas indecisas,

después solemne, inmaculada, diáfana,
la luna llena, ensoñadora y pura,
se elevaba lo mismo que hostia santa.

¡No gozaron mis ojos avarientos
jamás de una visión tan noble y plácida!
El sol que se rendía en Occidente,
la luna majestuosa que se alzaba,
y sobre la ancha bóveda del cielo
infinitas estrellas plateadas;
las ruinas de la noble fortaleza
infundiéndome ensueños en el alma,
y la noche serena, bienhechora,
de las nubes vellones descolgaba
que, llevados en alas de la brisa,
al sentido traían las fragancias
del santo incienso que en el templo mío
se ofrenda á Cristo y purifica el ara.

Ya sobre el fuerte, me acogí á una almena
y miré por su vano el panorama:
una llanura escueta, interminable,
que á su sueño de siglos se entregaba;
un río sin murmurios amorosos
y cuyas linfas remedaban plata;
un silencio en el cielo y en la tierra
que al pecho más audaz amedrentara,
y una paz tan divina en pensamientos
como en luces la bóveda azulada.

¡Qué preciosos instantes! ¡Qué solemnes,
y que fecundos para cuerpo y alma!

No se fuera guerrero ni poeta,
y sintiéranse allí sangrientas ansias,
cual si de opuesto bando las legiones
cercasen el recinto y le asaltaran,
y las trompas de guerra, resonantes,
de la sangre encendieran las audacias
y los vientos de lucha y de pelea
trajeran al cerebro ideas trágicas...

No se fuera poeta, y los cantares
trovadorescos de la edad romántica
fluyeran de los pechos, como fluyen
las aguas de purísima fontana,

como la esencia de las flores vírgenes,
como las mieles de la abeja esclava,
como el arrullo de armoniosas aves
y los cantares de su lengua arpada...

No se fuera poeta, no se fuera,
y el ritmo de las cosas legendarias,
con el compás de su divina música,
cantase á la llanura solitaria,
y cantase al castillo abandonado,
panteón de honorables memoranzas...

Y en medio de un silencio religioso,
asomado á la bélica muralla,
con un alerta desperté á los ecos,
canté una copla de mi tierra hidalga,
grité con energía el nombre augusto,
el nombre santo de mi amada Patria,
que se extendió por el ambiente austero
que á la tierra dormida circundaba
y que hizo retemblar furiosamente
los ya viejos cimientos del alcázar,
y esperé que los ecos repitieran
con sus voces invictas mis palabras,
que fueron la expresión viva y ferviente
de arraigados sentires de mi alma:
de amor á una mujer, que quiero mía,
y de loor á la tierra castellana,
tierra y mujer á quienes canta siempre
mejor el corazón que la garganta.

.....
Y los ecos, dormidos, despertaron
y repitieron con sus lenguas bravas:
el nombre de mi amor, una vez sola
y tres el santo de mi madre España

EL DESPERTAR DEL CAMPO

Al crítico y poeta D. Angel Luya,
testimonio de amistosa gra-
titud.

Las claridades que aportó la aurora,
los crespones nocturnos van venciendo;
es la hora en que el sol, padre amoroso,
torna á lucir desde lo azul del cielo,
aquella en que la luz nimba á la tierra,
que al despertar de su gigante sueño
ahuyenta sus nostálgicas negruras
con el de luz solar, fecundo beso;
ósculo aquél de lujurioso amante,
viva caricia que encendió el deseo,
magna promesa de opulentos frutos,
nuncio divino de un venir risueño
que en el ambiente derramó ambrosías
y en la campiña derramó sosiego.

Las célicas estrellas rutilantes
se fueron mansamente recogiendo,
á la vez que el lucero matutino
exhalaba sus últimos reflejos.

Era el instante en que la noche muere,
la hora en que se borran los misterios
y se aclaran las sombras pavorosas
y las penumbras que producen miedo;
el momento preciso en que aceleran
su marcha los endriagos gigantescos,
y los trasgos, los duendes y las brujas,
esos fantasmas que ha forjado el miedo
para sarcasmo del que nada teme
y martirio de débiles cerebros;
los monstruos vanos que en la noche estéril
gozaron mil orgiástiscos excesos,
mientras la tierra parecía inerte
sumirse en su fatal descanso eterno.
Era el momento en que el vivir se anuda
entre aquel que murió y el día nuevo.

Los días invernizos y nostálgicos,
en esta noche del amor murieron.

.....Y el campo despertó bello, divino,
con el de luz solar, fecundo beso;
caricia con que el sol, padre amoroso,
requería á la tierra á sus deseos,
madre sagrada que ofreció su tálamo
al padre sol, que iba á gozar su ensueño
de saciarse de vívidos amores
tras las noches letárgicas de invierno.

Iban á confundirse
en un sublime, colosal encuentro,
la tierra con la llama creadora
que fecunda á los mundos con su fuego.
Y las de luz y amor, horas solemnes
anunciaron los días abriños.

Primavera, la diosa de la vida,
quiso el sol que volviera de su sueño,
y con ella los campos despertaron
y sus galas augustas repartieron
en las esencias de las flores vírgenes,
en los vigores de los brotes nuevos,
en las espigas de los campos de oro,
en los frutales del cuidado huerto,
donde los nidos de su amor colgaron
las melifluas parejas de jilgueros.

Las raudas y benditas golondrinas
tornaron de los áridos desiertos,
alegrando los campos con sus trinos
y sus arrullos de inocente celo;
y aquel nidal de barro
que está bajo el alero
y fué albergue de amores,
¡que estuvo abandonado en el invierno!,
ha vuelto á contener amor, que es vida,
y á ser asilo ha vuelto
de cuatro pajarillos
que á los bordes se asoman pico abierto,
esperando á los padres amorosos
que volaron buscándoles sustento.

Naturaleza se inundó de gloria



tras las nieblas y lutos del invierno,
y su infinita variedad de flores
derramó sobre el campo de mis sueños,
que ostentó galas en los hondos valles
y en las laderas de los altos cerros,
y en las coronas de sus bravas cumbres,
y en las praderas de verdor intenso,
y en los arbustos del espeso monte,
y en la arboleda de los bosques bellos.

Corrió otra vez la savia,
cual recorre la sangre nuestro cuerpo,
subiendo con la vida
al llevar á las plantas su alimento.

La creación entera
hinchida está de amores y embelesos.

La corona de plata de las cumbres
empezó lentamente su deshielo,
enseñando á los grandes de la tierra
cómo un rayo de sol, quebraba un cetro,
cómo aquella diadema se rompía,
cómo aquel manto real quedó deshecho,
tan sólo porque el sol, galán brioso,
á su dueña, la tierra, dióle un beso.

Las cañadas, cerradas por las nieves,
su paso á los rebaños ofrecieron;
y no infundió la sierra los temores
del vagar por los bravos, fieros puertos,
que ya sólo la nieve se ocultaba
en la umbría mortal de un ventisquero.

Las fuentes y los ríos murmuraron
y mansos á las vegas descendieron,
llevando en sus corrientes cristalinas
de las agrias montañas los secretos.

Y el sol bendito de los días tibios,
el sol radiante de los días buenos,
con sus himnos de luz y de alegría
á la tierra encelaba desde el cielo.

El amor en su cópula fecunda
iba á tener su codiciado encuentro.
¡Cómo saben amarse
los dioses, los gigantes, los excelsos!

El sol rasgó las nubes,
que á sus rayos tenían prisioneros,
y ya sus luces irradiaron gloria
en la tierra, en los mares y en el cielo;
ya pudo despertar el campo mío,
que parecía en sus amores muerto,
porque venía primavera hermosa
borrando los brumosos días tétricos
y matando las horas infinitas
de las noches letárgicas de invierno.

Y el campo despertó de su letargo
al choque ardiente del fecundo beso;
y la paz de los días fué divina,
el cielo más azul y más sereno,
la atmósfera más diáfana,
las flores en sus cálices se abrieron,
las brisas se mostraron más sutiles,
el adusto paisaje fué risueño
y la oscura canción de mi garganta
tuvo ritmos sonoros y poéticos.

Que primavera acarició á los campos
tras las noches estériles de invierno,
derramando sobre ellos las riquezas
de sus frutos copiosos, opulentos,
de sus flores sencillas, edeniales,
de sus aromas de cristiano incienso.

.....
Y en los secretos de un amor augusto,
con placer hondo, sin igual eterno,
el padre sol y la amorosa tierra
sus cuerpos de titanes confundieron.

JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Diciembre de 1906.

MINISTERIO
DE CULTURA



CARTA ÍNTIMA

AL

ILMO. SR. D. MARIO MÉNDEZ BEJARANO

CATEDRÁTICO DE LITERATURA DEL INSTITUTO

DEL CARDENAL CISNEROS, MADRID

Mi querido é ilustrado amigo: Obra en poder mío su grata carta 24 del pasado Octubre, la que he recibido con gusto, como todas las tuyas, porque usted es de los que saben escribir cartas y decir en ellas algo que interese, agrade y satisfaga la curiosidad que ofrece la epístola que por arte de birlibirloque llega á nuestras manos cerrada aún y á veces de luengas tierras, y la abrimos ansiosos de impresiones y ávidos de sorpresas.

Nada más soso que adivinar lo que dice una carta antes de abrirla, ni más irritante que recibir esas inofensivas misivas que, sobre no decirnos nada de interés, tampoco se encuentra en ellas esa nota « íntima », tan ingenua como sincera, que tanto nos gusta saborear y que es el alma de ese género de epístolas, en el cual tan pocos han llegado á la meta, y no sé si entre esos pocos se encuentra algún español.

A su debido tiempo puse á usted cuatro letras para acusar recibo de su citada carta y decirle, en correspondencia, aquello que con más premura podía interesarle. Y le dije también que, como tienen miga algunos de los conceptos que usted apunta en su escrito, merecen ser contestados con cierta detención y holgura, lo que verificaría más tarde. Hoy es, pues, el día destinado á ello, y ya me tiene usted

con la pluma en ristre dispuesto á complacerle como es mi deseo.

Bien está que haya usted escrito á Buenos Aires en la forma que me indica, porque, ó no le han remitido á usted la consabida caja de libros, ó el agente en Barcelona de la Agencia Exprés Confianza de la capital bonaerense, á quien iría consignada, se habrá quedado con ella, á haber llegado en otra embarcación, puesto que en el vapor *Cataluña* no vino, como sabemos, ni aparece tampoco detenida en esta Aduana. Así, pues, el gozo en el pozo. ¡Yo que esperaba poder leer la obra de usted, que le han premiado en la capital de la Argentina, desde donde le anuncian la remesa de una cajita de ejemplares!

*
* *

Es cierto que alguno de mis amigos de ésta se ha trasladado á esa corte, como dice usted, y otros se han ido á vivir á otros puntos de España; pero me escriben y de vez en cuando tengo el gusto de verlos. Lo sensible es que algunos, precisamente los más queridos, se han ido... para no volver, y nada probable es que tenga ya noticias tuyas.

Yo aquí me quedo por deber y por gusto. De viaje iré á cualquiera parte. Jamás me he aburrido en ningún punto, por insignificante que éste sea. He estado en poblachones como Don Benito y Miguelturra y otros por el estilo, y en todos ellos se me ha ofrecido algo que ver y observar y distraerme de momento; pero para vivir... sepa usted, caro amigo, que yo no puedo « vivir » más que en mi Barcelona, donde he nacido, me he criado, he gozado y he sufrido, y aquí deseo dormir el sueño eterno, cuanto más tarde mejor.

Para vivir á gusto he de ver el mar y el Tibidabo, Montjuich y Vallvidrera y dar mis favoritos paseos por el Parque, el puerto, Sarriá y San Gervasio. Dicen por aquí:

*Barcelona es bona
si la bolsa sona.*

Y otros añaden, y yo lo afirmo:

*Tan si sona com si no sona,
Barcelona es bona.*

Barcelona es blanca perla que aparece en esta linda y espaciosa concha, cuyo vértice besan las ondas del azulado mar latino y cuyos extremos de esmeralda se levantan hasta el cielo; concha que dora el sol radiante, quien al amanecer, y antes de asomar en Oriente, le envía las primeras rosas de la aurora. Esta perla, rodeada de coquetones jardines, es mi deseada morada, y su dulce y perfumado ambiente mi apetecido elemento. En esta incomparable concha vivo como el pez en el agua, y se pasan á veces meses y hasta años sin salir de este querido recinto, que bien podría llamarle « mi encantadora pecera ». Viviendo en ella nada ambiciono, porque nada me falta. Barcelona satisface, pues, todas mis necesidades y aspiraciones.

Los párrafos que preceden le harán á usted comprender mi gusto por Barcelona, el apego que tengo á mi concha favorita y el decidido propósito de continuar viviendo en ella; no por creerla « en sitio y belleza única », sino porque es mi cuna, mi vida, mi embeleso, ¿entiende usted?, y deseo sea mi tumba.

*
* *

Madrid, que me es indiferente como centro político, porque yo no soy político, y me abrumba ciertamente su « benigno » clima, con sus « nueve meses de invierno y tres de infierno », me gusta por su vida literaria, artística y científica, de la cual carece la industrial y comercial Barcelona, y me seduce por sus museos, bibliotecas, teatros y otros centros donde el hombre de cultura se remoja y aprende. Madrid es una bonita capital, pero un desierto en cuanto á sus afueras. La vida de Madrid es, pues, la de la ciudad, la urbana, no la campestre, que tanto seduce á los moradores

de Barcelona, quienes con facilidad suma se irradian á estos hermosos alrededores, ó más lejos si les place,

« en la rueda que huye más del suelo »,

para contemplar en el campo ó en la montaña

« la verdad pura y sin duelo ».

Recuerdo que la tercera y última vez que he ido á esa capital, llegué al amanecer de una hermosa y fría mañana de Enero, después de haber pasado la noche en el tren sin cerrar los ojos. Y no echando en olvido que estábamos á jueves, día en que se enseñaba entonces el Museo de Pintura del Prado, mi ilusión, en lugar de acostarme, preferí lanzarme á la calle, una vez haber acomodado en el hotel mis cachivaches.

Pronto estuve en la Puerta del Sol y bajé por la calle de Alcalá. Andando no tardé en hallarme junto al hermoso arco de la plaza de la Independencia, ó Puerta de Alcalá, como ahí se le llama, y fuí á parar al Retiro, y á los pocos pasos di de narices con el cacareado estanque, que me hizo el efecto de un *safreig gran*. El agua de aquel « lago » se había convertido en un cristal de hielo, que yo miré impávido y á cuerpo, porque es cierto que á la juventud no la amedrenta el frío, y continué paseándome ¡tan fresco!—aprovechando el sol, que me miraba, sí, pero no me abrigaba,—por aquel solitario bosque de corpulentos y deshojados árboles, en cuyas avenidas yacían algunos monolitos que prestaban el servicio de bancos, como para conmemorar la ya lejana Edad de piedra. Bajé luego á unos antiguos jardines, que recordaban los tiempos de Godoy, y salí á la plaza del Dos de Mayo y contemplé un rato aquel monumento funerario elevado á la memoria de los héroes de la Independencia, monumento que agitó súbitamente mi alma, que se sintió muy española, y así me entretuve mientras aguardaba dieran las nueve para entrar en el citado Museo, donde me pasé enterita aquella deliciosa é inolvidable mañana.

Más de trece años hace que no he estado yo en Madrid; pero sepa usted, caro amigo, que lo recuerdo con gusto y tengo muchos deseos de volver á verle. ¡Es tan típico y tan diferente de Barcelona ese Madrid con tejas y sin tejados, que en nada pueden compararse! Creo que, unidas ambas ciudades, formaríamos una capital de primer orden y verdaderamente envidiable, puesto que la una tiene lo que á la otra le falta.

No obstante, pues, de los años transcurridos desde mi última visita á la simpática capital de España, la recuerdo... como si la estuviera viendo: la plaza de Oriente, con su macizo y poco artístico palacio, con el Teatro Real enfrente y la estatua ecuestre de Felipe IV al centro; la concurridísima Puerta del Sol, eje, no ya de Madrid, sino de España entera, con el Ministerio de la Gobernación y sus diez bocacalles, cuyos nombres le citaría á usted por el mismo orden que ocupan, y me parece estar viendo aún el tránsito que las animaba; la principal y espaciosa calle de Alcalá, con su tortuosidad y desnivel, ofreciendo á lo lejos y en perspectiva el robusto arco de la plaza de la Independencia, citado ya; la vetusta y rectangular plaza Mayor; los paseos de Recoletos, Castellana, con sus jardincillos y aguaduchos; el ancho Prado, el Jardín Botánico, el Observatorio, los teatros Real, Apolo, Español, Príncipe, Comedia, Zarzuela, Princesa y Eslava, así como el Circo; la nueva iglesia de San Francisco el Grande, bajo cuya cúpula se manifiestan cuadros modernos de verdadero mérito. El Museo del Prado, que, no por el continente, sino por el contenido, merece párrafo aparte, por ser, en mi concepto, lo que más vale de Madrid. Y no hablo del Banco de España, que es un hermoso edificio, ni de la Equitativa, por no incurrir en tan vulgar cursilería.

Crea usted, D. Mario, que conservo aún la agradable impresión que me dejaron los famosos lienzos pintados por los paisanos de usted, los inmortales maestros Velázquez y Murillo, por no citar otros eminentes pintores españoles y extranjeros, cuyas obras están de manifiesto en ese notable Museo. ¿Y qué diré de la nutrida y valiosa sección de la

escuela alemana, flamenca y holandesa que en dicho Museo se exhibe?

Paréceme que estoy contemplando aún *La rendición de Breda*, *Las hilanderas*, *Los beodos*, *Las meninas*, *La fragua de Vulcano* y los reales retratos del incomparable maestro de los maestros de la escuela realista, que nos dejó el gran pintor de Felipe IV; las lindísimas *Concepciones* de Murillo y sus otros cuadros, entre ellos *Santiago*, *La Virgen del Rosario*, *La Sagrada Familia*, *Rebeca*, etc., aun cuando me parece que Murillo está mejor representado en Sevilla, á juzgar por la impresión que me llevé al visitar allí el Museo que lleva su nombre y los cuadros que se conservan en la Catedral de aquella encantadora ciudad andaluza, entre ellos el famosísimo *San Antonio de Padua*.

También tengo muy presente aquella serie de cortesanos y manolas del tiempo de Carlos IV, que nos legó el pincel del célebre aragonés D. Francisco Goya y Lucientes, personajes que con sus mismos reyes se hallaban entonces reunidos en tertulia íntima en una sala del piso segundo del mencionado Museo, que envidian las primeras naciones del globo que habitamos.

Recuerdo asimismo la valiosa colección de cuadros que poseía la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, esparcidos en sus espaciosos salones. Me parece estar viendo todavía aquella Duquesa de Alba, ¿eh?, tan hermosa de carnes como ligera de ropa, tendida, que me recordó la bella Dánaes de Tiziano, que había visto en el Museo del Prado. ¿Y cómo olvidar la agradable impresión que me hizo el gran lienzo dentro dorado arco rematante en medio punto y bajo dosel, en el que aparece Santa Isabel, Reina de Hungría, asistiendo á los pobres? ¡Ah! ¡Cómo recuerdo ese hermosísimo cuadro pintado por el divino Murillo, lienzo que estaba presidiendo en la sala de sesiones de los « inmortales » de esa citada Academia de Bellas Artes!

Ya ve usted, amigo Sr. Méndez, que conservo con gusto gratos recuerdos de lo mucho y bueno que he visto en ese Madrid, nuestra capital, á la que mira usted con ciertas prevenciones y poco cariño de provinciano enamorado de la

patria chica, ó peor, de aquellos que sólo aman el lugar donde nacieron. De mí sé decir que jamás he odiado á Madrid, ciudad simpática, tanto por la amabilidad é hidalguía proverbial de sus hijos, como de los que en él se han domiciliado, no importa el punto de su procedencia, como por sus costumbres aristócratas y populares, y sobre todo por ser el centro de la cultura española en todos los ramos del humano saber. En Madrid se concentran, tarde ó temprano, los hombres de valía de nuestra querida España.

Por eso es que residiendo yo en Barcelona, mi ciudad querida, vivo intelectualmente en Madrid y en París, porque la vida intelectual de Barcelona es insignificante y frívola, por no decir que sea nula, comparada con la de las dos capitales que acabo de citar. De aquí sólo me seduce el terruño, ó sea la « concha », que desde niño me protege y me ha desarrollado; á ella debo lo que soy y lo poco que valgo, así es que la tengo cariño y le debo agradecimiento, sin que ello me apasione de ningún modo y me haga decir jamás lo que no es, como acontece desgraciadamente con harta frecuencia á mis paisanos.

De Madrid, descontado su desapacible clima, sólo una cosa me disgusta, como buen republicano que soy: la realeza. El Rey, la corte, su acompañamiento, sus ceremonias y evoluciones teatrales fuera de Palacio, me encocoran y creo que llegarían á ponerme nervioso, si viviera en ésa, aun cuando hasta el presente no sé qué cosa son nervios.

*
* *

Me pregunta usted: ¿Cómo anda la Solidaridad Catalana? —Y he de contestarle: mal, muy mal, puesto que no van con ella á ninguna parte más que al desprestigio de los que en mala hora y con tan poco acierto la fundaron en Mayo último.

La Solidaridad Catalana no es la unión de los partidos políticos de Cataluña contra el Gobierno, el Estado ó la Nación, como algunos han creído. Esa unión, con fines de tribu, no puede conseguirse ya en los países civilizados, en los

cuales son las ideas,—no los instintos,—las que agrupan á los hombres. Hé aquí por qué los verdaderos demócratas catalanes se unen con los demócratas de las distintas provincias de España, y fraternizan con los de Francia, Bélgica é Italia, y aun con los de las Américas latinas, y se apoyan, protegen y se facilitan fondos cuando es necesario, de la misma manera que lo ha hecho y sigue haciéndolo el jesuitismo en todas sus ramas; pero jamás se ha visto en ninguna nación ó región civilizada que radicales y clericales se avengan en algo y trabajen de común acuerdo en cosa alguna. Esta unión la hemos visto, no obstante, en Cataluña y en Aragón, en la pasada guerra de la Independencia, y tengo mis dudas para creer que se repitiera si se nos presentara otro año 1808, porque si bien es cierto que el clero y su comparsa están en el mismo sitio después de haber transcurrido un siglo, en cambio los liberales han adelantado mucho y se llaman ya, no solamente republicanos, sino demócratas, radicales, socialistas, anarquistas, etc. ¿Entiende usted?

Esté, pues, convencido de que la cacareada Solidaridad Catalana es un mito, y sepa que para no deshacerla los que la fundaron, no pueden tratar de nada, como se comprende, entre gente de distintas ideas; y así van sosteniendo el cadáver unos y otros por ver si consiguen resucitarlo, mas como esto es imposible, no les queda otro recurso que enterrarlo tarde ó temprano.

Los elementos verdaderamente liberales de Cataluña, cada día se muestran más enemigos de esa farsa llamada Solidaridad; así es que con el muerto cargan ya los de siempre: el clero, los carlistas y los catalanistas, porque todos son de un mismo color, y natural es que se avengan contra la libertad, la civilización y el progreso.

Ya sé lo que me dirá usted ahora:—Si la Solidaridad Catalana es lo que usted dice, ¿cómo diablos entraron en ella Salmerón y los suyos? ¿No son éstos verdaderos republicanos y de ideas adelantadas todos?—Y yo le contestaré: Muy cierto es lo que usted me observa, pero no lo es menos que esos señores de la Directiva de la Unión Repu-

blicana Española vinieron á Barcelona á fusionarse, bajo el nombre de Solidaridad Catalana, con el catalanismo y el carlismo, ó sean los verdaderos enemigos, — entiéndalo bien,—de los republicanos de Cataluña, lo cual es un traspíe de primera magnitud. Á esto se le llama, amigo mío, pasarse al enemigo con armas y bagajes, lo que precisamente no debe ni puede hacer jefe de partido alguno.

Sepa, pues, que Salmerón ha perdido el prestigio que tenía entre los verdaderos republicanos de Cataluña, y no es fácil que vuelva á salir diputado á Cortes por Barcelona; porque aquí no se le perdonará tan fácilmente el que, para unirse por sus miras particulares á los enemigos, haya venido á desunir el partido republicano de esta región. Me parece, por lo tanto, que el día que vuelva á Barcelona dicho señor, usted oirá, desde ésa, la silba que van á darle los republicanos de por acá.

*
* *
*

Pero, hablando de otra cosa, ¿cómo voy yo á dejar de decir á usted, caro amigo é ilustrado profesor de Literatura, que he asistido á la sesión dada por el Sr. D. Miguel de Unamuno en el Ateneo Barcelonés, la noche del 22 de Octubre último, ó sea dos días después de haber leído, en el Teatro de Novedades de esta ciudad, su magna Conferencia sobre la *Solidaridad Española*? Conociendo las aficiones literarias de usted, me parecería cometer un crimen de lesa literatura si dejara de darle cuenta de tan notable acontecimiento.

Es cierto que esta carta se prolonga demasiado, y no lo es menos que á usted no le gusta recibir comunicaciones tan extensas; pero esta vez espero me dispensará si me excedo, en gracia á la curiosidad que adivino en usted y que voy á dejar cumplidamente satisfecha. Permítame, pues, que continúe absorbiendo su atención unos momentos más para darle cuenta del efecto que me ha causado la presencia del Sr. Unamuno y del concepto que me merece su nueva faz literaria, revelada al público en dicha sesión.

Principiemos por decir que aquella noche el salón de actos del Ateneo estaba lleno de curiosos. Pocas veces como la citada se han codeado allí ateneístas y catalanistas, cosa que no suele acontecer desde que las huestes del separatismo catalán tienen la exclusiva en el mangoneo del Ateneo Barcelonés, mangoneo que ejercen con notable desacierto y censurable despilfarro.

Al Presidente de dicha Asociación, D. Ildefonso Suñol, quien invitó al Sr. Unamuno á aceptar la cátedra del Ateneo, le cupo el honor de presentarlo á los socios, y en « atención » á la respetable figura del Rector de la Universidad de Salamanca hizo la presentación en catalán, demostrando de este modo que daba más preferencia á sus colegas, *los companys de causa*, que al ilustre forastero que presentaba.

Don Miguel había dado, además, otra Conferencia en el Ateneo Enciclopédico Popular.

Así es que, al presentarse al Ateneo Barcelonés, conocía ya la ciudad y tenía criterio formado de las corrientes político-sociales que mueven á los habitantes de esta urbe y agitan sus ideas, como lo demostró claramente por las breves frases que pronunció al ocupar la cátedra del Ateneo últimamente citado y que, poco más ó menos, reproduzco á continuación, tal como las recuerdo.

Dijo Unamuno que demasiado había comprendido que Barcelona, la ciudad menos española de España, estaba atravesando un período de verdadera lucha política que la absorbía y que, por lo tanto, poco debían interesar á sus habitantes las cuestiones literarias, artísticas y científicas. Estoy seguro, agregó el conferenciante, que no os agradará el tema que he escogido para esta noche, puesto que, sin tiempo para prepararme para otra cosa, he decidido leeros algunas composiciones de un tomo de poesías que traigo inédito aún. Ya sé que más hubiereis preferido que os hablara de política ó de la impresión que he recogido en esta hermosa ciudad, mas como yo soy un hombre de criterio muy propio é independiente, y dotado de un espíritu á veces demasiado crítico, estoy seguro de que tampoco os gustaría

lo que respecto á ello tendría que decirnos. Por tanto, allá en las soledades de Castilla y en completo reposo en mi Salamanca, pienso escribir la impresión que me llevo de Barcelona. Ya la leeréis. En cuanto á la técnica de mis versos nada tengo que decir, porque es mía y podréis apreciarla como queráis.

Había leído yo varias cosas del Sr. Unamuno, principian- do por unos artículos intitulados *En torno del casticismo*, que publicó en *La España Moderna* el año 1895, y algún otro escrito en *El Imparcial*; pero es lo cierto que todo eso me pareció bastante malo. Así principié á conocer al escritor que más tarde debía alcanzar tanto renombre, llegando nada menos que á ser Rector de la célebre Universidad de Sala- manca.

No me arrepiento de haber formado de Unamuno el con- cepto que acabo de apuntar, y que sólo á usted se lo digo, contando desde luego con su discreción, porque de veras me avergonzaría de decirlo en público, toda vez que dicho escritor ha resultado ser, ¡oh necio de mí!, una verdadera «eminencia» en todo.

Ya puede usted, pues, figurarse, querido amigo, si ten- dría yo curiosidad de ver al ilustre bilbaíno y sabio Rector de Salamanca, como así se le nombra á todo trapo; mas conseguí por fin mi deseo: le vi y le oí.

El Sr. Unamuno, que es de regular estatura y cuerpo, tiene la cabeza redonda, pelo y bigote negros, barba cano- sa, cara morena y lustrosa, ojos sin expresión y usa gafas de oro. Su fisonomía, seria y angulosa, parece de árabe malhumorado. El aspecto que ofrece Unamuno es el del hombre envejecido, no por los años, porque es joven aún, sino por sus incesantes estudios y continuada labor lite- raria.

Vestía terno negro, de americana, como negro eran tam- bién su blando sombrero y el plastrón que cubría entera- mente la pechera de su camisa, y llevaba puños cilíndricos á la antigua usanza.

Una vez acomodado Unamuno en su sillón de cátedra, detrás de la mesita cubierta de pana carmesí, con la indis-

pensable escribanía de plata al centro, puso el sombrero debajo la mesa y sacó de su bolsillo el manuscrito en 8.º apaisado, cuidadosamente envuelto en blanco papel. Y después de soltadas á manera de exordio las frases de que he dado cuenta, principió D. Miguel á escoger entre sus poesias las que le pareció bien leernos, empezando por unas estrofas de la *Odisea*, luego otras de Virgilio, traducidas por él en verso castellano; una oda á Salamanca, otra á Bilbao, *El mar de encinas*, *Para después de mi muerte*, etc., las cuales fueron muy aplaudidas, sobre todo una que parece ser la mejor de las que leyó y que desde luego es la que más gustó al auditorio, y que transcribo como botón de muestra, para que usted, docto en la materia, forme juicio. El título es «breve», como pie de andaluza:

Muere en el mar el ave que voló del buque.

Me duelen las alas, rendidas del vuelo;
el pecho me duele; arriba está el cielo
y abajo está el mar.

No veo ya el buque. ¿Por qué de él saliera
creyendo á la isla de paz duradera
poder arribar?

El cielo callado no ofrece ni rama
que pueda tenerme y fiero el mar brama.

¿Por qué te dejé?

Ni en agua ni en aire posible es posarme;
las alas me duelen; la sed me enardece;
ya casi no veo; la esfinge me ofrece
sus aguas sin fin.

Y el canto de cuna me canta tu tumba
y espera cantando que pronto sucumba,
tragarme ella en sí.

Volando, volando, no encuentro mi islote
ni un tronco perdido, y el viento es mi azote;
no puedo posar.

Las olas traidoras sus crestas me brindan,
que fingen peñascos, que tal vez me rindan,
me logren tragar.

Son olas traidoras; del cielo las crestas
pedrisco tan sólo soportan á cuestras,
en su cerrazón.

Nos mienten sus flancos; les falta sustento;
en ellos no puedo, posada un momento.
cobrar corazón.

Aire sólo arriba; sólo agua debajo;
yo sólo mis alas... ¡Qué recio trabajo
éste de volar!

¿Por qué ¡oh dulce buquel dejé tu cubierta,
volando á la patria, que encuentro desierta,
de la inmensidad?

Mi buque velero: soñé en tus cordajes
del bosque nativo los dulces follajes,
el nido de amor.

Tus vetas me dieron su sombra y su abrigo;
dejé tu cubierta. ¡Qué duro castigo
me aguarda, Señor!

Me duelen las alas ¡ay! me duele el pecho,
y terribles ganas—abajo está el lecho—
siento de dormir;

de dormir el sueño de que no se vuelve.

Mi encrespada cama ¡cómo se revuelvel

¿Qué será de mí?

Ahora mar encima; cielo abajo veo.

Todo ha dado vuelta, menos mi deseo.

¡Fuerza me es volar!

Sobre mí el Océano siento se embravece;

á mis pies el cielo tiéndese y me ofrece

su seno de paz.

Sobre mi cabeza ruedan ya las olas.

¡Ved que yo me muero, que me muero á solas,

sin consolación!

¡Oh qué hermoso cielo veo en el abismo!

¿Si será aquel cielo? ¿Si será éste el mismo?

¿Si será ilusión?

Va el cielo á tragarme. ¿Es que subo ó caigo?

¿Es que me desprendo ó es que prendo arraigo?

¿Es esto morir?

¿Dónde está el abajo? ¿Dónde está el arriba?

¿Es que estoy ya muerta? ¿Es que estoy aún viva?

¿Es esto vivir?

¡Oh, ya no me duelen! Ved: sobre ellas floto,
la cabeza hundida, y en el pecho roto
me entra entero el mar!

Voy en él durmiendo, voy en él soñando,
voy en él en sueños volando, volando,
sin jamás parar.

Después de la lectura de esa poesía me parece que á usted también le dolerán las alas y hasta el pecho, y se habrá enternecido su buen corazón al ver volar y volar, por supuesto « con el cielo arriba y el mar abajo », á esa desdichada « ave que voló del buque », sin encontrar « su islote », y que no sabemos todavía si es ave de rapiña ó del Paraíso: porque el poeta que la engendró sólo nos dice que era del « bosque nativa ».

Pero lo más triste y desgarrador es que, después de repetir tan lastimosamente esa pobre ave, cuya especie ignoramos aún:

«Me duelen las alas ¡ay! me duele el pecho,
y terribles ganas—abajo está el lecho—
siento de dormir»,

sucumbe al fin, no ahogada, como pudiera uno creerse, por haber tenido la astucia de cerrar el pico, sin embargo de ser tan parlanchina, sino porque, « teniendo el pecho roto, le entró entero el mar », según nos cuenta su ilustrado biógrafo.

¡Ya ve usted, D. Mario, qué ideas tan originales y sublimes tiene el señor de Unamuno!...

Y después de todas esas peripecias que pasó esa infeliz « ave que voló del buque », sigue la pobre flotando todavía sobre las olas con « la cabeza hundida », en el mar supongo, y va « en él durmiendo y soñando »,

« volando, volando,
sin jamás parar. »

Á buen entendedor pocas palabras. Así es que á usted, amigo maestro, ¿qué voy yo á observarle con respecto á las mil

y una bellezas poéticas que encierra esta composición *unamoni*ana que usted no las haya apreciado al momento mismo de leerla? ¿Cómo voy yo á llamarle la atención con respecto al lenguaje y construcción... tan propios del eximio escritor y que tanto resplandecen en todos sus escritos en prosa? Recuerdo que el concienzudo crítico literario Gómez de Baquero se lamentaba de ello en un artículo publicado hace ya tiempo en *La España Moderna*. Así es que, después de lo que dicho crítico dijo de Unamuno, como mal prosista, y que usted habrá leído, no voy á repetirlo yo; pero, en cambio, agregaré, y creo que será nuevo, que por la misma razón de ser mal prosista no puede ser buen poeta el ilustre Rector de Salamanca, como lo está diciendo claramente el botón de muestra que á usted le mando y el público tendrá ocasión sobrada de cerciorarse, con respecto á esta afirmación mía, cuando aparezca el consabido tomo de « poesías ».

Algunos de los asuntos de las poesías del docto maestro vizcaíno son científicos, y aun filosóficos, y habla en ellos de Dios, le busca y hasta se permite interrogarle y reconvenirle porque, pudiendo tanto, nos deja vivir en la duda respecto á su existencia. Unamuno duda también, Unamuno vacila, Unamuno busca conclusiones, deseoso de persuadirse, pero no lo consigue, porque el espíritu verdaderamente científico es el escéptico, aunque sea el peor, socialmente considerado.

Por eso dijo D. Miguel en su primera Conferencia dada en ésta, y ya comprenderá usted que lo tomo de un periódico de la localidad, porque yo no asistí á ella:

« Cuando el Ateneo Enciclopédico Popular me invitó » para visitar Barcelona, me hice la ilusión de creer que podía enterarme de muchas cosas de vuestra tierra. Y desde » que estoy aquí me encuentro en un estado de confusión y » mis ideas y mis conceptos aparecen más embrollados, me » he convencido que desde lejos se ve más claro que desde » cerca. Aquí los árboles me impiden ver el bosque. Creo » que el mejor medio que hay para conocer á un país es no » haber estado nunca en él. Visité esta ciudad para enterarme y para saber y, sin dejarme tiempo para nada, todos

» me piden que entere á los demás. Y yo encuentro dificultades para ello y, en casos como éste, la dificultad sube y se acrecenta.

» Yo me muevo en un círculo vago y se me piden soluciones concretas, en las cuales creo tan poco como en la eficacia de los específicos. No soluciones concretas, espíritu, mucho espíritu, esta manera especial de ver las cosas espiritualmente, es lo que falta aquí ».

Algo hay de verdad en esos conceptos, en los cuales resplandece la nota original tan propia del conferenciante. Por esa nota tan original le leemos á veces.

Tampoco es lector Unamuno, porque no reúne ninguna de las condiciones que debe tener el que lee en público. No lee con soltura, sino con esfuerzo, y al leer sus prosaicos y enrevesados versos, hechos á fuerza de cuña y martillo, y con frecuencia empleando una construcción... que podríamos llamar también vizcaína,

« y terribles ganas—abajo está el lecho—
siento de dormir ».

le es preciso, para redondear lo angulosos que resultan sus versos, acompañarlos de cierto monótono y poco elegante movimiento de brazo y encogimiento de mano, que á mí me hizo más de una vez el efecto de que D. Miguel estaba cazando moscas.

En mi concepto de « curioso », me parece que con el Sr. de Unamuno sucede lo que con tantas otras ilustraciones españolas: que no resultan tales aun cuando nos lo digan las letras de molde. En España se da el caso de que no son los hombres que más se mueven y se prodigan los que más valen. No olvidemos que el verdadero sabio es siempre modesto y se complace en vivir oculto como las violetas.

Sé que no le gustan á usted las cartas largas, pero amigo como soy de poner en práctica los buenos refranes españoles, he pensando que ya que no quiere usted caldo, darle dos

tazas. Ahí va, pues, esta carta, y no replique, porque soy capaz de soltarle otra que sea verdaderamente kilométrica.

Ya sabe que es de usted afectísimo amigo,

q. s. m. b.,

EL CURIOSO BARCELONÉS.

Barcelona, 18 de Noviembre de 1906.

POSDATA.

Dispéñseme usted, querido amigo, si sobre ser tan larga mi carta, vuelvo á molestarle aún. Hay acontecimientos que no pueden ser despreciados, y cuando no es posible ya hablar de ellos en el cuerpo de la carta, bueno es darlos á conocer por posdata. Á veces lo más interesante de una carta es la posdata.

Es el caso que la fecunda Musa del Sr. de Unamuno acaba de dar á luz, por supuesto, « allá en las soledades de Castilla », á una robusta poesía llamada *La Catedral de Barcelona*. Es la impresión que produjo al genial poeta el antiguo, severo y hermosísimo templo gótico, en el cual fuí yo bautizado; por tanto, ya comprenderá usted que no puedo dejar pasar en silencio ese nuevo y feliz alumbramiento del eminente Rector de la Universidad de Salamanca. Y deseoso de que pueda usted apreciar el delicado aroma de tanta flor poética y gozar de ese cúmulo de bellezas literarias, me decido á copiar á continuación tan linda poesía:

La catedral de Barcelona.

La catedral de Barcelona dice:
—Se levantan, palmeras de granito,
desnudas mil columnas; en las bóvedas
abriéndose sus copas, se entrelazan,
y del recinto en torno su follaje
espeso cae hasta prender en tierra,



desgarrones dejando en ventanales
y cerrando con piedra floreciente
tienda de paz en vasto campamento.
Al milagro de fe de mis entrañas
la pesadumbre de la roca cede;
de su grosera masa se desnuda
mi fábrica ideal, es sólo sombra,
sombra cuajada en formas de misterio
entre la luz humilde que se cierne
por los dulces colores de alba eterna.
Ven, mortal afligido, entra en mi pecho,
entra en mi pecho y bajaré hasta el tuyo.
Modelarán tu corazón mis manos,
—manos de sombra en luz, manos de madre—
convirtiéndole en templo recogido,
y alzaré en él de nobles reflexiones
altas columnas de desnudo fuste
que en bóvedas de fe cierran sus copas.
Alegría y tristeza, amor y odio,
fe y desesperación, todo en mi pecho,
cual la luz y la sombra se semejan
y en crepúsculo eterno de esperanza
la noche de la muerte se os llega
y os abre el sol divino vuestra fuente.
Cuerpo soy de piedad, en mis repliegues
duermen besos de amor, empujes de ira,
dulces remordimientos, tristes votos,
flojas promesas y dolores santos.
Dolores sobre todo; los dolores
son el crisol que funde á los mortales,
mi sombra es como místico fundente,
la sombra del dolor que nos fusiona.
Aquí, bajo el silencio en que reposo,
se funden los clamores de las ramblas;
aquí lara la sombra de mi pecho
heridas de la luz del cielo crudo.
Recuerda aquí su hogar el extranjero;
mi pecho es patria universal; se apagan
en mí los ecos de la lucha torpe
con que su tronco comunal destrozan
en desgarrones fieros los linajes.
Rozan mis nobles piedras las plegarias

vestidas con lenguajes diferentes,
y es un susurro solo y solitario,
es un salmo común, una quejumbre.
Canta mi coro en el latín sagrado
de que fuyeron los romances nobles,
causa en la vieja madre lengua muerta
que desde Roma, reina de los siglos,
por Italia, de gloria y de infortunio
cura y sepulcro, vino á dar su verbo
á esta mi áspera tierra catalana,
á la austera meseta de Castilla,
de Portugal á los mimosos prados
y al verde llano de la Francia dulce.
Habita en mí el espíritu católico
y es de Pentecostés lengua mi lengua
que os habla á cada cual en vuestro idioma,
los bordes de mi boca acariciando
de vuestros corazones los oídos.
Funde mi sombra á todos; sus colores
se apagan á la luz de mis vidrieras;
todos son uno en mí; la muchedumbre
en mi remanso es agua eterna y pura.
Pasan por mí las gentes, y su masa
siempre es la misma; es vena permanente
y si cambiar parece allí en el mundo
es que cambian las márgenes y el lecho
sobre que corre en curso de combates.
Venid á mí cuando en la lid cerrada
al corazón os lleguen las heridas.
Es mi sombra divino bebedizo
para olvidar rencores de la tierra;
filtro de paz, eterno manadero
que del cielo nos trae consolaciones.
Venid á mí, que todos en mí caben;
entre mis brazos todos sois hermanos;
tienda del cielo soy acá en la tierra,
del cielo, patria universal del hombre.

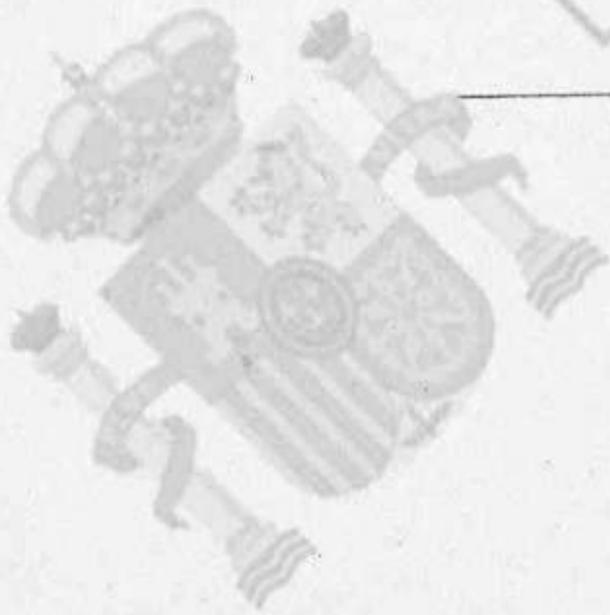
Admirable composición y despampanantes versos. ¡Lástima que no sea verdad tanta belleza!

He tenido el gusto de ver el taburete de papel que ha de-

jado el Sr. Unamuno en la oficina del templo en construcción en estas afueras llamado *La Sagrada Familia*. Dicho taburete « racional », así llamado por su ilustre constructor, se conserva y enseña como preciada joya original del Rector de la Universidad de Salamanca.

E. C. B.

MINISTERIO
DE CULTURA



POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Quedábamos en la caída del Ministerio-relámpago, presidido por Moret, y en la entrada del Ministerio presidido por el Marqués de la Vega de Armijo, penúltima reserva liberal y cuya principal misión parecía tranquilizar los ánimos y aprobar los presupuestos.

En apariencia parecen ambas cosas conseguidas, al menos en el campo de la política, pues las sesiones parlamentarias no han sido escandalosas, salvo algunas pequeñeces, y los presupuestos se han aprobado.

Sólo, á la vista, resultan salientes el discurso de Maura contra la amnistía y el no haberse verificado el anunciado choque entre Canalejas y Moret.

Ahora se dice que seguirán los liberales en el poder hasta hacer las elecciones provinciales, tal como están ó con un Ministerio Canalejas, y que luego entrarán los conservadores, y otros dos ó tres años de crisis mensuales, hasta que se agoten los recursos del partido.

Pero este criterio general y vulgar, que creo que tengo obligación de reflejar en esta crónica, no estimo que sea el verdadero; hay que mirar más profundo; y entonces se ve claramente que la política española atraviesa en estos momentos una verdadera crisis y que se intenta una evolución y una marcha no vista desde mediados de la pasada centuria.

Acostumbrada nuestra generación al turno de los dos partidos y poco acostumbrada la gente política á la mirada retrospectiva, nada tiene de extraño que no se haya dado valor

á la rápida retirada de Moret, á la actitud de Maura y al silencio de Canalejas.

Y, sin embargo, la cosa es clara: se va ó se pretende cambiar el turno de los dos partidos por el turno de tres: el conservador ó retrógrado con Maura al frente, el centralista ó de *Unión liberal*, cuyo jefe sea Moret, y el demócrata radical ó avanzado, capitaneado por Canalejas.

Á este proyecto obedece la evolución de Moret, que de radical antivaticanista se convierte en amigo de concordatos, las manifestaciones ultrarreaccionarias de Maura en su discurso sobre la amnistía, el no seguir Canalejas su defensa de la ley de Asociaciones, la calma sobre este asunto y el terreno en que se colocaron republicanos y carlistas.

A eso se va, y convencidos de ello, cabe hacer muchas preguntas. ¿Eso es convenio de los tres presentes jefes? Parece lo más probable. ¿Es conveniente para el país y para la monarquía? ¿Podrá verificarse? ¿No traerá como la antigua *Unión liberal* otra revolución?... Estas tres preguntas son más difíciles de contestar.

Conste sólo que ésta es la actual situación que entre bastidores se prepara.

*
**

Entre tanto que tal cosa se realice ó no, hay que hacer notar que siguen, aunque con menos entusiasmo, las manifestaciones en pro y en contra del proyecto de ley de Asociaciones, siendo digno de tenerse en cuenta que ambos extremos exageran y violentan la defensa y el ataque, y que si se pregunta á unos y otros, ninguno ha leído el tal proyecto, y no se trata de un detalle, sino de una lucha de ideas, no propias, sino de otros.

Una de las pruebas es lo sucedido con nuestro Embajador en el Vaticano, Sr. Ojeda, tan poco enterado del criterio del Gobierno á quien representa, que dió el mal paso de telegrafiar por su cuenta al de París para ver si podía éste hacerse cargo de los archivos de la Nunciatura, á la que se acusaba de conspiradora y que además no era ya tal Nunciatura y estaba sólo representada por monseñor Montagnini. Y nues-

tro Gobierno tampoco supo qué resolver y nadie le hizo cargos, y continuó en el Vaticano Ojeda, y éste siguió y sigue en su embajada.

*
* *

En las Cortes muchos cabildeos por minucias, á las que sólo puede dar valor la política reporteril y de encrucijada, cerrándose al fin, no se sabe si provisional ó definitivamente, después de haber aprobado lo que llaman ley de Presupuestos, si bien tan mutilada que nadie conocería el proyecto de donde nació.

Una de las bases era la supresión de los consumos, que ha quedado para mejor ocasión, y cuyo asunto ya ha dado lugar en lo que va de año á varios motines, algunos muertos y muchos heridos, amén del consiguiente desprestigio de la Guardia civil, empleada en lo que no se debe.

No ha podido el país desaprobado de un modo más redondo la labor de las Cortes y hacer una censura más cruel y dolorosa del tiempo perdido en ellas en personalismos, falsas amnistías y obstrucciones mientras había que resolver esa y otras cuestiones realmente importantes.

*
* *

Sigue pendiente el pleito de las Capitanías generales, y con esto, lo de consumos, la ley de Asociaciones, el servicio obligatorio y alguna otra cosa dicen que reanudarán su labor las Cortes si se abren el día 21. No creo ni una cosa ni otra.

*
* *

Ha nacido un nuevo Infante, hijo de la Infanta María Teresa, y se ha anunciado oficialmente el embarazo de la Reina Victoria, y como consecuencia la venida de su madre, la Princesa Beatriz, que, como se sabe, ha sido durante muchos años la directora de la política inglesa.

Sucesos que parecen de familia y que pueden tener importancia grandísima en la política española.

II

En el extranjero sigue destacando la cuestión religiosa en Francia, si bien ésta parece ya resuelta de un modo definitivo.

Acordada la separación de la Iglesia y del Estado, no aceptadas por el Papa las asociaciones culturales, el asunto tomó carácter político, del que se aprovechó el Duque de Orleans, que de acuerdo con monseñor Montagnini quiso intentar un movimiento monárquico, sin más resultado que la expulsión de éste, el robustecimiento del poder republicano-socialista y la indicación ya muy clara de una Iglesia galicana que reproduzca pasados cismas.

El Papa hizo una protesta á todas las naciones por la expulsión de Montagnini, sin conseguir más que un acuse de recibo, porque ninguna nación quiere comprometerse en un asunto que pudiera correrse de unas á otras y producir situaciones graves.

*
* *

Correlativo á esto, y con cierta influencia, se hace notar en Alemania la disolución del Reichstag, debida, según aparece en público, á una oposición por la cuestión de las colonias y en realidad por la imposición de los elementos católico y socialista al Emperador, que, como se sabe, no totera fácilmente imposiciones.

Se preparan las elecciones con grandes entusiasmos, y aunque es de creer que el resultado sea favorable á los deseos del Kaiser, es un mal síntoma para el Imperio, que ya, arruinado por los excesivos gastos militares, vencido su comercio por Inglaterra y el Japón y desangrado por las colonias, no necesita más que caer en las luchas políticas para que el propio Kaiser vea la ruina de la obra de Bismarck.

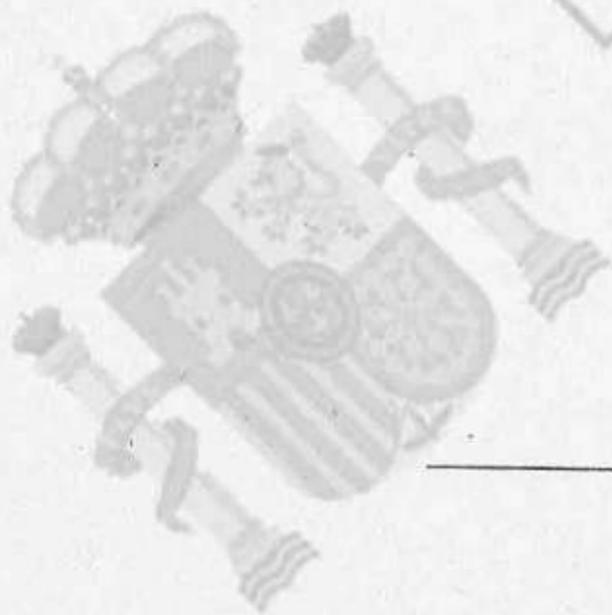
*
* *

Entre Austria—que sólo espera la muerte del Emperador para disgregarse—é Italia' continúan los rozamientos, que ahora han tomado cierto carácter de gravedad con motivo de un brindis del insigne Marconi, cuyo alcance, aun explicado posteriormente por él, no ha quedado claro á pesar de que la diplomacia ha querido suavizar asperezas pretendiendo estar muy segura la triple alianza.

*
* *

Rusia sigue su calvario, y tanto esto como las cuestiones entre los Estados Unidos y el Japón, á pesar de las frases de Roosevelt y de sus aparentes buenos deseos, y lo de Marruecos, en cuyo país Alemania juega detrás del telón, son incógnitas que acaso en mi próxima crónica hayan empezado á despejarse.

ABDESLAN-BEN-URIZ EL ICHUDEF.



MINISTERIO
DE CULTURA



BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Leibniz et l'organisation religieuse de la Terre, d'après des documents inédits, por JUAN BARUZI.—Paris, Félix Alcan, editor, 1907.—En 4.º, VII-526 páginas y un facsimile, 10 francos.

Pertenece esta obra á la *Colección histórica de grandes filósofos*, y en aquélla aparece Leibniz describiendo un sueño de *imperialismo religioso* en Egipto, Abisinia, Extremo Oriente y América, tratando de realizar, con el auxilio de los jesuítas, la compenetración china y europea, adivinando la expansión rusa en el Extremo Oriente, en Persia, y luego ordenando en la misma Europa las ideas que deseaba propagar en el Extremo Oriente. El autor estudia los misteriosos orígenes de aquella voluntad «religiosa»; Leibniz, movido por el ejemplo de Pascal, copia y traspone los «Dos infinitos», se afilia á una sociedad de alquimistas y se impregna de alquimia. Luego reconstituye un proyecto de Iglesia ideal y se inician las tentativas de misiones religiosas. El Sr. Baruzi expone la lucha entre Leibniz y Bossuet, valiéndose para ello de documentos inéditos, y luego inquiere las fuentes «metafísicas» de ese esfuerzo «práctico»: sueño de transfiguración monacal, total transposición del amor de Dios y de las nociones teológicas, ideas secretas de Leibniz sobre el cristianismo y papel del misticismo en el pensamiento leibniziano.

* * *

Le Divin. Experiencias é hipótesis. Estudios psicológicos, por MARCELO HÉBERT, profesor de la nueva Universidad de Bruselas.—Paris, Félix Alcan, editor, 1907.—En 4.º, 316 páginas, 5 francos.

Las circunstancias habían llevado al Sr. Hébert á tratar de la fe católica (*Evolución de la fe católica*) en 1905, antes de haber hablado de la fe religiosa en general. El autor analiza en esta nueva obra las diversas formas que reviste, según que predomine el elemento emocional (místicos antiguos y modernos, Ruysbroeck, Tolstoi, etc.), el elemento intelectual (los metafísicos: problemas de la existencia de Dios, de la personalidad divina, objeción de la existencia del mal, etc.) ó el elemento activo (la religión vivida: teorías de James, Leuba, Hoffding, Le Roy, Sertillanges, etc.).

¿Existe un elemento común bajo estas formas diversas? ¿Existen una ó más religiones? ¿Se deben confundir las religiones naturistas y las religiones morales?

Tales son las cuestiones que examina el autor en su último libro, que seguramente alcanzará tan favorable acogida como el anterior.

* * *

Études et leçons sur la Révolution française, por ALFONSO AU-LARD, profesor de la Universidad de París.—Paris, Félix Alcan, editor, 1907.—En 8.º, 308 páginas, 3,50 francos.

Traza el autor un cuadro de la reacción termidoriana en París, con arreglo á las Memorias de la policía y á los periódicos, dos elementos que hasta ahora no habían sido bien aprovechados por los historiadores. Al estudiar las relaciones entre Danton y el abogado Lavaux, arroja nueva luz sobre la figura del célebre revolucionario. La parte más interesante del tomo lo constituyen los estudios acerca de la historia religiosa de la Revolución, de los que resulta que los hombres de la Revolución empezaron por querer estrechar los lazos que unían á la Iglesia con el Estado, los aflojaron después y acabaron por romperlos.

* * *

Psychologio du libre arbitre, por SULLY PRUDHOMME, de la Academia Francesa.—Paris, Félix Alcan, editor, 1907.—En 8.º, 176 páginas, 2,50 francos.

Este libro contiene dos partes distintas, la segunda de las cuales sirve para aclarar algunos de los términos que se emplean en la primera. La dificultad imputable al carácter metafísico del concepto contradictorio del acto libre se descarta merced á un concepto del autor sobre la interpretación de las ideas metafísicas. Puede así encerrarse en el campo empírico y reducir la cuestión al mismo orden de las que se refieren á la ciencia positiva.

El trabajo del ilustre académico está avalorado por las brillantes dotes literarias del gran escritor.

* * *

Le mensonge de l'art, por FR. PAULHAN.—Paris, Félix Alcan, editor, 1907.—En 4.º, 380 páginas, 5 francos.

El arte, como toda actividad humana, tiene por punto de partida una inarmonía. En vez de remediarlo, como la industria ó la política, por una acción sobre el mundo real, lo remedia creando un mundo imaginario donde se refugia el espíritu, ó bien transforma por la «actitud artista» en una especie de mundo ficticio lo la obra de arte, los seres y las cosas del mundo real. Una sinfonía, un cuadro, una novela idealista ó realista, una alhaja, etc., nos abren una vida nueva y ficticia. La emoción de lo bello no es más que una de sus formas. En diversos grados, el arte interviene en toda nuestra vida mental y social. Esencialmente inmoral, el arte sirve indirectamente á la moral y en ocasiones más de lo que se

cree. Tales son las ideas que desenvuelve el autor, el cual procura demostrar que el arte, como la moral ó la ciencia, tiende á contradecirse y á caminar hacia su propia desaparición.

* * *

La importancia de la prensa, por D. ANTON LÓPEZ PELÁEZ, Obispo de Jaca, C. de las Reales Academias de Bellas Artes, de la Historia, de Buenas Letras, de Ciencias Morales y Políticas, etc.—Barcelona, Gustavo Gili, editor, 1907.—En 8.º, 252 páginas, 2,50 pesetas.

He aquí una obra de indiscutible actualidad, que se comienza á leer y no se puede dejar de la mano hasta que se llega á la última de las páginas. Ciertamente que el autor, el ilustre Obispo de Jaca, hace gala en su último libro de una asombrosa erudición y de un altísimo juicio. No es el Sr. López Peláez de los que reniegan de la prensa y procuran aminorar su importancia, muy al contrario: reconoce que la prensa, con su inmenso desarrollo y merced á los poderosos medios de que dispone, tiene un influjo extraordinario en la sociedad presente. Lo que sí hace el insigne Prelado es combatir á la prensa sectaria, á la que no se desposa con la verdad, empleando una frase del inolvidable Silvela; opina que si en Francia hubieran dedicado los católicos una parte de los millones que destinan á obras de caridad en fundar grandes periódicos, no se hubiese creado una opinión artificial que ha permitido lanzar á los Obispos de sus palacios y considerar la asistencia á los templos como á los «meetings» libertarios.

El autor deduce de su interesantísimo trabajo que urge fundar en España periódicos que auxilien vigorosamente á los que ya defienden la religión católica y los derechos de la Iglesia.

Sentimos que la falta de espacio nos impida dar idea de un libro del que, ó mucho nos equivocamos, ó se hará muy pronto una segunda edición.

* * *

Almanaque gallego, por MANUEL CASTRO LÓPEZ, para el año 1907.—Buenos Aires, 1906.—En 4.º, 186 páginas con profusión de fotografías.

Diez años hace que el activo é inteligente literato Sr. Castro López, que allá en la gran urbe de la República Argentina mantiene vivo el sentimiento español, da á luz un calendario que es de los mejores, y de tal modo, que el de un año supera al del anterior. El que nos ocupa, impreso en fino papel satinado, contiene hermosas composiciones en prosa y verso de Carracido, Noriega, Fort y Roldán, Benito Alonso, Castro López, Waldo A. Insúa, Miguins, Martínez Morás, Martínez Santandran, Salgado Vázquez, Jesús Rodríguez López, Ojea, Bernardo Rodríguez, Eduardo J. Budén y otros muchos.

Meritísima es la tarea que realiza con tanta perseverancia como

acierto nuestro excelente amigo D. Manuel Castro López, y desde aquí le enviamos un entusiasta aplauso y nuestra calurosa felicitación.

R. A.

*
**

La fiesta nacional, por MANUEL MACHADO.—*Madrid, 1906. Imprenta de Fortanet. Precio, 0,75 de peseta.*

La fiesta nacional, de Manuel Machado, es un poema de gran esmalte y colorido, en el que en una forma personal y con gran riqueza de técnica poética novísima se cantan los diversos episodios de las característicamente españolas corridas de toros.

*
**

Voluptuosidad, novela por ISAAC MUÑOZ.—*Madrid, MCMVI. Imprenta de Emilio González. Precio, 3 pesetas.*

En *Voluptuosidad*, novela erótica y pasional, en la que con gran riqueza de imágenes y asociaciones de ideas se describe de un modo muy artístico el espíritu, atribulado y macerado por el amor y el deseo, del protagonista, revela su autor un temperamento exquisito y refinado.

E. A.

*
**

La librería Gauthier-Villars (55, pretil de los Grandes Agustinos, en París) acaba de publicar, como todos los años, *L'Annuaire du bureau des longitudes* para 1907. Este libro, de unas 900 páginas, contiene muchas noticias interesantes acerca de astronomía, geografía, estadística, etc., llamando muy especialmente la atención el estudio intitulado «Diámetro de Venus», por Mr. A. Bouquet de la Grye, y el artículo de Mr. H. Deslandres, «Historia de las imágenes y de los nuevos descubrimientos en el astro solar».

*
**

Apología del Cristianismo, por el R. P. ALBERTO MARÍA WEIS.—*Barcelona, Herederos de Juan Gili, Cortes, 581.*

Acaban de publicarse los tomos IX y X de la obra religiosa más importante que se ha publicado en nuestros días. El asunto que el Padre Weis trata en los dos volúmenes es la «Filosofía de la perfección».

*
**

Historia constitucional de Venezuela, por JOSÉ GIL FORTOUL.—*Tomo I.—Berlín, Carl Heymann, editor, 1907.*

El ilustre escritor Gil Fortoul, ya conocido ventajosamente en el mundo de la ciencia por sus publicaciones filosóficas, históricas y literarias, acaba de dar á luz el tomo I de la *Historia constitucio-*

nal de Venezuela, y al cual seguirán los siguientes, cuyos títulos son:

Tomo II.—*La oligarquía conservadora.*—*La oligarquía liberal.*

Tomo III.—*La federación.*—*La autocracia.*

Tomo IV.—*El eclecticismo.*—*La restauración.*

Tomo V.—*Ojeada retrospectiva.*—*Serie de Constituciones.*

Nótase á primera vista que el libro que nos ocupa tiene más de veraz que de literario, más rico en documentos que en divagaciones filosóficas. Con todo detenimiento se estudian los progresos de las ciencias, de las letras, de las artes, de la industria y del comercio, como también «las auroras de paz que han sonreído en su cielo y las guerras que han desolado sus campos».

Dejamos para otra ocasión el hacer un estudio detenido y un juicio imparcial de la obra del Sr. Gil Portoul.

* * *

Los Escapularios. *Manual teórico-práctico para uso de los sacerdotes y de los fieles, per el R. P. FRAY JOSÉ BUENAVENTURA, T. O. S. F.*

Es un libro utilísimo, insustituible para todo sacerdote y toda persona piadosa, un libro «que no tiene igual ni parecido» en parte alguna.

Contiene todas las indicaciones referentes á la «materia, forma, color, bendición, imposición, cofradías, indulgencias, indultos», etc., que los fieles y los sacerdotes deben conocer, aquéllos para usarlos con fruto y éstos para imponerlos canónicamente, así como la «descripción detallada de la historia, privilegios, indulgencias, bendición, recepción», etc., de cada escapulario en particular, con el «grabado correspondiente» á cada uno de los mismos.

Lleva el «ritual» en latín referente á cada escapulario en particular, y un «calendario de todas las indulgencias» que con cada uno de ellos pueden ganarse.

El libro agota la materia relativa á los mismos, evita multitud de consultas, explica todas las dudas, contiene la «legislación eclesiástica actualmente en vigor» y es la última palabra de cuanto á los escapularios se reflere.

Es una obra que deben poseer todas las personas piadosas que se honran llevándolos y todos los sacerdotes que están en condiciones de imponerlos.

Forma un hermoso tomo en 8.º de 328 páginas, ilustrado con 21 grabados, esmeradamente impreso en buen papel.—En rústica, 3 pesetas.

Encuadernado en tela inglesa, plancha en color y cortes rojos, 4 pesetas.

Herederos de Juan Gili, editores, Cortes, 581, Barcelona.

Extracto del índice.—Capítulo I: Noción del escapulario y fundamentos de su devoción.—Capítulo II: Nociones generales.—Capítulo III: Cofradía del Escapulario de Nuestra Señora del Carmen.—Capítulo IV: Cofradía del Escapulario de la Santísima Trinidad.—Capítulo V: Cofradía del Escapulario de Nuestra Señora de los Dolores.—Capítulo VI: Cofradía del Escapulario de

Nuestra Señora de la Merced.—Capítulo VII: Cofradía del Escapulario azul de la Inmaculada Concepción.—Capítulo VIII: Escapulario de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.—Capítulo IX: Escapulario rojo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.—Capítulo X: Escapulario de Nuestra Señora de la Salud.—Capítulo XI: Cofradía del Escapulario negro de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.—Capítulo XII: Escapulario de San Miguel.—Capítulo XIII: Escapulario de San Juan de Dios.—Capítulo XIV: Escapulario de San José, esposo de la Santísima Virgen.—Capítulo XV: Escapulario de Nuestra Señora del Buen Consejo.—Capítulo XVI: Escapulario del Sagrado Corazón de Jesús.—Capítulo XVII: Escapulario de los Sagrados Corazones de Jesús y María.—Capítulo XVIII: Escapulario de Santo Domingo.—Capítulo XIX: De la «Fórmula única».—Capítulo XX: Calendario de las indulgencias plenarias.—Capítulo XXI: Hábito de la Tercera Orden secular de Nuestro Padre San Francisco de Asís.—Capítulo XXII: De la absolución general y de la bendición apostólica.—Capítulo XXIII: Ritual de los Escapularios.—Capítulo XI bis: Escapulario del Inmaculado Corazón de María.

X.



SAN HILARIO SACALM (GERONA)

ESTABLECIMIENTO TERMAL

Abierto desde 1.º Julio al 15 Septiembre.

Aguas bicarbonatadas sódicas-cálcico-ferruginosas.

Las mejores conocidas para los enfermos de *latiasiz úrica* (mal de piedra) *colelitis* (cálculos en el hígado), *gota*, *anemia* y *clorosis*, *infartos del hígado*, *diabetes*, *paludismo* y *disenteria crónica*, *hidropesía*, *dispepsia*, *gastralgia*, etc.

Estas aguas de baja temperatura (11 á 12º), son muy ricas en ácido carbónico libre y pueden transportarse á grandes distancias sin sufrir alteración en su composición.

NOTA IMPORTANTE.—Se recomienda muy especialmente que antes de destapar la botella se refresque el agua á su temperatura natural, ó sea 11º ó 12º; esta agua es una de las mejores y más agradables para la mesa, á quien una celebridad médica de Alemania llamó la *reine des eaux de table*.

Pedirla en todas las farmacias y depósitos de aguas minerales.

Para los pedidos de botellas de agua dirigirse á

D. Francisco Martorell.—San Hilario Sacalm.

VINO

RESTAURADOR COMABELLA



El uso de este **Vino** es insustituible en los estados escrofulosos, raquitismo, anemia, etc., etc., y en general, siempre que se quiera combatir con resultado positivo todas las enfermedades que tienen su base en la debilidad.

El éxito creciente que este producto obtiene, es la mejor prueba de sus indiscutibles resultados.

Farmacia del

Dr. Comabella.

CARMEN 23,

Calle del Carmen, 23, Barcelona.

GRAN RESTAURANT MARTIN

MARTIN PAGÉS propriétaire.

Servicio á la carta y precio fijo.—Especialidad en banquetes.

Rambla del Centro, 5 (frente al Gran Teatro Liceo).

BARCELONA

SUCURSAL

HOTEL MARTIN

SAN HILARIO SACALM (GERONA)

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMÓGENEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 5 Enero, 2 Febrero, 2 y 30 Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre, directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean 22 Enero, 19 Febrero, 19 Marzo, 16 Abril, 14 Mayo, 11 Junio, 9 Julio, 6 Agosto, 3 Septiembre, 1 y 29 Octubre, 26 Noviembre y 24 Diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinaciones con distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná, con trasbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo accidentalmente de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1 y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y accidentalmente Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.º, haciendo las escalas de las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Poo el 26 de Febrero, y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes para Tánger, con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados para Cádiz.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—*Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas de 14 Abril 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo deseen hacer los exportadores.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas.
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS GENERALES.....	'	20.554.750,68

Formando un total de **treinta y cinco millones** quinientas cincuenta y cuatro mil setecientas cincuenta pesetas y sesenta y ocho céntimos.

Pagado á los asegurados hasta 31 Diciembre de 1905 Ptas. **33.699.941,37**

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nudas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

DOMICILIO SOCIAL

Ancha, 64.
BARCELONA



AGENCIA GENERAL

DE MADRID
ALCALÁ, 49

LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES
Á PRIMA FIJA

40 AÑOS DE EXISTENCIA

Garantías...	Capital social.....	Ptas.	5.000.000	} 21.476.546
	Reservas y primas.....	'	16.476.546	

Capitales asegurados en 31 de Diciembre 1904: Ptas. **1.772.623.810.**

Fondos colocados en inmuebles situados en Barcelona y en valores de mayor garantía.

Siniestros satisfechos: **8.150**, que importan Ptas. **9.751.847,29.**

DOMICILIADA EN BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y CORTES, 624

Representada en todas las provincias de España.